MARTINA LEIVA

UNA DIVA PARA EL CEO



MARTINA LEIVA

UNA DIVA PARA EL CEO

Primera edición.
Una diva para el CEO
©Martina Leiva
©enero, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Diez años antes…

—Lorena, no has elegido todavía el vestido para la fiesta de después de la graduación —me dijo mi madre esa mañana, mientras desayunábamos.

—No pienso ir, mamá —le contesté, dándole un mordisco a mi tostada.

—¿Cómo qué no vas a ir? No puedes hacer eso, Lorena. No se tienen dieciséis años durante toda la vida, y terminarás por arrepentirte de no haber vivido lo suficiente —me explicaba.

—A ver si lo entiendes, mamá. Tania, Jorge y yo, somos del grupito de los raros. Nadie nos habla, y no pienso hacer el ridículo porque a cuatro pijos se les antoje gastarnos una broma —le dije a mi madre, cansada de contar siempre lo mismo.

Nuestra vida en el instituto no es que fuera mala, pero tampoco era el culmen de la felicidad. Allí, éramos invisibles, salvo cuando al grupito de los populares se le cruzaban los cables y decidían “gastarnos una broma” que, normalmente, terminaba con alguno de nosotros ridiculizado por ellos. Hoy en día esto sería considerado bulling, en aquella época, eran bromas de mal gusto.

La conversación quedó ahí, pero sabía que no sería la última vez que mi madre insistiera con eso, lo tenía clarísimo.

Esa mañana, cuando llegué al instituto con mis amigos, el ambiente se veía diferente. Era cierto que la temporada más agobiante, esa en la que los

exámenes nos consumían, había pasado, y ya teníamos todos las notas, por lo que sabíamos quienes estudiaríamos bachillerato y quienes tendrían que repetir, por no decir de aquellos que habían decidido llegar hasta ahí en su carrera académica.

—Buenos días, preciosa —me dijo Jorge, dándome dos besos.

—Buenos días, chulo —le respondí, como nos saludábamos siempre.

—¿No está Tania por aquí? —pregunté, pues era extraño que nuestra amiga no llegara la primera a clase.

—No la he visto. Pero sí recuerdo que ayer me dijo que tenía que ir a no sé dónde, y que, seguramente, entrara a segunda hora.

—Da igual, para lo que vamos a hacer esta semana…

—Eso digo yo, porque estoy hasta la narices de escuchar hablar de la graduación y de la fiesta que se hará después, en el gimnasio del colegio.

—Eso, sin contar con que el grupito de los guais está planeando una fiesta paralela para cuando se dé por finalizada la del horario infantil, como la han bautizado —le conté.

Nos fuimos hablando de eso hasta llegar a la clase, pero cuando estábamos a punto de entrar, Mauro, uno de los chicos más guapos y popular del centro, me tomó por el brazo, con la intención de frenarme.

—Lorena, ¿podemos hablar? —me preguntó, en un tono de lo más meloso.

—Ahora no puedo, tengo clase —le respondí, y no se esperaba esa respuesta, a juzgar por la cara que puso.

—Está bien. ¿Me esperas a la hora del recreo? —me dijo, cambiando el gesto de su rostro.

—Mejor me esperas tú a mí, que siempre sales antes —le contesté, revelando algo que no quería ni debía haber dicho, pues le estaba dejando

claro que sabía de sus costumbres, y eso significaba que estaba pendiente de él.

—Perfecto, nos vemos aquí en cuanto suene la campana —me dijo, antes de marcharse y guiñarme un ojo.

Os pongo en situación: Mauro era guapo hasta decir basta, tenía unos ojos verdosos y un pelo negro, medio rizado, que siempre llevaba despeinado. Un cuerpo atlético que hacía que todas las chicas babearan a su paso, y lo peor de todo es que él se daba cuenta del efecto que causaba, haciendo que su ego estuviera elevado a la enésima potencia.

Yo no es que fuera fea, pero tampoco era un bellezón. Mi pelo era castaño claro, y tenía los ojos negros, enmarcados en unas bonitas pestañas. No era un insecto palo de delgada, como solían ser las chicas con las que Mauro salía, pero tampoco es que estuviera gorda. Tenía curvas donde las tenía que tener, ni más ni menos.

Esas tres horas hasta el recreo se me hicieron eternas, pues la curiosidad me estaba matando. Seguro que lo que quería era que lo ayudara con alguna de las asignaturas que había suspendido, pues si no aprobaba todo lo podían expulsar del equipo de fútbol, y eso sería como la muerte a pellizcos para él.

Sonó la campana y ya lo vi en la puerta esperándome con esa sonrisa que hacía que a cualquiera se le cayeran las bragas, pero no me quise hacer ilusiones, pues nada tendría de romántico lo que me iba a proponer, eso lo tenía claro.

—¿Qué hace Mr. Musculitos en la puerta y sonriendo? Que yo sepa, ninguna de las chicas que salen con él están en esta clase de matemáticas avanzadas —me dijo Tania, en cuanto se dio cuenta de dónde estaba.

—Está esperando a Lorena. Esta mañana le dijo que quería hablar con ella —le contestó Jorge, sin dejarme hablar a mí.

—¿No me jodas? ¿Qué querrá? —preguntó Tanía, intrigada.

—Si no me dejáis salir, no lo sabremos nunca —les dije, apartándolos para salir del aula.

—Te esperamos en la mesa de siempre, no tardes mucho que nos tienes que contar todo con pelos y señales —me dijo Tania, frotándose las mano.

Salí de la clase y me encaminé hasta donde estaba Mauro, apoyado en la pared y con los brazos cruzados, como si estuviera posando para una foto. Vestido a la última moda, mientras que yo llevaba unos vaqueros que habían tenido tiempos mejores y una camiseta de tirantes que dejaba ver mi generoso escote, al que se fue su vista de inmediato.

—Tú dirás… —le dije, cuando llegué a su altura.

—Vamos, será mejor que lo hagamos tranquilamente. Te invito a desayunar en la cafetería — contestó, dejándome paso.

Me extrañó muchísimo que su dúo de escoltas no estuviera con él, porque eran como los tres mosqueteros, donde iba Mauro, iban los otros dos. Con seguridad que se lo habría pedido su amigo, el que lo dejaran solo, digo.

—Verás, Lorena, me gustaría pedirte que fueras mi acompañante en la fiesta de graduación —me dijo, después de poner dos refrescos y dos pasteles encima de la mesa.

—¿Perdona? Si yo ni siquiera tenía pensado ir —le dije, un tanto nerviosa.

—Estoy cansado de acudir con chicas tipo, Barbies, y me gustaría conocerte más. Si quieres, podemos ir luego al cine o a comer una hamburguesa, para que no te sientas incómoda ese día —me dijo, con esa sonrisa suya.

—No lo sé, la verdad. En estos cuatro años no te has acercado a mí ni una sola vez, y ahora me vienes con esto…

—No lo hice porque soy medio gilipollas, lo sería al completo si no fuera contigo a esa fiesta ni saliéramos estos días antes para conocernos bien —me contestó, tomando mis manos.

¿Qué queréis que os diga? Me pareció como un sueño que un chico como Mauro se fijara en mí, y no dudé en decirle que sí. Quedamos esa misma tarde

para ir a tomar algo, ya que, al día siguiente teníamos clase y no quería acostarme demasiado tarde.

—¿En serio vas a ir a la fiesta con Mauro? Joder, tía, eres una suertuda —me dijo Tania, que se alegraba por mí, otra cosa fue Jorge.

—Pues yo, que queréis que os diga, no me lo creo. Todo este tiempo sin mirarte siquiera y hoy, de buenas a primeras, te pide que lo acompañes al baile, algo no me huele bien —me dijo mi amigo.

—Puede haberse dado cuenta de que le gusta y no quiere perder la oportunidad antes de que termine el curso —le contestó Tania, como si fuera algo evidente.

—Vale, vale, allá vosotras, luego no me digáis que no os lo advertí —dijo mi amigo, levantando las manos en son de paz.

Jorge era un chico muy atractivo, y estaba loquito por Tania, que tampoco era fea, más bien todo lo contrario. El único "problema" era que, los tres, estábamos más centrados en los estudios que en otra cosa, y eso echaba a todo el mundo para atrás.

Ese día, cuando terminé de comer, sola, porque mi madre estaba trabajando, me metí en la ducha. Fue la primera vez en mi vida que me puse delante de la puerta del armario para buscar lo que me iba a poner, y nada me gustaba.

Al final, le cogí a mi madre un pantalón azul marino de talle alto que combiné con una camiseta de rayas blancas y azules, sin mangas y de escote en V y unas sandalias de cuña blancas.

Recogí mi pelo en una coleta alta, pero no me gustó, por lo que me lo dejé suelto. No era habitual que yo lo llevara así, pero el resultado me encantó, porque me había pasado las planchas y lucía perfectamente liso y brillante. No usaba maquillaje, lo único que me ponía era un poco de brillo labial hidratante de sabor a cereza.

Salía de mi casa cuando mi madre llegaba.

Capítulo 2



—Vaya, veo que te has arreglado mucho, y tengo que decir que estás preciosa —me dijo mi madre.

—He quedado para tomar algo, mamá, pero no vuelvo más de las nueve, te lo prometo —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—Ven a la hora que quieras, siempre que sea antes de las diez, sabes que me gusta cenar contigo.

—No lo dudes, estaré antes de esa hora, y así buscamos por internet algún vestido para la fiesta, porque al final, me he decidido a ir —le dije, y la vi sonreír.

Mi madre se había quedado embarazada muy joven, y mi padre, en cuanto se lo contó, puso pies en polvorosa. Mis abuelos fueron una pieza importante en nuestras vidas pues mi madre, continuó estudiando, hasta terminar la carrera de Medicina. Hoy en día, era una de las cirujanas más reputadas de la ciudad, la doctora, Marta Márquez.

Ella se había perdido toda su adolescencia y no quería que yo hiciera lo mismo. Me decía que se podían hacer las dos cosas, estudiar y no perderme nada de lo que me correspondía por edad. Por eso, cuando le dije que iría a la fiesta, su sonrisa fue más que evidente.

—Hola, Lorena, está muy guapa —me dijo Mauro, en cuanto me vio llegar, pues habíamos quedado en la puerta de una cafetería que había a medio camino entre su casa y la mía.

—Hola, Mauro, gracias. Tú también vienes muy guapo, pero en ti es lo normal, cuidas mucho tu imagen —le respondí, hablando de más, como siempre me ocurría cuando estaba nerviosa.

—¿Nos sentamos en la terraza? —me preguntó, y accedí.

Nos pedimos una copa de helado y estuvimos charlando durante un rato, hasta que llegó la hora de marcharnos, e insistió en acompañarme a casa.

—Eres preciosa, Lorena, pero tengo la impresión de que no te lo han dicho muy a menudo —me dijo, poniendo su mano en mi rostro.

Me miró a los ojos y me besó. Primero fue un leve roce de labios, pero luego, introdujo su lengua en mi boca, haciéndolo más profundo. Era mi primer beso, y que fuera con él me parecía un sueño, la verdad, pues nunca pensé ni que llegara a hablarme.

—Hasta mañana, bonita. Que descanses y sueñes conmigo —me dijo, guiñándome un ojo para luego, darse la vuelta y marcharse, dejándome con las llaves en la mano y casi sin poder moverme.

Entré en mi casa casi flotando en una nube, y mi madre, que lo había visto todo a través de la ventana, me miraba con una mezcla de miedo y alegría por verme a mí feliz.

—¿Ese es el causante de tu cambio de imagen? —me preguntó, sin querer meterse mucho en faena, la verdad.

—Siendo sincera, no lo sé. Ha sido mi primer beso, y lo he hecho con uno de los chicos más populares del instituto, que, además, me ha pedido que vaya con él a la fiesta de graduación —le conté, pues nadie mejor que mi madre para aconsejarme.

—No quiero ser metiche ni, mucho menos, prohibirte que hagas nada, Lorena. Pero, por favor, ten muchísimo cuidado. Los chicos así están acostumbrados a ir de una en otra, y no me gustaría que te rompieran el corazón —me dijo mi madre, tomando mis manos.

—Lo sé, mamá, y yo, mejor que nadie, pero tampoco quiero quedarme con las ganas de que hubiera pasado. No me haré ilusiones, pero tampoco quiero privarme de la experiencia, espero que me entiendas —le dije.

—Por supuesto que te entiendo. Sabes que soy la primera que te digo que cada edad requiere una cosa, y estás en edad de experimentar. Tan solo, hazme caso, por favor, y ten muchísimo cuidado de que no te hagan daño —me dijo.

Nos sentamos a cenar y quedamos en que, al día siguiente, cuando saliera de clase, como ella tenía libre, me recogería e iríamos a buscar el vestido de la fiesta, ya que, por internet no sabría como me quedaría, y era mejor así.

En cuanto subí a mi cuarto, le puse un mensaje a Tania, tenía que contarle todo lo que había sucedido, porque sabía que se alegraría por mí.

Lorena: *No te puedes imaginar lo que me ha sucedido. Estoy alucinando en colores.*

Tania: *Ya puedes ir contándome todo. Que, por lo menos, ya que a mí lo más alucinante que me ha pasado es que me haya tocado unas patatas gratis en el búrguer, pueda vivirlo a través de ti.*

Lorena: *Me ha besado, después de pasar una tarde de lo más entretenida, en la que nos hemos reído de lo lindo, me ha acompañado a casa y, en la puerta, me ha dicho que soy preciosa y lo ha hecho. No te puedes imaginar lo que he sentido.*

Tania: *Lo que yo te diga, eres una suertuda. Me voy a la cama a soñar con que ha sido a mí a la que han besado de esa manera.*

Solté una carcajada por lo que me había puesto y dejé el móvil sobre la mesita de noche. Me costó coger el sueño, pues a mi mente acudían una y otra vez las imágenes de lo que habíamos vivido esta tarde, así como el beso que me había dado.

Me levanté esa mañana con una energía renovada, pero lo que no me esperaba al salir de mi casa era que Mauro estuviera esperándome en la puerta, con su moto, con la que acudía a diario a clase.

—Toma, ponte el casco y monta, que al final llegaremos tarde —me dijo, después de darme un beso en los labios.

—Gracias, no te esperaba, la verdad —le contesté.

—He tenido un impulso, y ahora me alegro de haberlo seguido. Esos pantalones te quedan de miedo —me dijo, y es que le había quitado a mi madre un vaquero acampanado que combiné con una camiseta básica blanca de manga corta y escote en V que me hacía una silueta muy bonita.

En el instituto todo el mundo se quedó mirando al vernos llegar, y los murmullos eran constantes, pero a mí me daba igual. Por primera vez en mi vida, no era invisible y entré con la cabeza muy alta, orgullosa de mí misma.

Al salir, ya estaba mi madre esperándome en la puerta, por lo que me despedí de él hasta el día siguiente, ya que pasaríamos la tarde juntas y no podría quedar con él. Estos días con mi madre me encantaban, porque todo el mundo pensaba que éramos hermanas, ya que nos llevábamos tan solo diecisiete años, por lo que no parecíamos madre e hija.

Teníamos la misma talla, tan solo que mi madre era un poquitín más alta que yo, pero, si nos veías de espalda, éramos completamente iguales. Jamás le había conocido un novio, decía que ella ya iba servida de hombres y que, de vez en cuando, cuando salía con sus amigas, echaba un polvo de una noche, y lista, hasta otro día.

Me partía con su filosofía de vida, pues, aunque no quisiera reconocerlo a mi edad, que todo era romanticismo y cuentos de príncipes azules, tenía más razón que un santo.

—Para veinte centímetros de chorizo, ¿para qué voy a cargar con un cerdo entero? —me decía, siempre que le preguntaba por qué no tenía pareja.

Esa era la versión oficial, pero a mí me daba la impresión de que no había podido olvidar al cabrón de mi padre, y por eso no podía ocupar nadie su corazón, porque tenía un ocupa instalado en él.

Entramos en una de las tiendas especializadas en vestidos para eventos, pero todos me parecían demasiado ostentosos, hasta que lo vi.

—Este, mamá, me lo voy a probar —le dije, cogiéndolo de la percha en la que estaba.

—Es precioso, Lorena, y te hará una figura estupenda —dijo mi madre.

No era un vestido en sí, sino un mono, estrecho en la parte superior, y con las patas del pantalón anchas. La parte superior era como un corsé, de tirantes muy finos y con unas varillas que sujetaban el estómago. De color azul marino con pequeños brillantitos plateados que le daban un aspecto de lo más elegante y sofisticado.

—Lo puedes combinar con este cinturón y estas sandalias —me dijo la chica de la tienda.

—Me parece que son demasiado altas para mí, que no estoy acostumbrada a andar con tacones y no quiero parecer un pato mareado —le dije a la chica, sosteniendo el zapato en la mano.

—Espera, que te traigo uno de tacón cuadrado, que te dará mucha más seguridad e irás más cómoda —me dijo, cambiando el modelo de zapato, pero que era igual de bonito.

—Estás espectacular, Lorena. En mi vida te había visto tan guapa y radiante, te lo prometo —me dijo mi madre, al verme.

La broma nos salió por un pico, bueno, en realidad le salió a mi madre, que fue la que pagó todo, pero no podía ir más contenta, ni ella ni yo, con el resultado.

Capítulo 3



Durante toda la semana, Mauro y yo nos hicimos inseparables, quedábamos por la tarde, me recogía por la mañana para ir al instituto y me acompañaba a casa a la salida.

Había llegado el día de la graduación, y esa mañana, mi madre me acompañó a la peluquería, ya que ella también acudiría a la ceremonia de graduación, aunque luego nos quedaríamos los chicos solos en el gimnasio, para luego irnos a casa de uno de nuestros compañeros, donde continuaría la fiesta para unos cuantos.

—Me da pena que Tania y Jorge no hayan sido invitados a la fiesta de después, y estoy pensando en no ir —le dije a mi madre.

—No seas tonta, ellos saben que no es cosa tuya y que para ti es importante, pues irás acompañada de tu chico —me dijo mi madre.

—Eso mismo me han dicho ellos, que no me quede, que ellos estarán a mi lado al día siguiente para que les cuente todo. No es cosa ni mía ni de Mauro, sino del dueño de la casa, que no quiere que vaya más gente —le contesté.

—¿Vas a querer que te maquillen, también? —me preguntó mi madre.

—No, mamá, no quiero parecer disfrazada. Sabes que yo apenas me maquillo, y si lo hacen ellas, lo harán en exceso —les dije.

—Para nada. ¿Quieres un maquillaje natural? Pues eso te daremos. Ya vas a ver, estarás arreglada y guapísima sin que parezca que vas maquillada —me

contestó la chica.

Salí de allí que parecía otra, pero completamente natural, tal y como a mí me gustaba. Llegamos a casa justo a tiempo para comer algo y empezar a vestirnos, pues la ceremonia era a las seis de la tarde, donde nos haríamos las fotos correspondientes y se llevaría a cabo el discurso, que sería a través de la voz de mi mejor amiga, Tania.

—Chica, estás irreconocible —me dijo mi amiga, en cuanto que me vio.

—Tú también estás preciosa, la verdad. Todo esto es mérito de mi madre, que ha sido la artífice del cambio —le dije, sonriendo.

Entramos en el salón de actos del instituto, y me senté en la silla que me correspondía por mi apellido. En la fila de detrás de la mía estaba Mauro, junto a sus dos amigos, que le seguían en la lista, cuchicheaban entre ellos, y se reían de vez en cuando.

Llegó el turno en el que se daban los diplomas, primero fueron los de honor a los mejores expedientes académicos, entre los que me encontraba. Lo recogí con orgullo, pues sabía el esfuerzo que había detrás de él, muchas horas de privarme de lo que hacían los chicos de mi edad para conseguir esto.

—Hemos pensado que, después de tomarnos un refresco con los demás, nos iremos a casa de Mateo, que es donde tendrá lugar la fiesta. Sus padres se han ido y nos dejan la casa toda la noche —me dijo Mauro, cuando bajamos de la tarima.

—Yo tengo que estar en casa a la una, más tarde no me dejan —le dije, y soltó una carcajada.

—Casi como Cenicienta, pero no hay problema. Si nos vamos a las nueve, tenemos tiempo de sobra para disfrutar —me contestó, y me sacó una sonrisa avergonzada.

—Puedo hablar con mi madre por si me deja un poco más, pero no lo creo, la verdad —le dije.

—No hace falta, mujer, tendremos tiempo de sobra —me contestó, como si le importara una mierda hasta la hora en la que pudiera estar conmigo, pero no le di importancia, más bien todo lo contrario, pensé que lo estaba haciendo para que no me enfrentara con mi madre.

Entramos al gimnasio, pero en breve, cada uno estaba por su lado. Yo quería pasar el tiempo que estuviéramos ahí con mis amigos, y él estaba en la otra punta, con los suyos.

Notaba a Jorge algo disperso, la verdad, pero no quise preguntarle que le ocurría, pues teníamos la suficiente confianza como, para cuando a él le apeteciera, me lo contara.

—Ha llegado el momento de marchar, Cenicienta —me dijo al oído cuando se acercó a mí, ignorando a mis amigos, por completo.

—Dame un minuto —le contesté, y se apartó.

—Chica, disfruta al máximo, no sabes cuando te verás en otra como esta —me dijo Tania, dándome un abrazo.

—Ten mucho cuidado, por favor, y no dejes tu bebida al alcance de nadie —me aconsejó Jorge.

—Jorge, pareces mi padre —le dije, sin dejar de reír.

La casa de Mateo no estaba lejos del instituto, por lo que nos fuimos andando. Mauro y yo íbamos detrás, los dos solos y cogidos de la mano, mientras que los demás iban delante, cuchicheando y riendo, sobre todo las chicas.

—¿Estás seguro de que quieren que yo vaya a esa fiesta? —le pregunté, pues me estaba sintiendo fuera de lugar.

—Vienes como mi pareja, lo que digan los demás no te tiene que importar. Así que, relájate, por favor —me dijo, apretando mi mano.

Llegamos al chalé donde vivía su amigo, y en el jardín, sus padres habían preparado una barra con todo tipo de bebidas y un picoteo en varias mesas

repartidas por toda la zona.

Nos sentamos en uno de los banquitos que había, donde empezamos a besarnos. Cuando llevábamos ahí un rato, me propuso ir a una de las habitaciones.

—Así tendremos más intimidad —me dijo y yo accedí.

—Está bien, no me gusta estar a la vista de todo el mundo, la verdad —le contesté.

Estaba claro que, si el beso que me di con Mauro fue el primero, no había tenido relaciones sexuales con nadie, por lo tanto, era virgen. Mauro empezó amasando mis pechos, y fue bajando la parte de arriba de mi mono, hasta que lo tuve en la cintura.

—Quiero hacerlo contigo, Lorena —me dijo, mientras me besaba el cuello.

—Yo… no lo he hecho nunca —le contesté.

—Tan solo dime si te apetece hacerlo conmigo, te prometo que seré cuidadoso —me contestó, y carajota de mí, le dije que sí.

No os voy a decir que fuera una experiencia traumática, pero tampoco la mejor de mi vida, la verdad. Fue emocionante, y pensé que era mi príncipe azul, pero en cuanto que terminamos, el príncipe empezó a desteñir.

—Ahí tienes el baño, voy bajando —me dijo de una manera tan fría, que me heló la sangre.

—Sí, ahora bajo —dije a media voz.

Me aseé y me arreglé como pude, puse la mejor cara que pude, y empecé a bajar las escaleras. Al llegar al último escalón, lo vi con todos sus amigos alrededor.

—No me lo puedo creer, Mauro. Al final, has hecho la obra de caridad del año, tirarte a una de las frikis del instituto —le dijo uno.

—No, no, me he tirado a la reina de las empollonas. Diploma de honor al mejor expediente académico —dijo, imitando la voz del director del centro.

—Venga, vamos a darle el dinero de la apuesta a este cabrón, que demasiado mal lo ha tenido que pasar ahí arriba mientras se tiraba a la fea —dijo una de las chicas que siempre iba con ellos.

Ni que decir tiene que salí corriendo de allí, sin rumbo y con los tacones en la mano para poder ir más rápida, mientras escuchaba las risas de ellos de fondo. Todo había sido mentira, todo había sido producto de una apuesta, pero me juré a mí misma que me vengaría, así me costara la misma vida hacerlo, pero la venganza, en frío se servía mejor, y yo tenía todo el tiempo del mundo para planearla.

Cuando llegué a casa y mi madre me vio, no me preguntó nada, tan solo me abrazó, y volví a ser aquella niña que lloraba cuando venía del colegio porque se habían metido con sus gafas. Con los años, había aprendido a que esas cosas no me afectaran, centrándome en mis estudios.

—Mamá, quiero que me cambies de instituto, no quiero seguir allí dos años más y que, cada vez que me los cruce por los pasillos, tenga que ver cómo se ríen de mí —le dije a mi madre, después de contarle todo lo que había sucedido en esa casa.

—Me siento culpable por haberte animado a ir, pero jamás pensé que la gente pudiera ser tan cruel y jugaran con las personas de este modo. No te preocupes, que mañana mismo te matriculo en el que está junto al hospital, así podremos irnos juntas por la mañana —me contestó mi madre.

Cuando a la mañana siguiente les conté a Jorge y a Tania lo que había ocurrido, no dudaron en matricularse ellos también en el mismo instituto. En el antiguo fue sonado, pues se le iban los tres mejores expedientes académicos de todo el centro, y les bajaba la media una barbaridad.

Capítulo 4



En la actualidad…

Me costaron muchas horas de gimnasio y mucha disciplina convertirme en lo que era en la actualidad. Me miraba en el espejo y me sentía satisfecha, pues, ahora, era una de esas mujeres a la que los hombres admiraban, tanto por mi físico como por mi carrera profesional.

Terminé la carrera con honores, y en cuanto tuve mi título en la mano, se me rifaban en las empresas. Como sabía que Mauro se había hecho cargo de la empresa de telecomunicaciones de su familia, elegí una con la que, más tarde o más temprano, tendría que contactar, porque era una agencia de modelos y azafatas de eventos, de la que yo era una alta ejecutiva, ya que se trataba de una de las más reputadas del país.

Mis amigos, Tania y Jorge, seguían a mi lado, pero solo mi amiga trabajaba conmigo, porque nuestro amigo optó por otra carrera, y lo hacía junto a mi madre, pero como cirujano pediátrico.

—Amiga, ¿qué te parece si, cuando salgamos de trabajar, nos vamos de compra? Me parece que necesitamos un vestido despampanante para lucir mañana en la gala de la productora del gran Mauro Sanz —me dijo mi amiga, que era conocedora de mi plan de venganza.

—Si tú lo dices, tendremos que ir, amiga —le respondí, sonriente.

Ambas entramos a una reunión con una de las empresas que trabajaba con nosotros, y que quería tres chicos y tres chicas para un nuevo programa de

televisión, para que fueran los azafatos del espacio. Estuvimos revisando todo nuestro portafolio, descartando aquellos que tenía compromisos ya firmados para esa fecha y esos que no cumplían con las expectativas de los productores.

—Me mata la gente así de prepotente, Lorena — dijo mi amiga.

—Ni que lo digas, me repatea en el estómago que miren el físico por encima de todo, porque me recuerda a ese ser despreciable que jugó conmigo solo por no ser de la talla estándar.

—Pero tenemos que darle las gracias a los gilipollas esos, porque, si no se hubieran portado así, no estaríamos ni seríamos las que somos ahora —me dijo Tania.

Sí, tal y como estáis pensando, Tania me acompañó en todo el proceso, y al igual que yo, había cambiado su imagen por completo, dejando a todo el que la veía completamente alucinado. Hasta mi madre, que nos veía entrenar todos los días, siempre decía que no entendía como habíamos podido cambiar tanto físicamente.

Yo opté por hacerme un corte despuntado que me favorecía bastante, y me di unos reflejos rubios que me hacían ver como más sofisticada y elegante. Tania, por su parte, se tiñó el pelo de color cobrizo, que destacaba con sus ojos verdes. Ambas pasamos de una talla cuarenta y dos, cuarenta y cuatro, a una treinta y ocho, pero no solo era el volumen que perdimos, sino que nos veíamos de lo más tonificadas. Ahora, nuestro trabajo no nos permitía ir al gimnasio como antes, pero para mantenernos, ambas jugábamos al pádel, al menos, dos veces por semana.

La gala de la productora se llevaría a cabo en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, por lo que no podíamos elegir cualquier trapito, teníamos que estar acorde al lugar y a las circunstancias, por lo que nos fuimos a nuestra tienda de cabecera en la avenida principal.

—Lorena, Tania, que alegría veros de nuevo por aquí. ¿Qué venís buscando esta vez? —nos preguntó la dueña de la boutique.

—Queremos unos vestidos que digan “aquí estamos y no tenemos competencia”, pero que, a la vez, nos hagan sentir elegantes y poderosas —le

explicó Tania.

—Tengo justo lo que buscáis. Esperadme en los probadores —nos dijo, y fue hasta el almacén.

—Espero que dé con lo que estamos buscando, porque a veces, tiene una idea un tanto distorsionada de lo que le pedimos —le dije a Tania, cuando nos quedamos a solas.

—Mirad que telas, que caída tienen, son una maravilla y, ¿sabéis lo mejor? Que acaban de llegar y son modelos exclusivos —nos dijo, mostrándonos dos vestidos que eran una preciosidad.

Yo me probé uno blanco, de escote en V, profundo, pero que llevaba unido un pecho y otro por unas cadenas en doradas, al igual que la espalda, que iba al aire. Era largo y vaporoso, pero tenía una abertura en un lateral de la falda que dejaba la pierna al descubierto cuando ibas andando. Me enseñó unas sandalias doradas, junto a un bolso de mano, que le quedaban ideales.

Tania eligió uno en color champán, quizás un tono más oscuro, con los complementos en plateados. Era de cuello halter, la espalda al aire y largo, con una caída preciosa y que le hacía una silueta espectacular.

—Ahora sí que tengo claro que vamos a ser la sensación de la fiesta, amiga —me dijo Tania.

—Sí, pero no olvides nuestro objetivo, tengo que conseguir que Mauro se fije en mí, que se arrastre a mis pies, aunque tengo claro que eso no se consigue en una noche —le respondí.

—Sabes que lo primero que hará en cuanto le anuncien que los de la agencia han llegado, será buscarnos. Las continuas conversaciones telefónicas que ha tenido contigo, el hecho de que no sabe quién eres, te hace de lo más interesante. Pero… ¿le dirás quién eres si no te reconoce? —me preguntó Tania, deseosa de saber.

—Creo que no, porque si lo hago, sabrá lo que planeo y no podré ejecutar mi plan. Tengo que llegar en plan diva, que me vea, me desee, y cuando consiga lo que quiero, hacer lo mismo que él me hizo a mí —le contesté.

—Amiga, ¿sabes qué estás jugando con fuego? Nadie te dice que no puedas volver a enamorarte, bueno, en realidad, yo sigo convencida de que sigues enamorada de él —me dijo Tania, y la miré como la que mira un ovni, igualito.

Salimos de allí con nuestros atuendos listos para lucirlos al día siguiente en esa gala de aniversario de la productora de Mauro, y con la firme convicción de que mi plan sería un éxito absoluto.

Esa mañana de la fiesta, nos fuimos al salón de belleza, pues teníamos que lucir absolutamente arrebatadoras, y eso también incluía el cabello y el maquillaje, sin contar con las uñas que teníamos que llevar impecables.

Como mi vestido llevaba casi toda la espalda al descubierto, opté por un recogido informal, donde la peluquera hizo ondas en mi pelo, en la parte delantera las hizo al agua, dejándome un aspecto de actriz de los años veinte, mientras que en la parte trasera quedaba un recogido bajo que se veía espectacular con el vestido. En mis ojos aplicó un ahumado en colores tierra y marrones, que resaltaba mi mirada una barbaridad, y mis labios los coloreó en marrón chocolate, haciendo que mi boca pareciera un bombón deseoso de que se lo comieran, al igual que las uñas, en las que me hizo una manicura francesa con algunos destellos dorados y chocolate.

Tania también estaba espectacular, pues ella decidió que le recogieran el cabello en una coleta alta, completamente planchada, que hacía que los destellos de su pelo destacaran desde lejos, pues se aplicó un tratamiento de brillo. Ella optó por un maquillaje de ojos ahumados en color oscuro, haciendo que su mirada pareciera la de una gata, y los labios en rojo.

Cuando nos bajamos del coche nos habían puesto los de la agencia, y que nos recogió en mi casa, que fue donde nos arreglamos, todo el mundo giró la cabeza para mirarnos. No es que nos prodigáramos mucho en este tipo de fiestas, pues no nos gustaba nada, pero en esa nos íbamos a lucir.

La prensa nos llamaba, y fuimos directas al photocall, donde las cámaras se volvieron locas, ya que no era frecuente que accediéramos a eso.

—Buenas noches, señoritas, ¿cómo es que la agencia ha querido estar aquí esta noche? No es normal que podamos teneros tan cerquita, la verdad, y es

toda una sorpresa para nosotros —nos dijo uno de los periodistas.

—Buenas noches, chicos. Es cierto que, normalmente, no nos dejamos ver mucho por estas fiestas, pero la ocasión lo merecía. Es el aniversario de una de las productoras más famosas del país, al igual que nuestra agencia, por lo que teníamos que estar presentes —les dije, poniendo mi mejor sonrisa.

—¿Conseguiremos una foto del CEO de la productora con las altas ejecutivas de la mejor agencia? —preguntó otro.

—Eso ya no depende de nosotras, eso se lo tendréis que pedir al gran Mauro Sanz —le contestó Tania, antes de entrar en el hotel, donde ya nos estaban esperando.

Nos dirigimos, en primer lugar, a la barra que había junto a la puerta, donde nos obsequiaron con una copa de champán, antes de hacernos pasar al interior del salón donde se celebraría la gran gala, y en el que ya se encontraba Mauro junto con todos sus directivos.

Capítulo 5



—¿Dispuesta a qué se fije en ti? —me preguntó Tania, con una sonrisa de lo más malvada.

—Por supuesto. Sígueme el rollo —le dije, y encaminé mis pasos hasta la espalda de Mauro, con dos gotas de champán en la copa, pues tampoco quería que se tuviera que marchar de inmediato.

En cuanto estuve a su altura, uno de los directivos de la productora me paró para saludarme, y estuvimos como unos dos minutos hablando del contrato que estaba pendiente de firmar y que nos llevaría a una estrecha colaboración a las dos empresas.

Me giré, así como con mucho disimulo, en cuanto que me di cuenta de que Mauro lo iba a hacer, por lo que, el poco contenido que quedaba en mi copa, fue directamente a parar a su pecho.

—Lo siento, ha sido un despiste por mi parte. Reitero mis disculpas —le dije, y noté como su mirada me recorría el cuerpo.

—Por una mujer con usted, me dejo que me bañe con una garrafa de veinte litros, si hace falta — contestó.

—Pues no estaría bonito que estuviera en su fiesta como un gato recién salido de un túnel de lavado —le contesté, y soltó una carcajada.

—Disculpe, pero su belleza me ha dejado tan obnubilado que ni siquiera me he presentado. Mauro Sanz, CEO de “Mediatv S.A.” —me dijo,

extendiéndome la mano. Ahora llegaba el momento clave de todo el plan, y crucé los dedos para que todo saliera tal y como tenía pensado.

—No se preocupe, me suele ocurrir muy a menudo. Lorena Márquez, ejecutiva de "La Mejor Imagen" —le contesté, estrechando su mano.

Os juro por lo más sagrado que noté una descarga eléctrica similar a la primera vez que me besó, pero todos los recuerdos acudieron a mi mente a tropel, haciendo que la retirara inmediatamente, pero de manera disimulada.

—¡No me lo puedo creer! Por fin nos conocemos. Sé que este no es momento para hablar de negocios, pero quiero que sepa que su propuesta me ha gustado muchísimo, por lo que, en breve, tendrá noticias mías para concertar una reunión —me dijo, y vi el cielo abierto.

—Cualquier momento es bueno si el negocio también lo es, señor Sanz —le respondí.

—Por favor, llámeme Mauro, y si podemos tutearnos, mejor que mejor. No me gustan los protocolos —me contestó, guiñándome un ojo.

—Entonces, yo seré Lorena —respondí, con mi mejor sonrisa.

—Me gusta mucho su manera de ver la vida, Lorena. Lo importante es lo importante, y da igual el momento y el lugar que sea. Y si, encima, me lo dice una mujer como tú, mejor que mejor —me estaba diciendo, cuando se acercó una mujer que reconocería en cualquier parte, pasara el tiempo que pasara.

—Cariño, tu padre nos reclama, dice que quiere presentarte a alguien —le dijo Marina, que me miró de arriba abajo con su cara de asco habitual.

—Dile que enseguida voy, estoy tratando un asunto con la señorita Márquez —le contestó, pero ella no se movió de su lado, por lo que intervine, pues no me interesaba que la gilipollas esa le pusiera trabas para acercarse a mí.

—No te preocupes, Mauro. Como tú has dicho antes, hoy es momento de celebrar. Concertaremos una cita para seguir tratando el tema —le dije, estrechando su mano, nuevamente.

—No lo dudes. Mañana mismo le digo a mi asistente que contacte con tu oficina —me respondió.

Cuando me volví, y encaminé mis pasos hasta donde estaba Tania hablando con otros de los directivos de la productora, pude notar como me estaba mirando, sin importarle una mierda que su novia estuviera delante. Giré la cabeza en el momento justo en el que su mirada recorría mi silueta, y pude ver como en sus labios se formaba una sonrisa de lo más lasciva.

—Primer paso, conseguido —dijo Tania, que tampoco perdía puntada de lo que había estado sucediendo.

—Ni que lo digas. Pero ¿a qué no sabes quién es la "novia"? —le pregunté.

—Querrás decir, "quién es la que va a hacer de la madre de Bambi en la próxima película" —me dijo, y me hizo soltar una carcajada que provocó que todos giraran la cabeza, con una sonrisa, incluido Mauro.

—Bueno, da igual como la quieras llamar. Es Marina —le dije.

—¿Qué Marina? ¿La gilipollas del instituto que le aguantaba todo porque le echara un polvo?

—La misma. Y no me ha reconocido, bueno, Mauro tampoco lo ha hecho, y eso que me he presentado con nombre y apellido —le dije.

—¿Cómo te va a reconocer? ¿Tú te has mirado en el espejo, chavala? No te reconocería ni tu propia madre, si dejara de verte durante un mes —me dijo Tania.

—No sé, tengo que reconocer que me ha dolido un poquito. Sabía que yo había sido tan solo una apuesta, pero, al menos, pensaba que se acordaría de mi nombre —le dije, algo decepcionada.

—Claro, lo que tú digas. Cuando te has presentado esperabas que te dijera "mira, pues yo, una vez, en el instituto, le quité la virginidad a una carajota que se llamaba como tú, pero no te preocupes, que lo hice por una apuesta" —me dijo, imitando su voz.

—Sí, precisamente eso, pero haciendo énfasis en la palabra carajota —le dije, sonriendo.

Pasamos a la cena, tras la cual se daría el discurso y el agradecimiento a los empleados más antiguos. Justo cuando todo finalizó y pasamos a la zona de las copas, vi como el padre de Mauro se acercaba a nosotras, seguido por su hijo, que no daba puntada sin hilo.

—Buenas noches a dos de las mujeres más bellas de toda la fiesta —nos dijo.

—Buenas noches, señor Sanz, gracias por el piropo —le dijo Tania, haciendo de tripas corazón, porque nuestra historia con este señor era para hacer, no una película, sino una serie.

En el instituto, en una de las reuniones, le dijo a su hijo que tenía prohibido absolutamente acercarse a nosotras, que él tenía que rodearse de gente guapa, no de frikis como nosotras, que no llegaríamos a ninguna parte por mucho que estudiáramos, porque, en este mundo, se primaba la apariencia, no la inteligencia.

—Papá, ella es Lorena, de la agencia con la que te dije que íbamos a firmar ese contrato tan ventajoso. A su amiga no tengo el gusto de conocerla —le dijo Mauro a su padre, que no le quitaba el ojo a Tania.

—Yo soy Tania Soler, señores Sanz —le contestó ella.

—Por favor, Mauro y Alfonso, dejemos las formalidades para otro momento —le contestó él.

—¿Usted también estará presente en la firma de ese contrato, Tania? —le preguntó el padre, que se estaba comiendo a mi amiga con la mirada.

—No, eso se lo dejo a la jefa, Alfonso.

—Pues será una pena, porque mi hijo y yo estábamos pensando en una cena de negocios, a cuatro, pero siendo así, tendré que dejar a mi hijo con esta bella señorita a solas. Tan solo espero que sea capaz de llevar el apellido de mi

familia lo más alto que pueda —contestó, y me resultó repugnante, tanto que Mauro lo notó, e intentó quitarle hierro al asunto.

—Siempre en términos profesionales, por supuesto —nos dijo.

Cuando nos quedamos de nuevo a solas, tanto Tania, como yo, decidimos que ya era hora de marcharse, pero antes de salir, nos topamos con Marina, y tuvimos unas palabras, digamos que, un tanto desagradables.

—Mira, niñata, no te vayas a pensar que, porque se acueste contigo, vas a conseguir que me deje y rompa nuestro compromiso —me dijo, y la miré como la que mira a un insecto.

—No hace falta que sigas hablando. Una mujer que le dice a otra eso de su prometido, demuestra el tipo de persona que es, y la poca dignidad que tiene —le dije, pasando por su lado.

—No llevo aguantando y luchando por mi hombre desde el instituto para que, ahora, venga una fulana como tú a decirme lo que tengo o lo que no tengo que hacer. La dignidad no me da estatus social ni paga mis bolsos de marca —me respondió, y os juro que me entraron ganas de volverme y zarandearla hasta que entrara en razón, pero como no lo iba a conseguir, pensé que era mejor seguir adelante.

Nos montamos en el coche y en cuanto que el conductor arrancó, nos miramos y no pudimos callarnos.

—Te juro que me han entrado ganas de vomitarle al cerdo ese en toda la cara. Viejo asqueroso, se pensará que como tiene dinero, puede acostarse con quién le dé la gana —me dijo.

—Ni que lo digas. Qué manera más asquerosa de mirarte, y conmigo no lo ha hecho porque no le interesa perder el contrato, pero en cuanto que se firme, no dudo tampoco que lo intente conmigo.

—Y, encima, la gilipollas de Marina, que como se entere de que somos nosotras, se corta las venas —me dijo, y ambas rompimos en una carcajada.

Capítulo 6



Mauro

—Papá, por favor, no me vayas a arruinar el contrato con tu actitud —le dije, pues ya lo conocía de sobra.

—Tengo que ver de cerca a esos dos bombones que se han cruzado en nuestro camino. Te digo una cosa, porque sé que te vas a acostar con alguna de las dos, pero la del vestido color champán, esa es mía —me dijo, y me hirvió la sangre.

Durante toda mi vida había tenido que aguantar comentarios de ese tipo, cuando era un adolescente, lo veía como el machote de mi padre, pero ahora, siendo un adulto, me revolvía el estómago.

Mientras mi madre vivía, se guardaba un poquito más de decir comentarios de este tipo en su presencia, pero cuando ella falleció, se terminó de caer la máscara.

Perdí la cuenta de las presentadoras y actrices que pasaron por su cama con la promesa de un programa o un papel protagonista. Pensaba que yo sería igual, pero estaba muy equivocado. Durante mi adolescencia y juventud cometí muchos errores, algunos me perseguían todavía, guiado por sus palabras.

Pude salvar la situación, por lo pelos, eso sí, porque los comentarios de mi padre, en plan viejo baboso, me estaba revolviendo el estómago. A sus sesenta y seis años no era capaz de darse cuenta de la edad que tenía, y lo más

importante, de que no todas las mujeres eran iguales, a pesar de que él se había rodeado toda su vida del mismo tipo.

Yo tenía una relación con Marina, no era nada serio, por mucho que ella se empeñara en decir que yo era su prometido, jamás le pedí matrimonio ni le puse un anillo en el dedo. Mi padre insistía en que era la mejor mujer para mí, puesto que no me reclamaba nada en el plan sentimental, y hacía oídos sordos cuando me veía coquetear con otra mujer.

No es que hiciera oídos sordos, es que ella sabía que entre nosotros no había más que sexo, y se lo repetía en cada ocasión que se me presentaba, pero ni por eso, ella seguía hablando de nosotros como si fuéramos una pareja consolidada desde hacía años.

Esa mujer, Lorena, me había impactado, por muchas razones. La principal, por la seguridad con la que iba por la vida. Era como si supiera que nadie la podría pisotear, como si estuviera por encima de todo y de todos. Pero era tan solo una coraza, algo le tuvo que haber hecho mucho daño para actuar de esa manera.

—¿Se puede saber en qué piensas? —me preguntó Marina.

—En esa mujer, Lorena. Me ha impactado mucho, la verdad —le conté, para que se fuera acostumbrando, porque yo quería conocerla en profundidad, y sabía que eso no le iba a sentar bien a Marina.

—Es que está cañón, hijo. Es para impactarse. Si yo fuera tú, no perdería la oportunidad de llevármela a la cama en cuanto tuviera oportunidad de hacerlo —me dijo mi padre, y vi como el rostro de Marina mudaba de color, pasó del blanco más absoluto al rojo más intenso, por la rabia.

—Mientras que solo sea llevársela a la cama… Se acuesta con veinte mil, pero al final, siempre vuelve a mí —dijo ella, furiosa.

—Marina, ya no sé en qué idioma decirte que entre nosotros no hay absolutamente nada más que algún que otro encuentro sexual. Si tanto buscas el estatus y el dinero, te aconsejo que te hagas pareja de mi padre, él no tendrá ningún problema en ponerte un anillo en el dedo —le dije, cabreado.

—Por mí no hay ningún problema, Marinita. Eso sí, espero que en la cama te portes igual conmigo que con mi hijo —le respondió mi padre, al que, con tal de tener a una mujer joven a su lado, le daba igual de quién se tratara.

—¿Sabes qué, Alfonso? Pues que no me parece mala idea. Como tu hijo siga así, en ese plan, lo dejaré plantado y me iré contigo —le contestó ella, como si a mí me fuera a importar algo.

—¡Dios te oiga! —le contesté.

Me miró tan seriamente, que pensé que me diría eso de "hasta luego, Lucas", pero no, hizo todo lo contrario, se acercó a mí y me cogió del brazo.

—Anda, tonto, vámonos a casa y pasemos la noche juntos —me dijo, muy melosa.

—Pues lo siento, Marina, pero va a ser que no. Acabo de decidir que lo nuestro se terminó. Si quieres pasar la noche acompañada, aquí tienes a mi padre, que todavía puede cumplir en la cama —le dije, y me giré para marcharme.

—Te veré arrastrado por esa mujer, porque se ve que esconde algo. Mientras, yo estaré siendo la señora de la casa de tu padre, y te arrepentirás de ello —me contestó, colgándose del brazo del orgulloso Alfonso Sanz, que se pavoneaba de haberle quitado una chica a su propio hijo.

—Hijo, no sabes lo que te agradezco este gesto. Marina, te aseguro que conmigo, no te faltará de nada. Vamos, que mañana mismo te quiero instalada en mi casa y en un mes, celebraremos la fiesta de compromiso —le dijo mi padre, al que le gustaba más un numerito de esos que a un tonto un lápiz.

—Más te lo agradezco yo, que no sabes lo que me has quitado de encima —le dije, saliendo del hotel y montándome en mi coche, donde mi chófer me llevaría a casa.

Entré por mi casa feliz, como si me hubiera quitado un gran peso de encima, pero la imagen de esa mujer no se me iba de la cabeza. No solo era algo físico, no sé si me explico. Era como si algo me tuviera conectado a ella en otro plano, más emocional.

No podía decir que me había enamorado porque no podía ser, ya que tan solo la había visto una sola vez y durante muy poco tiempo. Sólo me enamoré una vez en mi vida, y fue de una chica del instituto, a la que perdí por gilipollas.

Era la típica empollona, con gafas y algunos kilos de más, que no eran tales, solo que las demás eran demasiado delgadas. Todo empezó con una apuesta con mis amigos de que no sería capaz de conquistarla, pero al final, el que terminé conquistado fui yo.

Cada tarde que pasé con ella me hizo sentir único, y no solo porque me viera como el más guapo del instituto, sino porque ella veía más allá de esa fachada, y me trataba de igual modo al que trataba a sus amigos. No hacía distinciones porque temiera perderme.

Aquel día, estaba dispuesto a decirle a mis amigos que se terminaba la apuesta, que era acostarme con ella esa misma noche, que me entregara su virginidad, pero las palabras de mi padre me hicieron frenarme en seco y seguir adelante. Lo recuerdo como si hubiera sucedido hacía dos minutos…

—Miradla, y se verá ella guapa con ese mono, que parece que se lo han metido con un calzador. Si mi hijo me trae a una novia así, lo desheredo al instante —dijo, delante de todos mis amigos, que empezaron a reír a carcajadas.

Me sentí el hombre más desgraciado del mundo cuando salí de aquella habitación. Lo hice porque lo sentía, porque me había enamorado de ella, dándome igual su físico, pero también sabía que la tenía que alejar de mí, o mi padre se encargaría de hacer de su vida un infierno.

Tenía pensado pedirle perdón en cuanto volviéramos al instituto en septiembre, pues durante todo el verano no la vi. Según me contaron, se había ido con sus amigos a la casa de la playa que tenía la familia de uno de ellos. Pero, cuando el verano terminó, tampoco la volví a ver. Se había cambiado de centro, y entonces entendí todo el daño que le había provocado.

Podría haberla buscado y disculparme, pero ya no me serviría de nada, ni a mí, ni a ella, que había decidido apartarse de mí lo máximo posible. No quise hacerle ni hacerme más daño.

Desde aquel momento, me dediqué a ir de mujer en mujer, no quería nada serio, porque en ninguna mujer había encontrado lo que encontré en esa chica, ni en su manera de tratarme, sin hacerme sentir el más importante, cuando en realidad sí que lo era.

Me metí en la cama con la clara idea de, al día siguiente, enviarle un correo electrónico para concertar esa cita que, aunque sabía que era de negocios, intentaría que fuera un poco más allá. Y no lo digo en el sentido de meterla en mi cama, y no por falta de ganas, porque me moría por recorrer cada centímetro de su cuerpo con mis manos, sino a intentar entablar una amistad que, en un futuro, nos llevara a algo más, aunque sabía que no iba a tenerlo nada fácil.

Capítulo 7



Lorena

Me desperté temprano, como hacía habitualmente. Tenía el horario cogido, y me daba igual que fuera domingo o festivo, mis ojos se abrían siempre a la misma hora.

Me levanté de la cama, me di una ducha rápida y me puse ropa cómoda para estar en casa, me dirigí a la cocina y me preparé un café mientras encendía el portátil. Era como algo mecánico, tenía que revisar la agenda de la semana, por si había algo que no cuadrara, aunque sabía que no era así. Después de eso, entraba en mi correo electrónico y comprobaba que no hubiera nada nuevo, aunque esa mañana sí que lo había, tenía un correo de Mauro, lo que me sacó una sonrisa.

De: Maurosanz_mediatv@gmail.com
Para: Lorenamárquezlamejorimagen@gmail.com
Asunto: Concertar cita.
Estimada Lorena, te envío este correo para poder concertar una cita lo antes posible.
Mediatv, está interesada en firmar el contrato lo antes posible, y yo, como su CEO, mucho más.
Espero que puedas buscarme un hueco en tu agenda y me respondas con la fecha y la hora pronto.
Un saludo.
Mauro Sanz.

Lo releí como veinte veces, sin ser capaz de cerrar el correo y abrir la agenda para ver cuando podía recibirlo. Tenía claro que iba a ser en la oficina, porque todavía no me sentía preparada para estar a solas con él, fuera de mi ámbito laboral.

Finalmente lo hice, revisé la agenda y encontré un hueco de un par de horas al día siguiente, de doce a dos, ya que la cita que había agendada nos avisó de que tenía que salir de viaje urgentemente y la canceló, a la espera de su vuelta, de la que no tenía fecha concreta.

Una vez que lo tuve claro, respiré hondo, cerré la agenda y abrí de nuevo el correo electrónico, dispuesta a contestarle, por si le venía bien.

De: Lorenamárquezlamejorimagen@gmail.com
Para: Maurosanz_mediatv@gmail.com
Asunto: Concertar cita.
Estimado Mauro, después de revisar mi agenda, puedo cuadrar su cita mañana en un hueco que tengo libre, de doce a dos, en mi oficina.
Entiendo que pueda ser un poco precipitado, si no le viene bien, podemos dejarlo para otro día. Pero, tal y como pone en su correo, a mi agencia también le interesa cerrar este contrato lo antes posible.
En espera de su respuesta.
Un saludo.
Lorena Márquez.

Ni dos minutos tardó en contestarme que estaba disponible, pues de la reunión que tenía a esa hora podría ocuparse su mano derecha, Borja Gil, que también había sido compañero nuestro y formaba parte de los tres mosqueteros, junto a Chema, del que no había vuelto a saber nada.

—Chica, ya estoy aquí y traigo churros y chocolate caliente — dijo Jorge, que acababa de entrar en mi casa.

Tanto él, como Tania, tenían llaves de mi casa, al igual que yo las tenía de las de ellos. Era como si cada uno tuviera tres casas, pues no sería la primera vez que nos fuéramos los unos a la casa de los otros, porque nos cogía más cerca para comer o porque no nos encontráramos bien y estuviéramos de paso por esa zona.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —le pregunté.

—Ciertamente, hace mucho que no me lo dices —me contestó, señalándome con el dedo.

—Pero te lo demuestro, que es casi lo mismo —le dije, acercándome y dándole un beso en la mejilla, cuando escuchamos la llave de la puerta, era Tania.

—Lo sabía. Me he despertado y he dicho: Tania, es domingo por la mañana y Jorge está saliente de guardia, me apuesto lo que quieras a que ha comprado churros con chocolate y ha ido a casa de Lorena. ¿Me he equivocado? Pues no —dijo, como si esa conversación la hubiera tenido con otra persona.

—Eres única, de verdad. Acabo de entrar, ni siquiera me ha dado tiempo a soltar la bolsa de los churros ni la botella del chocolate. Y no me seas dramática, que te envié un mensaje contándote mis planes en cuanto que salí del hospital —le contestó Jorge.

—No te lo discuto, pero como estaba sin batería y no lo iba a necesitar hoy, ni lo he enchufado, lo he dejado directamente encima de la mesa —le contestó ella, como si no tuviera importancia.

—¿Si te tengo que localizar para algo? ¿Qué pasa? —le pregunté yo.

—Pues me buscas en mi casa, y solucionado —me respondió, encogiéndose de hombros.

Nos sentamos a desayunar, y cuando estábamos terminando, me decidí a contarles a los dos el correo que había recibido. Sus reacciones fueron muy dispares, pasando de la alegría y el frotar de manos de Tania, a la sorpresa y la negación de Jorge.

—Lorena, ha pasado ya mucho tiempo, ¿no crees que esa venganza ya no tiene ni pies ni cabeza? —me dijo mi amigo.

—Tiene todo el sentido del mundo, Jorge. Sé que, desde el principio, y a pesar de que siempre me has apoyado en todo, no has estado de acuerdo con

esto…

—Por supuesto que tendrás mi apoyo siempre, eres más que mi amiga, eres como una hermana para mí, pero eso no quita que tenga que estar de acuerdo en todo. Veo todo esto un sinsentido, del que la única que va a salir mal parada serás tú —me interrumpió.

—¿Yo? ¿Por qué iba a salir mal parada? —pregunté, incrédula.

—Pues muy sencillo. Tu corazón sigue reconociendo a Mauro como el amor de tu vida, al que, por mucho que me digas, sé que no has olvidado. Por ello, si logras que ese hombre se enamore de ti, en el momento en el que se entere de quién eres y de que lo has hecho por venganza, lo volverás a perder, y esta vez será para siempre —me dijo, con toda su lógica, como era él.

—Por supuesto que se enterará de quién soy, pero cuando eso ocurra, también me encargaré de que sea consciente de todo el daño que me ha hecho —le contesté.

—¿Te has fijado en lo que me has respondido? En ningún momento me has negado que sientes algo por él, Lorena, y eso es, precisamente, lo que me da miedo. No quiero verte sufrir de nuevo —me dijo Jorge, y me di cuenta al instante, de que tenía razón.

—Lorena, te has convertido en una diva, pero no quiero que eso te lleve a hacer algo que te pueda hacer daño. Sé que ahora vas con una seguridad por el mundo que antes no tenías. Entiendo que todo esto te ha venido bien, tanto personal como laboralmente, pero no dejes que el personaje que has creado se coma a la persona que siempre has sido. Yo quiero a esa Lorena que no dudaba en protestar ante una injusticia, que miraba a las personas a los ojos y era capaz de ver más allá del físico —me dijo mi amigo, tomándome de las manos.

—Sigue siendo esa Lorena, pero con el corazón roto, Jorge. Entiende que tenga esa necesidad de hacerle saber todo el daño que le ha hecho —le respondió Tania, porque yo no fui capaz de articular una sola palabra.

—Y lo entiendo, pero no creo que tenga que hacerlo de la misma manera en la que lo hizo él. Puede sentarse a hablar con él, decirle quién es, de que se

conocen y hacerle ver que le hizo daño, que tuvo que dejar todo atrás por su culpa, y que no debió tratarla de la forma en la que lo hizo —le dijo Jorge, que siempre había sido el más sensato de los tres.

—¿Crees que a él le importa una mierda lo que yo le diga? Mira, ayer mismo tuvimos la oportunidad de comprobar que seguía siendo el mismo. Su novia es Marina, la que iba detrás de él como un perrito faldero durante el instituto. Estaba delante cuando no se cortó en flirtear conmigo. Eso sin contar con los comentarios machistas y asquerosos de su querido padre, al que sigue venerando como cuando era un adolescente —le respondí, furiosa.

—Lorena, no des las cosas por sentada, por favor. Todos hemos crecido y cambiado mucho, no solo tú. Mírame a mí, soy el claro ejemplo. De adolescente, bebía los vientos por Tania, y sigo aquí a su lado, pero enamorado de otra persona, que ni siquiera es del mismo sexo que ella…

—¿Qué me estás contado? ¿Por qué no sabíamos nada de eso? —le pregunté, pues no nos había dicho nada.

—Pues porque quería estar seguro, tanto de mis sentimientos como de que era real y no nada pasajero. Con Pablo he descubierto que soy bisexual, y lo que siento por él es tan fuerte, que a veces me da hasta miedo —nos confesó.

—¿Cuándo vamos a conocerlo? Porque me muero de ganas. Si es la persona de la que estás enamorado, nosotros estaremos aquí para recogerte la baba si hace falta —le contesté, mientras que Tania asentía con la cabeza.

Capítulo 8



Había llegado el momento de la cita con Mauro. Esa mañana me había puesto un traje de chaqueta de pantalón pitillo y chaqueta de color rosa fucsia, que complementé con una camisa tipo lencera en blanca, al igual que las sandalias de tacón que llevaba.

Atrás quedaron esos tiempos en los que no sabía andar con tacones, ahora los utilizaba como si fueran las zapatillas de andar por casa, y me daba igual que el tacón fuera fino o cuadrado, llevaran plataforma o fueran de cuña, con todos estaba de lo más cómoda.

Recogí mi pelo en una coleta alta, y me apliqué un poco de máscara de pestañas y brillo labial, como hacía a diario, pues no me gustaba ir maquillada como una puerta.

—Lorena, está aquí el señor Sanz —me dijo mi secretaría a través del interfono.

—Gracias, Silvia, hazlo pasar, por favor —le contesté.

Me senté detrás de mi escritorio, pues quería darle una imagen de lo más profesional. En un principio no quería que hubiera otro tipo de relación entre nosotros, estaba todo planeado para que fuera colgándose de mí poco a poco. No quería acostarme con él a las primeras de cambio, pues entonces, y tal como había dicho Jorge, la única perjudicada sería yo.

—Buenas tardes, Lorena. Siento los cinco minutos de retraso, pero el tráfico estaba hoy horrible —me dijo, cuando entró en mi despacho.

—Buenas tardes, Mauro, no te preocupes. Estaba tan sumida en el trabajo que tenía pendiente que ni cuenta me he dado de la hora que es. Toma asiento, por favor —le dije, indicándole con la mano la silla que estaba frente a mi escritorio, después de estrechar la suya a modo de saludo.

—En primer lugar, me gustaría pediros disculpas, a tu compañera y a ti, por el comportamiento de mi padre, anoche. Parece que tiene el síndrome de Peter Pan, y sigue pensando que tiene veinte años y que puede ir tirándole los tejos a cualquier mujer bella con la que se cruce —me dijo, y eso me sorprendió muchísimo, la verdad.

—Se puede ir dejando piropos a las mujeres, pero no en el tono en el que él lo hizo. Tengo que reconocer que nos hizo sentir verdaderamente incómodas, pues parecía que desnudaba a Tania con la mirada —me sinceré.

—Por suerte, ya tiene una novia formal con la que pretende casarse en menos de seis meses, y que a mí me ha venido de lujo, la verdad, pues no sabía como decirle ya a esa mujer que entre nosotros tan solo había habido sexo…

—¿Tu padre se va a casar con Marina? —pregunté, y vi como me miraba sorprendido, y me di cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—¿Cómo sabes que hablo de ella? ¿La conoces? —me preguntó.

—No, es que anoche, al salir, me paró para decirme que, si pensaba que, por acostarme contigo la ibas a abandonar a ella, que se me fuera quitando de la cabeza, porque no sería así. Que estaba dispuesta a soportar todo tipo de cuernos a cambio de seguir con su estatus social y sus bolsos de marca. No entiendo cómo, en pleno siglo XXI, sigue habiendo mujeres que piensen de esa manera —le dije, contándole todo.

—¿En serio te dijo eso? Es que no me lo puedo creer, de verdad. Pero tengo que darte la razón, la dignidad está, o debe de estar, por encima de todo el dinero del mundo.

—Bueno, dejemos los temas personales o se nos echará el tiempo encima. ¿Tienes alguna duda sobre las cláusulas de la copia del contrato que te enviamos? —le pregunté, pues no quería que se pensara lo que no era.

—Ciertamente, no. Está redactado de forma clara y concisa, y es beneficioso para los dos —me respondió.

—Entonces, llamaré para que nos suban el original y si no tienes ningún inconveniente o quieres añadir algo más, lo dejamos firmado en este mismo instante —le dije, a lo que él negó con la cabeza.

El dueño de la agencia, al jubilarse hacía dos meses, había delegado en mí toda la responsabilidad. Tan solo venía cuando era estrictamente necesario, es decir, cuando había junta de accionistas o había que tratar algún tema importante, todo el resto del tiempo, era yo la que me encargaba de llevarlo todo.

Cuando dejamos firmado el contrato eran casi las dos de la tarde, por lo que me levanté para despedirlo, puesto que habíamos quedado con Jorge para comer, e iría con su chico.

—Lorena, me gustaría invitarte a comer para celebrar el primero de los muchos contratos que nos unirán de aquí en adelante —me dijo, pero como temiendo mi negativa, esa que le iba a dar, pero no por los motivos que él pensaba.

—Lo siento, pero no va a poder ser en esta ocasión. He quedado para comer con unos amigos, lo que no significa que no podamos quedar en otra ocasión —le dije, y cuando terminé de hablar me di un golpe mental. ¿En qué coño estaba pensando para decir eso?

—Te tomo la palabra, por lo que, espero que me aceptes esta propuesta, que no será una comida, sino una cena, y no ahora, sino el sábado por la noche —me propuso.

—Estaré encantada. Envíame un correo con el sitio y la hora, y allí estaré —le respondí.

¿El motivo por el que no le di opción a que me recogiera? Pues muy sencillo, yo seguía viviendo en la misma casa de cuando éramos adolescentes, ya que, mi madre, en cuanto que le dije que me quería independizar, no lo dudó y me dijo que me quedara en esa casa, que ella pensaba comprarse un apartamento, mucho más pequeño y cerca del hospital, y que lo haría con el

dinero que había sacado de la venta del piso de mis abuelos, que habían fallecido hacía ya algunos años.

Si le daba mi dirección para que me recogiera, me arriesgaba a que me pudiera reconocer antes de conseguir mi objetivo. Nos despedimos en la puerta del edificio, de una manera cordial, pero profesional, que dejaba claro los límites que yo había puesto desde el principio.

—¿Cómo ha ido todo? —me preguntó Tania, en cuanto llegué al restaurante, ya que ella, durante esa mañana, había tenido que ir a revisar que todo el proceso con otra de las empresas con las que trabajábamos iba bien y que el personal que enviamos cumplía con sus expectativas.

—Ha ido todo perfecto. Me invitó a comer, pero como le dije que tenía una cita, ha trasladado su ofrecimiento a una cena el sábado. Ha quedado en enviarme el lugar y la hora, para vernos allí —le conté, mientras le quitaba la cerveza de sus manos y le daba un sorbo.

Justo cuando iba a contestarme, llegó Jorge con su chico, Pablo, que era guapísimo, pero al que yo conocía bastante, pues era compañero de mi madre en el hospital, más concretamente uno de sus adjuntos de hacía algunos años.

—¿Pablo? No me lo puedo creer —le dije, dándole un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿En serio eres tú, Lorena? —me contestó él, correspondiendo a mi abrazo.

—Me estoy perdiendo. ¿Os conocéis? —nos preguntó Jorge, alternando su mirada de uno a otro.

—Por supuesto, desde hace muchísimos años —le respondió él, pero sin aclarar de qué, así que lo hice yo.

—Era uno de los adjuntos de mi madre, por lo que, deduzco, que ha sido en el hospital donde os habéis conocido, ¿no? —le pregunté a Jorge, que negó con la cabeza.

—Pues no, lista, que es mi vecino de arriba. Subí un día porque parecía que tenía un cuadro flamenco encima del salón, y resultó que eran sus sobrinos, dos niños tan endiabladamente traviesos como bonitos —me dijo mi amigo, explicándome como se habían conocido.

—Días más tarde, sí que nos encontramos en el hospital, más concretamente en el despacho de tu madre, que nos había llamado para pedir nuestra opinión sobre un caso. Después de eso, quedamos para tomar café, luego para comer, y al final terminamos cenando una noche en mi casa. El resto, es fácil de adivinar —nos dijo Pablo, que continuaba con el brazo echado por encima de mi hombro.

Íbamos de camino a una de las mesas cuando noté que alguien me miraba, y al girar la cabeza, allí estaba él, Mauro, junto a Chema, del que hacía mucho que no sabía nada. Su mirada se fijó en el brazo de Pablo, que seguía abrazando mi hombro, y pude notar como apretaba su mandíbula, hasta que dejó de mirarme.

Era como si no me conociera de nada, como si no hubiéramos estado juntos hacía tan solo unos minutos, pero si él había decidido ignorarme, no sería yo la que insistiera.

Esa comida resultó ser una de las más divertidas de mi vida, pues sabía cosas de ambos que el otro ignoraba, y me lo pasé pipa contándoles los secretos, que no era tales, sino que no eran más que tonterías.

Capítulo 9



Durante la semana no tuve noticias de Mauro, ni me envió la ubicación ni la hora del restaurante en el que íbamos a cenar, y ya estábamos a jueves por la tarde. Si no recibía ese correo durante la mañana del viernes, lo sentía en el alma, pero no iba a aceptar esa invitación.

No le iba a demostrar que estaba deseando que me enviara ese mensaje, que estaba a su entera disposición, que era a lo que estaba acostumbrado. Por encima de mi cadáver lo iba a hacer.

Justo estaba saliendo de la oficina, cuando escuché el claxon de un coche y al girarme, vi que era él, que estaba estacionado en la puerta.

—Hola, preciosa. Estaba en mi despacho y he dicho: Mauro, en vez de enviarle ese correo, ahora que te has decidido por el lugar a donde la vas a llevar, es mejor que vayas y se lo digas directamente —me dijo, bajando la ventanilla.

—Hola, Mauro. Sinceramente, pensando que te habías echado atrás o que te habían salido otros planes, si no me lo llegas a decir, hubiera empezado a planear una salida con mis amigos —le contesté, que no quería que se diera más importancia de la que tenía.

—¿En serio habrías hecho eso?

—Por supuesto, no me gusta perder el tiempo ni esperar a que nadie me solucione la vida, mucho menos un hombre. Eso lo aprendí hace ya mucho tiempo —le contesté.

—¿Sabes? Tu manera de ser me recuerda mucho a la de una compañera que tuve en el instituto… pero bueno, ya te contaré la historia un día de estos —me dijo.

Os juro por Dios que pensé que me había descubierto, aunque estaba claro que yo no me había ocultado, porque incluso me presenté con mi nombre completo, pero, al parecer, no debí ser una historia importante y seguro que se estaba refiriendo a otra persona. Tan solo esperaba que no fuera ninguna de las repipis que estaban con él en su grupo habitual, porque me parecía a ellas como un huevo a una castaña.

—¿Dónde tienes aparcado el coche? —me preguntó, cambiando de tema.

—No lo he traído, está en el taller. El muy cabrito me dejó tirada antes de ayer, en un semáforo. No veas la que se montó hasta que llegó la grúa, porque encima era en una calle de un solo sentido y tuvieron que meterse en dirección contraria. Un numerito, vamos —le contaba.

—¿En serio? —me preguntó, sin parar de reír.

—Y tan en serio que te lo estoy contando. Me estoy planteando comprarme uno nuevo, aunque le tengo tanto cariño… —le dije, riendo con él.

—Anda, sube, que te llevo a tu casa —me dijo, pero a mi casa no podía ir si no quería que me descubriera.

—No voy para mi casa, tenía pensado ir al centro comercial, me hace falta hacer algunas compras —le contesté.

—Pues nada, nos vamos a llenar la nevera, que a mí también me hace falta —me contestó.

Me monté en el coche, desconfiando un poco, la verdad. Puesto que no quería confiar en él, o mi plan se iría al traste. Lo cierto era que me miraba de reojo, de una manera que no sabía si era porque se estaba dando cuenta de quien era o porque me quería decir algo, pero no me iba a quedar con la duda.

—¿Te ocurre algo, Mauro? —le pregunté.

—Lo cierto es que me recuerdas mucho a alguien, pero… No, ella no tiene nada que ver contigo —sentenció, y no supe ni que decir ni que hacer.

Aparcó en el centro comercial y nos dirigimos a su interior, donde fuimos directamente a la zona del supermercado. Cogimos dos carros y nos dispusimos a coger todo lo que necesitábamos. Al final, íbamos a tener que poner el envío a domicilio, pero, alguien al fondo me llamó la atención, era Pablo, que me iba a salvar la vida.

—¡Pablo! —exclamé, levantando la mano para que me viera.

—Hola, preciosa. Vaya compra, ¿necesitas ayuda? —me preguntó.

—Sí, por favor, porque no quiero que Mauro pierda más el tiempo —le dije, y pude notar como el rostro de mi acompañante iba cambiando de tono por minutos.

—Hola, soy Pablo, un amigo de Lorena —se presentó.

—Encantado, pero sí tienes que hacer algo aquí, no te preocupes que yo la acerco a su casa —le dijo Mauro.

—No, yo ya había terminado, además, me coge de camino —le contestó Pablo al ver mi cara de terror.

—Bueno, nos vamos ya. ¿Dónde nos vemos el sábado? Que, al final, no me has dicho nada ni del lugar ni de la hora —le pregunté a Mauro.

—Uy, es verdad. Pensaba decírtelo cuando nos despidiéramos… En fin, nos vemos a las nueve en el restaurante “El Castillo”, ¿te viene bien?

—Por supuesto, nos vemos allí —le dije, despidiéndome de él.

Menos mal que se me ocurrió pasar mi compra primero, porque si no me vería en la obligación de irme con él. Pablo, en cuanto que nos alejamos un poquito, me miró, interrogante.

—¿Se puede saber qué estaba pasando ahí? Porque, si no me equivoco, ese es Mauro Sanz, y no me lo imaginaba nunca haciendo la compra en el super

de un centro comercial, mucho menos, contigo.

—Ay, Pablo, me has salvado la vida.

—Ya mismo me lo estás contando todo, por si tenemos que ir llamando a alguien para partirle las piernas —me dijo, y solté una carcajada.

—No es para tanto, te lo aseguro. Es tan solo que no quiero que sepa donde vivo, o todo mi plan se irá al garete…

—¿Qué plan? Ay, chica, que parece que estoy hablando con una de esas espías de las novelas. Hazme el favor y habla clarito de una vez, que no tengo la cabeza para acertijos —me contestó, interrumpiéndome.

Le conté todo desde el principio y tal y como esperaba, me contestó lo mismo que me dijo Jorge.

—Yo no lo haría, hablaría claro con él, porque al final te va a explotar en toda la cara —me dijo.

¿Sería que todo tenían razón, menos yo? ¿Estarían en lo cierto y sería yo la equivocada? Todo esto me estaba dando mucho que pensar, pero no había estado planeando mi venganza durante tanto tiempo para ahora, que había llegado el momento, echarme atrás. Ni soñando lo hacía.

Me dejó en mi casa y me ayudó a bajar la compra, despidiéndose de mí con un beso en la mejilla. Una vez que guardé todos los productos que había comprado, me propuse buscar el atuendo ideal para el día siguiente, pero justo cuando estaba delante del armario, recibí una llamada de mi madre.

—Hola, Lorena. Me preguntaba si tenías algún plan para hoy —me preguntó mi madre.

—Hola, mamá. Pues la verdad es que no. Estaba delante del armario, intentando encontrar un vestido que me sirva para una cena de negocios que tengo mañana —le contesté.

—¿Seguro qué es de negocios? Porque un pajarito me ha dicho que estás en contacto con Mauro Sanz, y me gustaría que me lo contaras tú, no que me

tenga que enterar por boca de los demás —me dijo, algo enfadada.

—Es que no sé qué hacer todavía, mamá. Estoy tan confusa…

—Está bien, te recojo en quince minutos y vamos a comer algo que, seguro que no has probado bocado, como si te estuviera viendo —me replicó.

—Pues, no lo puedo negar, no he comido nada. Es que, si te soy sincera, ni siquiera me he acordado de la comida —le contesté, y fue como si la tuviera delante, porque seguro que se había dado un golpe en la frente, como si la viera.

—Recoge el bolso y vete para la puerta, que estoy llegando —me dijo, y cortó la llamada.

Me levanté de la cama, en la que estaba sentada, cogí mi chaqueta y mi bolso y bajé hasta la puerta principal, donde ya me estaba esperando mi madre en el coche.

—Llévame donde quieras, menos al centro comercial, por favor —le dije, en cuanto que me senté en el asiento del copiloto.

—¿Por qué no quieres ir al centro comercial? Allí es donde están las mejores tiendas, y siempre te ha encantado.

—Porque no me quiero encontrar a Mauro de nuevo, ya que lo he dejado allí hace menos de media hora —le contesté.

Mi madre se me quedó mirando, muy seria, y no tuve más remedio que contarle todo lo que me había ocurrido desde que Mauro contactó con nuestra agencia para contratar personal. Ella me escuchaba atentamente, pero el gesto de su cara iba mudando poco a poco. La conocía demasiado bien como para saber que no estaba de acuerdo con mi manera de actuar, y así me lo hizo saber.

—¿Te has parado a pensar en que, cuando hizo eso, era tan solo un niño? —me preguntó mi madre.

—Sí, lo sé, pero eso no significa que no supiera lo que estaba haciendo —le contesté, dando por zanjada la conversación.

Capítulo 10



Llegó el momento de la cena, y me pedí un taxi para llegar hasta el restaurante donde habíamos quedado. Al final, me compré un vestido en color vino tinto, estrecho hasta debajo de la rodilla, con escote en V y manga francesa, que acompañé con unas medias y tacones negros, al igual que el abrigo. Para que el pelo no me molestara, me lo recogí en una coleta baja con la raya en medio. Unos buenos pendientes, pulsera y una cadena que me habían regalado por mi cumpleaños que llevaba tres corazoncitos, que lucían en mi escote de una manera preciosa.

Estaba demasiado nerviosa porque, dependiendo de como fuera la noche, me atrevería a decirle quién era o no, y eso, sería decisivo para mi vida futura.

—Estás preciosa —me dijo, cuando llegué a la puerta del restaurante, donde me estaba esperando.

—Gracias, tú también estás muy guapo —le contesté, pues ya estaba harta de fingir, ahora estábamos fuera del ámbito laboral, por lo que tenía que dejar a un lado la profesionalidad en el trato.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! —me dijo.

Sentir su mano en la parte baja de mi espalda, aún con toda la ropa que separaba su piel de la mía, me hizo estremecer, y él lo notó.

—¿Tienes frío, Lorena? —me preguntó, con una sonrisa de saber que, le dijera lo que le dijera, conocía el verdadero motivo.

—La verdad es que no. Ha sido tu contacto el que me ha estremecido —le contesté, optando por decir la verdad, puesto que consideré una tontería inventarme una excusa cuando él había notado lo mismo que yo.

—Me alegra que hayas sido sincera. No soporto las mentiras ni las excusas baratas y saber que tú sientes la misma atracción por mí que yo por ti, me hace estar más seguro —me contestó.

Durante toda la cena no dejamos de tocar nuestras manos, de reírnos y de sentirnos cómplices, como cuando éramos adolescentes y quedábamos por las tardes para tomar café. Eso me gustó tanto como me aterró, porque me volví a sentir como aquella niña que pensaba que tenía delante a su príncipe azul, cuando en realidad era un sapo. Mi gesto tuvo que cambiar, porque él me preguntó.

—¿Te pasa algo, Lorena? Ha sido como si, de repente, te hubieras acordado de que has dejado el horno encendido o la plancha puesta —me preguntó, intentando quitarle hierro al asunto.

—No, simplemente que, por un momento, he vuelto a mi adolescencia, pero no pasa nada, ha sido un lapsus —le contesté.

Intuía que él querría dar un paso más esa noche, pero ¿estaba realmente preparada? Sinceramente, no lo sabía, pero no le iba a poner puertas al campo, como se suele decir, dejaría que todo siguiera su curso y comprobaría si me veía como al rollo de una noche o querría algo más de mí.

Después de cenar, nuestra primera intención fue ir a tomar una copa a algún local de los cercanos al restaurante, pero viendo como había empezado a llover, me propuso otra cosa.

—¿Te parece bien que, en vez de irnos a cualquier pub, nos tomemos esa copa en mi casa, al calor de la chimenea? —me preguntó, y supe lo que eso significaba.

—Me parece una idea fantástica —le respondí.

—Pues vamos, tengo ahí el coche —me contestó, señalándome donde estaba su vehículo aparcado.

Su casa era realmente preciosa y acogedora. Se trataba de un ático en el centro de la ciudad, con una planta superior, en la que había dos dormitorios, cada uno con baño en suite y un pequeño gimnasio. En la planta baja, tenía la cocina abierta al salón, un cuarto de lavado, donde estaba la lavadora y la secadora, así como una tabla para planchar encastrada en la pared. A través de unas puertas francesas, salíamos a una terraza preciosa, que tenía un jacuzzi y una zona de relax, con una barbacoa y varias hamacas, junto a una mesa y cuatro sillas de exterior.

—Veo que esto es lo que más te ha gustado de mi casa, pero me parece que, precisamente hoy, no vamos a poder disfrutar de ella —me dijo, abrazándome por la cintura desde mi espalda.

—Sí que es preciosa, aunque hoy lo que más me gusta es el sofá frente a la chimenea —le contesté, sin soltarme de ese abrazo.

—Me gustas mucho Lorena, y quisiera seguir conociéndote, independientemente de lo que pase esta noche —me dijo, besando mi cuello y dándome pequeños mordisquitos que me pusieron como una moto.

—A mí también me gustas mucho, Mauro, pero antes tengo que contarte algo…

—Lo que sea que tengas que contarme, lo haces en la siguiente cita. Hoy no quiero que nada empañe nuestro encuentro. Esta noche, somos solos tú y yo, Mauro y Lorena, todo lo demás, se queda fuera —me dijo, y no sé por qué, pero eso me dejó mucho más tranquila, puesto que no era yo la que se lo había ocultado, sino él, que no había querido escucharlo.

Lentamente, me giró entre sus brazos, puso su mano en mi mentón y lo levantó para, a continuación, mirarme a los ojos y besarme. Fue un beso de lo más dulce, y que me llevó a aquel primero que nos dimos en la puerta de mi casa, y me tensé.

—Si no quieres que continuemos, no dudes en decírmelo. Esto es una cosa de dos, y no quiero que te sientas incómoda si no estás segura —me dijo, en cuanto que despegó su boca de la mía.

No le contesté, tan solo tomé su mano y con ella cogida, me encaminé hacia las escaleras que llevaban a los dormitorios, entrando en el suyo. Justo cuando atravesamos el umbral de la puerta, me aprisionó entre la pared y su cuerpo, para besarme de nuevo con una pasión que me puso todos los vellos de punta.

Sentí su mano en mi trasero, amasándolo mientras me pegaba más a él, y, con su otra mano, me acariciaba en el interior de mis muslos. No sé si fue consciente o inconscientemente, pero abrí mis piernas, dándole acceso a mi sexo y deseosa de sentir como sus dedos se adentraban entre mis pliegues.

Me levantó en volandas, obligándome con esa postura a tener que enroscar mis piernas en su cintura. Así notaba muchísimo más su erección, y me puse más mojada todavía, si es que eso era posible. Mauro se dio cuenta y, besando mi cuello, echó a un lado mi braguita y con sus dedos, aprisionó mi clítoris, haciéndome gemir de placer.

—¿Era esto lo que querías? —me preguntó.

—Sí, no pares, por favor —le contesté, entre jadeos.

—Ni loco pararía ahora, bonita. No hasta que consigas que llegues a tu primer orgasmo —me contestó.

Continuó en esa postura hasta que lo consiguió, pero, mientras tanto, yo lo fui despojando de la chaqueta y de la camisa. Seguía teniendo un torso de lo más definido, pero se veía que lo había trabajado más, pues los músculos de sus brazos se marcaban mucho más que antes.

Me dejó tiempo para recuperarme, antes de llevarme hasta la cama, donde bajó la cremallera de mi vestido, haciendo que este cayera a nuestros pies. Yo, mientras, le quité el cinturón del pantalón y desabroché su botón, dejándolo en bóxer en cuanto que él se deshizo de ellos con los pies.

—Dios, Lorena, eres…

—Una diva, soy una diva —le contesté yo, ya que eso era lo que me solía decir Jorge, que había pasado de ser invisible a convertirme en una diva.

—Una diva no, mi diva —matizó, haciéndome sonreír.

Esas eran las palabras que siempre había querido escuchar, pero me llegaban diez años tarde, aunque decidí apartar esos pensamientos de mi cabeza.

Me recostó sobre la cama, y fue recorriendo todo mi cuerpo con su boca, hasta llegar a mi monte de Venus, donde consiguió arrancarme otro orgasmo con su boca, uno que grité, pues en la vida me habían practicado el sexo oral de esa manera.

Volvió a hacer el recorrido inverso, hasta llegar a mi boca, donde me saboreé, pero no era lo que yo quería. Invertí las posiciones, y le di la posibilidad de que terminara de desnudarme, pues tan solo me quedaba el sujetador puesto. Fui besando todo su torso, hasta que llegué a esa zona que me gustaba tanto en él, la V que formaban sus músculos cerca de su sexo, que me saltó en la cara en cuanto me deshice de su bóxer.

No lo pude resistir, lo cogí entre mis dedos y lo lamí de la base a la punta, haciendo que gruñera de placer. Una vez que llegué a su glande, lo recorrí con mi lengua, haciendo círculos y llevándome las primeras gotas de líquido preseminal.

Capítulo 11



Decir que nos pasamos toda la noche practicando sexo sería quedarme muy corta, porque, cuando nos quedamos dormidos, ya entraba la luz del día por las ventanas.

Me desperté antes que él, y una sensación de lo más extraña me invadió. Era como si, por un lado, estuviera en el lugar equivocado y con la persona equivocada, pero, por otro, no quisiera que el momento terminara. El miedo que me entró me hizo levantarme, coger mi ropa y salir del dormitorio. Me vestí en el salón, y me marché, llamando a un taxi para que viniera a recogerme.

Necesitaba salir de ahí, pues me estaba ahogando en viejos recuerdos tanto que, si no hacía algo, terminaría sepultada bajo todos ellos. En ese momento, lo que más me apetecía era estar en mi casa, a solas, y digerir todo lo que había sucedido con Mauro esa noche.

Había sentido la misma conexión con él que tuve aquel día en el que perdí mi virginidad con él, fue como volver diez años atrás, pero disfrutando muchísimo más, ya que, los nervios de aquella noche no me dejaron disfrutar lo necesario de ese momento, mucho menos con lo que sucedió después.

Me di una ducha rápida y me planté unas mallas y una sudadera de las que usaba para estar por casa, ya que el día seguía igual de frío y lluvioso que el anterior. Cogí mi libro electrónico y me senté a terminar de leer un libro que había empezado días atrás, pero que no conseguir leerlo entero. Pensé que esa sería la solución para evitar darle vueltas a lo mismo una y otra vez, pero, la verdad, es que no lograba concentrarme lo suficiente como para seguir el hilo

de la historia, por lo que no tuve más remedio que apagarlo y dejarlo a un lado.

Me fui a la cocina para prepararme algo de comer, pues ni siquiera había desayunado, pero mi madre me salvó al llamar a la puerta de mi casa.

—Aquí está tu cocinera particular, porque tengo clarísimo que no ibas a comer nada en condiciones, te conformarías con hacerte un sándwich o algo parecido —me dijo, entrando en mi cocina con una bolsa con táperes.

—No te cojo en brazos porque no tengo fuerzas que, si no, te sacaba a hombros al jardín, como a los toreros —le contesté, logrando que soltara una carcajada.

—¿Qué tal fue todo anoche? ¿Le dijiste quién eras? — preguntó mi madre.

—Fue todo demasiado perfecto y, sí, lo intenté, pero me dijo que lo que tuviera que contarle, lo dejara para la próxima cita, que esa noche éramos solo nosotros, sin nada que nos enturbiara —le conté a mi madre.

—Lorena, si pretendes seguir con esta relación, porque tengo claro que ambos lo queréis, no dejes pasar más tiempo. Llámalo y queda con él, cuéntaselo esta misma noche, o terminarás por arrepentirte de no haberlo hecho —me aconsejó mi madre.

—¿Y si, cuando se lo diga, no quiere seguir? ¿Y si, al enterarse de quién soy, se siente traicionado?

—Pues claro que se sentirá así, no lo dudes, pero siempre será mejor que se entere por ti a por otra persona, pues entonces no podrás demostrarle que no tenías malas intenciones — contestó ella.

—Lo sé, mamá, pero tengo que encontrar el momento adecuado. No puedo llamarlo ahora y decirle: "¿te acuerdas de la chica a la que desvirgaste por una apuesta? Pues, ¡tachan! Soy yo" —le dije a mi madre, que negaba con la cabeza.

—Desde luego, hija mía, por año que pasa eres más payasa. Yo no te puedo aconsejar nada más que eso, ahora es tu decisión si tomas mi consejo o no —

me respondió.

Mientras ella calentaba la comida, yo puse la mesa para las dos y saqué una botella de vino de la nevera, pues ese día me apetecía brindar antes de comer, por mi madre, por mí, y por todas las cosas buenas que estaban por llegarnos, porque estaba segura de que sería así.

Mi madre permaneció en mi casa hasta bien entrada la tarde, que fue cuando se marchó, pues había quedado con una amiga para ir al cine y a cenar. Me dijo que me fuera con ellas, puesto que conocía a su acompañante de toda la vida, pero preferí quedarme en casa. Ya estaba mucho más tranquila, por lo que me sentaría a retomar la lectura o a ver algún que otro capítulo de la serie que me gustaba, y que también tenía un poco abandonada por causa del trabajo.

Cogí el móvil de la mesita de café del salón, que fue donde lo dejé en cuanto llegó mi madre y que no había vuelto a coger hasta entonces. Lo primero que me encontré fue un mensaje de Mauro, por lo que volvieron los nervios.

Mauro: *Me he despertado y ya no estabas, supongo que tendrías cosas que hacer, pero que te quede claro que no me ha gustado nada la situación. El próximo día, me aseguraré de que no te puedas marchar sin decirme adiós, pues pienso dormir abrazado a ti durante toda la noche. Dicho esto, también tengo que reconocer que me ha encantado pasar la noche contigo y que me encantaría que se pudiera volver a repetir, pero sin la salida tan accidentada.*

No dudé en contestarle, aunque hacía más de una hora que me había escrito. Pero bueno, ya lo leería cuando pudiera.

Lorena: *A mí también me gustaría que volviéramos a vernos, entre otras cosas, porque me gustaría hablar contigo lo antes posible. Espero que me hagas un hueco pronto.*

Contra todo pronóstico, me respondió al instante, pero tengo que reconocer que su respuesta no me gustó mucho, no por la manera en la que lo dijo, sino por el hecho de que no podríamos vernos tan pronto como a mí me hubiera gustado.

Mauro: *Siento tener que decirte esto, pero salgo de viaje esta misma noche y durante al menos una semana, no podremos vernos. Si tanto te urge hablar conmigo, podemos hacer una videollamada cuando quieras.*

Lorena: *No, lo que quiero contarte me gustaría hacerlo cara a cara. Mejor, espero a que vuelvas y me llames. Que tengas un buen viaje, un beso.*

Mauro: *Otro para ti también, te llamaré en cuanto vuelva. No te digo que lo haré durante el viaje porque el trabajo me absorberá, desde ya lo sé. Tan solo espero a que no dure mucho el suplicio.*

Estuvimos un rato más hablando por mensajes de WhatsApp, hasta que me dijo que me tenía que dejar o llegaría tarde al aeropuerto y perdería el avión, ya que el viaje era fuera del país.

Me senté en el sofá a ver la televisión, pues me quedaban algunos capítulos pendientes de la serie que estaba viendo. Tania había salido hoy con un chico que había conocido por internet, así que no la podía llamar, ya que no quería molestarla. Dicho de otro modo, estaba sola y aburrida, y como no tenía otra cosa mejor que hacer…

A eso de las nueve y media, metí una pizza en el horno para cenar. Al día siguiente había quedado con mis amigos para comer, por lo que no tenía ganas de meterme en la cocina ahora. Normalmente, cuando al día siguiente estaba sola para comer, hacía algo más de cantidad de lo que me hiciera de cena para dejarlo para el almuerzo del día siguiente, pero como hoy no era el caso, me conformaría con eso.

Después de cenar, el cansancio me podía, por lo que me fui a la cama del tirón, me moría por poner la cabeza en la almohada, así que, me cambié de ropa, me puse el pijama y me metí bajo las sábanas calentitas, ya que fuera se escuchaba como llovía y daba hasta miedo.

Había veces, como hoy, en la que la casa se me hacía enorme para mí sola, y la sentía como vacía. Recordaba las noches así, en las que mi madre se metía conmigo en la cama, o yo en la de ella, dependiendo del momento, y nos poníamos a hablar de todo y de nada, hasta que nos vencía el sueño.

Hoy no, hoy estaba sola, tanto en la cama como en la casa, y si me apuraba, también en mi vida. Si tenía ganas de ver a Mauro era para decirle la verdad, dejar que me explicara por qué lo hizo y si estaba dispuesto a tener algo serio conmigo o, por el contrario, se trataba de un entretenimiento más.

Con esos pensamientos rondando en mi cabeza me sorprendió el sueño, por lo que no descansé como era debido, ya que estuve muy inquieta durante toda la noche, y me levanté con los ojos como un koala. Si seguía así, me iba a tener que comprar el antiojeras como las barras de chóped que vendían en el supermercado.

Por suerte para mí, era domingo y no me tenía que levantar temprano, por lo que me quedé en la cama hasta bien entrada la mañana.

Capítulo 12



Mauro

Estaba deseando que se terminara esa reunión, me estaba resultando tediosa y aburrida, pues no avanzábamos en los temas.

—Pienso que estamos estancados en la negociación, por lo que creo que sería conveniente que nos marcháramos y nos viéramos de nuevo mañana a primera hora —les dije, deseoso de salir de allí.

—Sí, yo también lo pienso. Démosle una vuelta a todo esto y venimos mañana con nuevas propuestas — respondió la persona con la que tenía la reunión.

Salí de ese despacho con unas ganas enormes de llegar al hotel, darme una ducha calentita y tumbarme en el sofá de la suite a beberme una copa de vino y picar algo de comer. Necesitaba estar tranquilo durante un buen rato, ya luego, cuando se me quitara el estrés de la reunión, le escribiría un mensaje o llamaría a Lorena.

A pesar de que le había dicho que no creía que la pudiera llamar, mis ganas de hablar con ella eran tantas que buscaría un ratito a diario para hacerlo, aunque me estuviera muriendo de sueño.

Pero todos mis planes se fueron al traste en cuanto que entré en el vestíbulo del hotel, pues me habían dejado en la recepción un sobre con una invitación a una fiesta. Os juro que me entraron ganas de no cogerlo y dejarlo

ahí, de decir que no había llegado a mis manos, pero eso llevaría a que amonestaran al empleado del hotel, y no estaba dispuesto a llegar a tanto.

La persona que me invitaba era uno de nuestros mejores clientes, ya que se trataba del dueño de unas mayores cadenas de televisión que compraban nuestros formatos, por lo que no pude decir que no. Además de eso, me indicaba que recogiera a su hija para que no llegara sin acompañante. Me pondría un coche en la puerta del hotel a las nueve de la noche para que me llevara hasta el lugar donde se celebraría la fiesta.

—Joder, con las pocas ganas que tengo de nada, y encima, mañana, me toca levantarme temprano de nuevo —me dije, cuando atravesé la puerta de mi suite.

Me di una ducha y me vestí con uno de los trajes de chaqueta que había metido en la maleta. Era azul marino, y lo combiné con una camisa blanca y la corbata de cuadraditos en tonos azules y gris claro. Cinturón y zapatos marrones, unas gotitas de perfume y mi abrigo, y ya estaba listo para salir.

—Buenas noches, señor Sanz —me dijo el chófer del coche.

—Buenas noches, Fred —le contesté, después de leer su nombre en la placa que llevaba prendida del uniforme.

Puso rumbo hasta la dirección donde teníamos que recoger a Mandy, la hija del dueño de la cadena de televisión, el señor Anderson. Mandy era una mujer espectacular, pero todo lo que tenía de impresionante lo tenía de idiota, pues era la típica niña pija que no se preocupa de cultivar su mente, tan solo su cuerpo, y con la que no se podía hablar de nada más que de moda, pues todo lo demás como que le interesaba entre menos y nada.

Me acosté con ella en varias ocasiones, sobre todo al principio de hacerme cargo de la empresa, ya que tenía que seguir con la estela de mi padre, hasta que me di cuenta de que esa forma de vida no me iba a llevar a ningún lado, y cambié mi manera de actuar.

—Hola, cariño. Sigues estando tan bueno como siempre —me dijo, antes de montarse en el coche, en cuanto que me vio, ya que me bajé para recibirla.

—Hola, Mandy. ¿Qué tal todo? —le pregunté, más por cortesía que por otra cosa y fui a darle un beso en la mejilla, pero ella giró la cara, cayendo el beso en sus labios.

—¿Te has vuelto un soso, Mauro? Antes, no hubieras dudado en darme un beso en condiciones, no en la mejilla, como las abuelas.

—No soy ningún soso, Mandy. Simplemente que, en estos momentos, ya no me interesas —le respondí, pues no me había gustado nada su gesto.

Me miró y soltó una carcajada que resonó en toda la calle, como si yo le hubiese contado algo gracioso, y entonces, pensé que no es que fuera medio gilipollas, con el tiempo, sus secuelas se habían acentuado y, ahora, era gilipollas entera.

Nos montamos en el coche y nos pusimos rumbo a la fiesta. Tenía claro que no me quedaría hasta muy tarde, pues quería darle una vuelta a todo el tema del contrato que tendría que cerrar al día siguiente en la reunión y no pensaba ir con ojeras y aspecto de venir de juerga.

Bajamos del coche, y nada más hacerlo, una horda de periodistas nos estaba esperando en la puerta, haciéndonos fotos y preguntas de lo más desagradables e íntimas, a las que yo no respondí, pero sí que lo hizo mi acompañante.

—El CEO de la productora más importante junto a la hija del propietario de una de las mejores cadenas de televisión. ¿Eso significa algo? —preguntó uno de los periodistas.

—Eso significa que nos estamos conociendo, ahí lo dejo —contestó ella, pero no la dejé que siguiera, puesto que la cogí del brazo y la metí dentro del hotel donde se celebraba la fiesta.

—¿Se puede saber por qué coño has dicho eso? Estoy conociendo a alguien, ¿sabes? Y no creo que le vaya a gustar tener que escuchar esto en ningún programa —le dije, visiblemente enfadado.

—Ese es tu problema, no el mío. A mí, tan solo me traerá beneficios, pues a partir de mañana me llamarán de muchos programas como tertuliana por el

simple hecho de preguntarme si lo que he dicho es cierto —me contestó.

No me la quité de encima durante todo el tiempo que me mantuve en la fiesta, incluso a la hora de marcharme lo hizo conmigo, lo que no logró fue meterse en mi cama, por mucho que lo intentó, ya que hasta entró conmigo en el hotel donde me estaba alojando.

—Te he dicho que no, Mandy. Así que, haz el favor de dejarme en paz de una puñetera vez —le dije, justo delante de los ascensores.

Me subí en uno, el primero que llegó, y la dejé ahí, plantada y con cara de pocos amigos, pero me daba igual. Al final, me había quedado durante más tiempo del que me hubiera gustado, pero también había concertado varias citas a lo largo de esa semana con posibles clientes, por lo que tampoco había perdido el tiempo.

En cuanto llegué, me quité la ropa y me metí en la cama, poniendo la alarma del móvil para que me sonara en unas horas, y así, con un café delante, poder darle una vuelta a ese contrato, ver que podría ofrecerle y firmar en esa misma mañana, ya que, si no fuera así, no podría reunirme de nuevo con ellos, tenía otras reuniones agendadas, y así se lo diría en cuanto que entrara.

Me levanté cuando sonó la alarma, en realidad, llevaba ya un buen rato despierto. Pero antes de hacerlo, cogí el móvil y le envié un mensaje a Lorena.

Mauro: *Buenos días, preciosa. Tengo unas ganas enormes de verte y de darte un beso. Espero que pases un buen día.*

Aparecieron los dos tics azules de inmediato, pero, contra todo pronóstico, no me contestó. No le di importancia, pues pensé que, con seguridad, estaría ocupada en alguna reunión o algo. La llamaría de nuevo por la noche si no tenía noticias suyas a lo largo del día.

Llegué a la reunión y dejé la mente en blanco en cuanto al tema personal, ya que, si estaba pendiente del teléfono no me centraría en lo realmente importante en este momento, que era cerrar ese contrato.

Cuatro horas después de entrar, ya habíamos firmado el contrato, cerrando el trato de manera favorable para las dos partes.

—Le invito a comer, señor Sanz —me dijo el gerente.

—Se lo agradezco mucho, señor Stanley, pero tengo otra cita pronto y no me gustaría llegar tarde. En otra ocasión —le dije, siendo cortés a la hora de rechazar la propuesta, pero no quería nada más que irme al hotel y llamar a Lorena.

—En otra ocasión, entonces. No quisiera retrasarle en sus planes. Encantado de hacer negocios con usted —se despidió de mí, ofreciéndome su mano para que la estrechara.

—Igualmente, señor Stanley —le contesté, estrechando su mano.

Tomé un taxi y puse rumbo al hotel. En cuanto llegué a mi suite, me di una ducha, me puse cómodo y pedí que me subieran la comida, pues ni ganas de bajar al restaurante tenía. Cogí mi móvil para llamar a Lorena, pero me encontré con que estaba en la portada de todas las revistas digitales de corazón, besando a Mandy. No era lo que parecía, pero estaba seguro de que Lorena lo había visto y por eso no había contestado a mi mensaje.

Capítulo 13



Ese día, al encender la televisión, lo vi, entrando en una fiesta con una rubia impresionante, y como ella decía ante los medios que se estaban conociendo.

—¿Se puede ser más cabrón que Mauro Sanz? Ya te lo digo yo, ¡No! —le dije a Tania, que había venido a pasar la tarde a mi casa para terminar algunos asuntos pendientes de la oficina.

—Ni que lo digas, amiga. ¿Sabes qué? Mándalo a la mierda, porque acaba de demostrar que los hombres como él, nunca cambian —me contestó ella.

Justo en ese momento, me entró un mensaje suyo, que hizo que me hirviera la sangre. Era el ser más hipócrita y falso que había en toda la superficie terrestre.

Mauro: *Buenos días, preciosa. Tengo unas ganas enormes de verte y de darte un beso. Espero que pases un buen día.*

—¿Será falso el tío? ¿Le vas a contestar? —me preguntó Tania.

—Por encima de mi cadáver. Ese se va a arrastrar como el gusano que es, y cuando me haya hartado de jugar con él, le revelaré mi secreto y lo mandaré al carajo. No se merece otra cosa —le contesté.

—Pero, por favor, no dejes que te vuelva a seducir y te lleve a la cama. Sé que estar con ese hombre tiene que ser lo más de lo más, pero piensa que, si lo

haces, él saldrá ganando, que se habrá hartado de follar con una mujer como tú —me aconsejó Tania.

Por mucho que me intentaba convencer de que así lo haría, no las tenía todas conmigo, pues era tenerlo delante y mis piernas se convertían en pura gelatina, eso sin ni siquiera tocarme, que cuando sentía su calor en mi piel o sus labios en los míos, mi mente se nublaba de tal manera que no era capaz de decirle que no a lo que me propusiera.

Esa noche, recibí una llamada de teléfono de Mauro, pero no respondí. Quería que las explicaciones me las diera a la cara, aunque para que eso ocurriera tuviera que esperar varios días, me daba exactamente lo mismo.

Cogí mi móvil y en las portadas de todas las revistas del corazón digitales estaba él, besando a esa mujer, saliendo de la fiesta con ella y entrando en su hotel. En una de las fotos se veía como ella estaba riendo a carcajadas, como respuesta a algo que le había dicho él.

Me hervía la sangre y mi primera opción fue bloquearlo, pero luego me dije a mí misma que no, que tenía que actuar con sangre fría, con madurez. Estaba claro que él ya sabía que yo estaba molesta por lo que había hecho. Ahora, tan solo tenía que dejar que intentara acercarse a mí, y entonces, sería mi turno de decirle que no me venía bien, o que no me apetecía.

Dos días más tardó en volver y lo primero que hizo fue plantarse en mi oficina. Ya le había dicho a mi secretaria, que, si el señor Mauro Sanz aparecía por allí, le dijera que estaba ocupada y que no podría atenderlo, que volviera en otra ocasión.

Lo tuve durante toda una semana viniendo a diario hasta la puerta de mi despacho, hasta que ese último día no dejó hablar a mi secretaria, sino que abrió la puerta directamente, cogiéndome en una videollamada con un cliente. No abrió la boca, se sentó al otro lado de mi escritorio y esperó a que terminara de hablar con ese cliente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, en cuanto colgué.

—Llevo viniendo toda la semana, esperaba que, al menos, me enviaras un mensaje para preguntarme —me contestó, enfadado.

—¿Por qué iba a hacer eso? Te recuerdo que eres tú el que has aparecido en todas las revistas con esa mujer. Eso sin contar con que, antes de irte, me dijiste que estarías muy ocupado para llamarme o escribirme y, vaya casualidad, lo haces justo a continuación de que salieran las imágenes de esa mujer entrando en el hotel contigo —le dije furiosa, pues no me gustaba que me hicieran parecer tonta.

—Entre esa mujer y yo no ha pasado nada. Al menos, no en esta ocasión. No te negaré que sí que me he acostado con ella en varias ocasiones, pero siempre fue antes de conocerte —me contestó, y solté una carcajada.

—Créeme cuando te digo que eso no sería posible —le contesté, ya que nos conocíamos desde que entramos en primero de primaria.

—Te lo prometo, Lorena. Ese beso que sale en las revistas no fue un beso como tal, pues se lo iba a dar en la mejilla y ella giró la cabeza. Y, por ese comentario que dijo le eché la bronca…

—Claro, y te acompañó al hotel porque te daba miedo la oscuridad. Venga ya, Mauro, no me tomes por tonta, que ya no tengo quince años —le contesté.

—Me acompañó al hotel con la pretensión de acostarse conmigo esa noche, para que la llamaran de los programas y así ganar dinero a mi costa.

—A esa mujer no le hace falta ganar dinero, tiene a su padre, al que le salen los billetes cuando estornuda, en vez de mocos.

—Pero le tiene el presupuesto limitado, ya que, cuando lo tenía abierto, se llegó a gastar más de cien mil euros en una hora, en una de las tiendas de lujo en las que suele comprar —me contaba.

—Me da igual como sea, Mauro, las evidencias son más que claras. No pienso ser una mueca más en la cabecera de tu cama, no soy así ni lo seré nunca. Quieres que te crea, demuéstramelo. No con palabras, quiero hechos —le dije.

—No tengas ninguna duda de que así lo haré. De momento, me gustaría que me acompañaras a una fiesta mañana por la noche. Es el compromiso de

mi padre con Marina, y quiero que todo el mundo te conozca como mi pareja —me pidió.

—Tendría que pensarlo, la verdad. No me gustaría que, dentro de dos semanas, cuando ya te hayas hartado de mí, la gente empiece a hablar de mí con pena o que se dirijan a mí como "una más de la lista" —le respondí, pues no quería que pensara que haría conmigo lo que quisiera.

—Bueno, pues te presento como tú quieras, pero ven conmigo, por favor, yo me encargaré de que todo el mundo de la prensa sepa que, entre Mandy y yo, no hay ni va a haber nunca nada —me aclaró.

—Está bien, pero seré tan solo una amiga, al menos, de momento —le dije, porque pensaba dar mi estocada maestra en esa fiesta, delante de la prensa.

Salió de mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja, cruzándose con Tania, que lo miró como el que ve un vestido hortera en un escaparate, o sea, con cara de terror.

—¿Se puede saber qué hacía "rompe bragas" saliendo de tu despacho? —me preguntó Tania, y solté una carcajada por el mote que le había puesto.

—¿Rompe bragas? ¿En serio? —pregunté, sin poder parar de reír.

—Me vas a decir que el mote no le viene al pelo, vamos. Pero bueno, eso no es lo importante. ¿Me vas a contestar?

—Ha venido a decirme que es mentira, que ni la ha besado ni se ha acostado con ella, al menos no ahora, porque no me ha negado que sí que lo hizo en el pasado. Además, me ha invitado a que lo acompañe a la fiesta de compromiso de su padre con Marinita —le indiqué.

—¿No me jodas? ¿En serio se va a casar Marina con ese viejo verde? Y mira que es atractivo, porque es como si viera a su hijo dentro de unos años, pero tan solo de pensar tener que acostarme con un tipo así, me entra una fatiguita que me muero —me respondió ella.

—Ni que lo digas, pero lo que no sabe es que él me va a presentar como una amiga, porque se lo he dicho yo, pero, una vez que estemos delante de la

prensa, lo voy a dejar por mentiroso, y le diré a todos que soy su novia, que si no quiere decirlo por miedo a que la otra mujer se entere… —le conté, y Tania empezó a reírse a carcajadas.

—Eres mala, amiga, muy mala —me dijo, sin parar de reír.

—No, cariño, no soy mala, tan solo hago justicia, la que me merezco desde hace muchísimos años. Y mira que tenía pensado contarle quien era, pero me parece que lo voy a hacer dentro de un tiempecito, cuando me sienta segura.

Continuamos trabajando en el proyecto que teníamos entre manos, hasta que llegó la hora de irnos a comer. Ese día lo haríamos juntas y en el restaurante que había en frente de la agencia, pues queríamos dejarlo listo esa misma tarde.

Capítulo 14



Llegó el momento de la fiesta, y me arreglé en casa de Tania, donde le dije a Mauro que me recogiera. Él pensó que era mi casa, pero en ningún momento le dije que lo fuera.

Me puse un vestido de fiesta en color negro, de lo más elegante. Era largo, de manga larga y espalda al aire, con un escote en V para nada pronunciado, pero que hacía que se me viera un pecho precioso. La parte de la falda caía vaporosa hasta el tobillo. Me recogí el pelo en un moño informal, para que se pudiera lucir la parte trasera del vestido, y usé los complementos en color dorado, con unos pendientes largos, pero muy sofisticados, y un cinturón en forma de cadena, que caía sobre mis caderas a modo de adorno.

Utilicé un abrigo corto de pelo de conejo que era de mi abuela, pero que volvía a estar a la moda. Cogí mi bolso de mano, y bajé hasta el portal, donde ya estaba Mauro esperándome.

—Dios mío, estás… realmente arrebatadora —me dijo en cuanto me vio.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —le contesté, mirándolo de arriba abajo.

Mauro llevaba un esmoquin, puesto que la etiqueta de la invitación lo dejaba muy claro, mujeres en vestido largo de fiesta y hombres en esmoquin. Parecía que se lo habían confeccionado encima de su piel, pues no quedaba ni un solo pliegue fuera de su sitio, era como si se hubiera caído de la portada de una revista de moda.

Me saludó con un beso en la mejilla, que me supo a poco, la verdad, pero yo no iba a hacer como aquella mujer y voltear la cara, sino que le correspondí al beso con una sonrisa.

—¿Dispuesta a que nos pregunten hasta el número de pie? —me preguntó Mauro, antes de bajar del coche.

—Por supuesto, y a pararme y responder… Ahora bien, ¿lo estás tú? —le respondí con otra pregunta.

—Yo nací preparado, chavala —me contestó.

Bajamos del coche, que un chico se encargaba de aparcarlo, y nos dispusimos a entrar en el hotel, cuando los periodistas nos abordaron. Bueno, en realidad lo abordaron a él, que fue al que le hicieron las preguntas.

—Señor Sanz, ¿qué opina de las declaraciones que ha hecho la señorita Mandy Anderson sobre vuestra relación? —le preguntó uno de los periodistas.

—No puedo opinar nada, puesto que no sé qué es lo que ha dicho. Lo que sí puedo decir es que…

—Perdonadme que me meta en la conversación, pero no puede haber una relación con esa señorita, porque el señor Sanz y yo somos pareja —lo interrumpí, y el me miró, sonriente.

—Pues, según la señorita Anderson, ellos ya tienen fecha para anunciar el compromiso —nos dijo otro.

—Eso no es posible, porque yo no tengo ninguna relación con esa señorita. Es más, aquí y ahora os doy una exclusiva, os presento a mi novia formal, la señorita Lorena Márquez, ejecutiva de la agencia “La mejor imagen” —les dijo, tomándome de la mano y dándome un beso en los labios.

Al final, había hecho lo que pensaba hacer yo, pero no me importó, porque me gustó muchísimo que me diera mi lugar, que no me negara como había hecho en el pasado. Ahora sí que tenía claro que le contaría quién era, pero eso sería mañana, pues ahora nos tocaba disfrutar de la fiesta de los aprovechados estos.

Entramos y nos dimos de frente con Borja y Chema. Por un momento, y dado a un comentario que me hizo, pensé que me había reconocido, pero no.

—Vaya, nos volvemos a ver, Lorena —me dijo.

—¿Nos hemos visto antes? Porque, la verdad, no lo recuerdo —le contesté, poniéndome algo nerviosa.

—Por supuesto que nos hemos visto, en la fiesta de la productora, solo que no hablé mucho contigo, lo hice más con la chica que te acompañaba, de la que no recuerdo el nombre, aunque sí su cara —me dijo Borja.

—Tania, se llama Tania. Y es normal que te quedaras con su cara, y con su cuerpo, porque una mujer así es difícil de olvidar —dijo el padre de Mauro, que acababa de llegar.

—Papá, por favor, no empieces con ese tipo de comentarios, sabes que no me gustan nada. Por lo menos, respeta a tu pareja, que acabáis de comprometeros —le contestó Mauro.

—Mira hijo, seré mayor, pero no gilipollas. ¿Te crees que no sé qué Marina se está tirando al jardinero? Pero me da igual, mientras que cumpla conmigo, que se acueste con todo el que le dé la gana, lo mismo que haré yo. Entre nosotros lo hemos hablado, siendo discretos, podemos hacerlo. De lo único que tenemos que ocuparnos es de que no llegue a la prensa de ninguna de las maneras —le respondió, y os juro por lo más sagrado que me entró un asco terrible.

—Aquí está mi prometido. Querido, el señor Bautista te reclama, dice que quiere hablar contigo de no sé qué tema de negocios, pero le he dicho que hoy no es la noche, que estamos aquí para celebrar nuestro amor, no una inversión —dijo, mirando directamente a Mauro.

—No, si la mejor inversión la has hecho tú —le contestó Chema, que siempre había estado enamorado de ella, desde niño, con un tono que evidenciaba el desprecio que le provocaba.

—Claro, cariño, no pretenderías que, con este cuerpo y esta cara, me liara con un muerto de hambre como tú —le dijo ella, girando la cabeza para

mirarme.

—Es que, para que yo pudiera gustarte, tendría que estar bañado en oro, como los Oscar —le respondió él, furioso.

—Por cierto, tú y yo nos hemos visto antes. No recuerdo dónde, pero no dudes de que lo recordaré —me dijo a mí, mirándome con odio.

—Nos hemos visto en la fiesta de la productora…

—No, no, antes de eso, y, no sé por qué, pero tengo la impresión de que, cuando lo recuerde, no te va a gustar, por la manera en la que tu rostro ha cambiado, en lo nerviosa que te has puesto —me dijo, con toda la maldad del mundo.

—No tengo por qué estar nerviosa, porque no tengo nada que ocultar. Lo mismo y los nervios los tienes tú, que te has visto obligada a cambiar al que decías que era tu chico por la versión geriátrica del mismo —le dije, sonriente.

Me miró de una manera que ponía los vellos de punta, se giró y se marchó junto a su prometido, que ya estaba otra vez rodeado de mujeres, como no podía ser de otro modo, y no porque fueran ellas las que lo persiguieran, sino más bien todo lo contrario.

—Creo que, en cuanto que tengamos oportunidad, vamos a salir pitando de aquí. Ni me gusta el ambiente que hay ni me gusta la actitud de mi padre, que se está comiendo con la mirada a todas las mujeres. Cada día me da más asco —me dijo, y la verdad, me sorprendió esa manera de hablar de su padre.

—Pensaba que lo admirabas —le dije.

—Y lo admiro, pero solo en el plano profesional, porque en el personal, no puedo estar más en desacuerdo con su forma de actuar. De niño, para mí ser como él era el súmmum de la perfección, incluso hice cosas de las que me arrepentiré toda mi vida. Afortunadamente para mí, supe darme cuenta a tiempo, y eso se lo tengo que agradecer a mi madre, que fue la que me abrió los ojos —me contestó, y no supe que decir.

Estuvimos allí, en la barra y con una copa, hasta que llegó la hora de cenar, que pasamos a uno de los salones del hotel. Todo era ostentación y lujo, tal y como le gustaba a Marina.

El marisco parecía que lo regalaban en el mercado ese día, pues no paraban de poner langostas y todo tipo de mariscos en las mesas. Le siguió una carne estofada, pero no era ternera, precisamente, sino que la señorita escogió carne de Kobe, una de las más caras del mundo. Como postre, una tartaleta de chocolate de Dubái adornada con láminas de oro comestibles.

—Desde luego, si lo que pretende es que todo el mundo sepa que tiene dinero, lo ha conseguido. Con lo que ha costado el menú de esta celebración, puede comer un pueblo en el tercer mundo durante, al menos, un mes —me dijo Mauro, que estaba de acuerdo conmigo en que no era necesario tanto despilfarro.

—Si le hubieran dado la mitad de lo que han gastado aquí a alguna ONG que se encargue de facilitar la vida de los niños necesitados, se habría sentido mejor, más útil, el dinero gastado —le respondí.

—Ni que lo digas, pero entonces, ni sería Marina ni sería mi padre.

Llegó el momento de anunciar el compromiso, por lo que ambos subieron a una especie de estrado, donde se intercambiaron los regalos. Ella le regaló a él un reloj que, si lo ponía de pie en medio de una plaza, podrían dar las campanadas de Fin de Año desde ahí. Y él le compró un anillo que, como le diera un guantazo a alguien le saltaban todos los empastes de la onda expansiva.

Capítulo 15



Esa noche, después de irnos de esa farsa de fiesta, nos dirigimos a su casa. Sé que dije que no me acostaría con él, que me resistiría, pero no podía, era superior a mis fuerzas.

En cuanto que entramos por la puerta de su casa, no lo pensamos dos veces, nos fuimos directamente a su habitación, entre miradas cómplices y besos que lo decían todo. No tuvimos paciencia para los preliminares, ni tampoco nos hizo falta. Casi ni nos despojamos de la ropa, ya que, en la misma pared que tenía su dormitorio en la entrada, me levantó, enroscando mis piernas en su cintura, apartó a un lado mi tanga, y me penetró fuerte y de una sola estocada.

—Dios, como necesitaba tenerte así —me dijo, mientras no dejaba de bombear en mi interior.

—Joder, Mauro, esto es como tocar el cielo con las manos —le respondí, entre jadeos y gemidos.

Fue rápido, fuerte e intenso. Jamás en mi vida lo había hecho de esta manera, un aquí te pillo aquí te mato en toda regla, y tengo que reconocer que me gustó demasiado.

Nos despojamos de la ropa que nos quedaba y nos fuimos al baño, que Mauro se encargó de llenar de agua caliente y sales de olor a vainilla. Mientras se llenaba, él bajó a la cocina y trajo una botella de vino blanco, fría, y dos copas que puso en un taburete junto al baño.

—Ya está lista la bañera, adentro, que ahora nos toca relajarnos —me dijo, tomando mi mano para que entrara y me sentara.

—¿Más relax? —le pregunté.

—A mí, todavía, me falta mucho para quedar relajado del todo —me contestó, con una sonrisa de lo más pícara.

—Mauro, tengo que contarte algo…

—Lorena, mañana, por favor. Hoy tan solo necesito tenerte entre mis brazos, olvidarme de todo lo que hay fuera de estas cuatro paredes.

—Pero…

—Mañana, o pasado mañana, pero ahora no, te lo ruego —me dijo, acariciándome la espalda.

—Está bien, pero de mañana no quiero que pase, es importante para mí contártelo —le dije, decidida a que no pasara de ese día.

Durante toda la noche nos dedicamos a venerar el cuerpo del otro, empezando en esa bañera, donde nos dejamos llevar por la pasión. Sus manos enjabonando mi cuerpo fue como si acercaran una cerilla a una garrafa de gasolina, porque me encendió de inmediato.

No me pude resistir, me arrodillé ante él y, mirándolo a los ojos, tomé su miembro entre mis dedos, lo acerqué a mi boca y lo lamí de abajo arriba, como si fuera el más exquisito de los helados. A continuación, me lo metí en la boca, donde succioné y saboreé.

—Dios, Lorena, me estás matando de placer —me dijo, haciendo una coleta con su mano en mi pelo y marcando el ritmo que a él le gustaba.

No paré, seguí lamiendo, succionando y mordisqueando hasta que le vino el orgasmo. Intentó retirarse de mi boca, pero no lo dejé, haciendo que lo hiciera en mi interior, y lamiendo las gotas que quedaron en su glande cuando terminó de vaciarse.

—Me has dejado sin palabras, te lo juro —me dijo, jadeante.

—Pues yo te escucho perfectamente —le contesté, relamiendo mis labios.

Invirtió las posiciones, dejándome sentada en el filo del baño, abrió mis piernas y se metió entre ellas, buceando hasta conseguir que me llegara mi primer orgasmo, que se bebió hasta la última gota.

A continuación, me puso de pie, de cara a la pared de la ducha, elevó mis caderas y me penetró por detrás, de una manera profunda y certera, haciendo que de mi boca saliera un grito de placer que no pude, ni quise, reprimir.

Mantuvo el ritmo, ese que yo le pedía sin parar, hasta que ambos alcanzamos el clímax, dejándonos completamente exhaustos y casi sin fuerzas, al menos a mí, que, si no llega a ser porque él me tenía sujeta por la cintura, habría caído de rodillas al suelo, sin dudarlo.

Quitó el tapón de la bañera y abrió el grifo de la ducha, el de efecto lluvia que tanto me gustaba, echó jabón en sus manos, al igual que yo en las mías, y nos dedicamos a enjabonarnos el uno al otro, sin apartar nuestras miradas.

—No te muevas, que voy por una toalla grande —me dijo, saliendo de la ducha hasta el armario que tenía pegado a la pared, donde guardaba todas las toallas.

Sacó dos, un pequeña, con la que envolvió mi pelo, y una grande, con la que nos envolvió a los dos, pegados el uno al otro. Acabábamos de hacerlo en la ducha, y ya estábamos de nuevo excitados, por lo que ninguno de los dos lo pensó.

Me sentó encima del mueble del lavabo, se situó entre mis piernas y me penetró de nuevo. Tuve la necesidad de arquear la espalda sobre el mueble, del placer que estaba sintiendo. Cuando alcancé el orgasmo, me bajó de él, y me puso de manera que ambos nos viéramos reflejados en el espejo, y me penetró de nuevo.

El simple hecho de vernos ahí, nuestras caras de placer, la manera en la que veía que Mauro gruñía cuando entraba y salía de mi interior, provocó que

tuviera otro orgasmo en menos de un minuto, pero esta vez me lo llevé conmigo, haciendo que se corriera de nuevo.

Podéis pensar que no habíamos utilizado ningún anticonceptivo, pero lo cierto es que yo tomaba la píldora desde hacía muchos años, concretamente desde que pasé la primera noche con él. Según mi madre, más valía prevenir que curar, pues no quería que yo tuviera que hacer los mismos sacrificios que ella al quedarse embarazada, y se lo agradeceré durante toda la vida.

—Lorena, en la vida me había pasado esto con ninguna mujer. Todavía no he salido de tu interior cuando ya vuelvo a tener ganas de hundirme en ti de nuevo —me dijo, y a mí me pasaba lo mismo.

—Yo tampoco me he sentido así con ningún hombre que no seas tú, Mauro —le respondí, porque era cierto, ese nivel de deseo tan solo me había pasado con él, tanto en mi adolescencia como ahora.

No os voy a decir que no he estado con ningún otro hombre, porque sería una mentira como una catedral de grande, pero también todas mis relaciones no habían sido placenteras.

Algunas habían sido un absoluto desastre, porque me había topado con hombres que tan solo buscaban su propio placer, sin hacer nada para que la mujer llegara al orgasmo antes que él, aunque no fuera a través de la penetración. Pero también me había encontrado con el extremo contrario, hombres tan generosos que se empeñaban tanto en que la otra persona disfrutara de los preliminares que, a la hora de la verdad, se corrían en la primera o segunda embestida.

Mauro no pertenecía a ninguno de los dos y con tan solo tocarme, ya me tenía como una hoguera, sin contar la manera en la que nos compenetrábamos en la cama, en la que parecía que nuestros cuerpos se movían al unísono, sincronizados a la perfección, y eso era difícil de conseguir en una pareja.

—Vamos a la cama o, al final, no descansaremos en toda la noche —me dijo, cogiéndome en brazos para llevarme hasta allí.

—Ni que lo digas. Aunque, desde ya te digo que es una manera muy placentera de tener cansancio —le dije, haciendo que soltara una carcajada.

Nos metimos bajo el nórdico que había puesto nuevo, y que era de lo más cálido y acogedor, quedándonos completamente dormidos en cuestión de minutos, mientras que estábamos abrazados. En mi mente revoloteaba la manera en la que decirle quién era sin que se lo tomara como una traición, pero, ciertamente, no encontraba las palabras adecuadas, por lo que decidí que me dejaría llevar por el momento, le diría lo que me saliera en ese momento del corazón, ni más ni menos.

Esa noche era como si estuviera flotando en una nube. No sabía si era por el colchón, que debía costar un riñón, por la almohada o por la compañía, pero el caso es que descansé como nunca.

Estaba completamente dormida cuando escuché que llamaban a su teléfono y, minutos después, al timbre de la casa, el de la verja de fuera. Noté como Mauro se levantaba de la cama e iba a abrir, pero no me moví de la cama, estaba tan bien y tan a gusto, que me daba igual quién fuera. Seguramente no tuviera nada que ver conmigo, entre otras cosas porque nadie sabía que estaba ahí, en su casa, y seguí durmiendo.

Capítulo 16



Mauro

Me encontraba super a gusto en la cama, junto a Lorena, notando su respiración pausada, de estar completamente dormida, cuando mi teléfono sonó, era mi padre, y por la forma de insistir, intuí que sería algo importante.

—Dime, papá —le contesté, casi en un susurro, para no despertar a mi chica.

—Marina ha descubierto algo, y te lo tenemos que contar cuanto antes. ¿Estás en tu casa? —me dijo, sin ni siquiera saludarme.

—Claro, ¿dónde voy a estar? —respondí, pues esa pregunta sobraba, más siendo un domingo a las once de la mañana.

—No lo sé. Bueno, da igual, vamos para allá, porque lo tienes que ver —me contestó, para colgar la llamada en cuanto que terminó de hablar.

Volví a poner mi cabeza en la almohada, pues no sabía el tiempo que tardarían en llegar y seguía realmente cansado. Me debieron llamar por el camino, puesto que, quince minutos después, ya estaban llamando al timbre de la verja.

No me gustaba tener servicio, eso de tener a alguien pululando por mi casa durante todo el día y la noche, no iba conmigo. Al contrario que mi padre, que tenía hasta a una persona que se ocupaba de ponerle su ropa en el vestidor

cada día, antes de que se levantara, y así no tenía que pensar en que atuendo elegir.

Por eso, tan solo tenía a una chica que se encargaba de la limpieza tres veces por semana, y a un chico que se ocupaba del jardín y que acudía una vez a la semana para asegurarse de que todo estuviera en perfectas condiciones.

Me levanté, me puse un pantalón de algodón y una camiseta, y me dispuse a abrir la verja para que entrara el coche. Una vez que los vi entrar, abrí la puerta de la calle para que pudieran subir hasta mi ático.

Mi edificio tenía una zona de aparcamiento para las visitas y otra para los residentes. Los de las visitas estaban al aire libre y, para acceder a él, tenía que abrirle uno de los propietarios, no podía entrar cualquiera de la calle. Los que vivíamos allí teníamos una o dos plazas de aparcamiento en el garaje interior, dependiendo del piso que fuera.

Descalzo, encendí la chimenea del salón, y abrí la puerta en cuanto que escuché el ascensor, no quería que Lorena se despertara con el timbre. Además, cerré la puerta que daba a las escaleras que llevaban a la planta superior, y que, generalmente, dejaba abierta, pero cualquier cosa porque mi chica no se despertara.

—Hijo, vamos a sentarnos y prepararnos un café, porque lo que te traemos, no te va a gustar — dijo mi padre, y supuse que sería algo de la empresa.

—Papá… ¿me tenías que molestar un domingo por un problema de la empresa? ¿No podías esperar a mañana? —le pregunté, porque, últimamente, a Marina le había dado por revisar todas las transacciones de la empresa, como si ella tuviera derecho a hacer algo así, pero así mi padre la tenía entretenida.

—¿De la empresa? No, hijo, no es de la empresa, es algo personal —me dijo.

—Pues, venga, directo al grano que no estoy solo —le dije, deseando que se largaran de una puta vez.

—Mira, no me voy a andar por las ramas, y con esto quiero que entiendas que el compromiso con tu padre sigue adelante, que nada tiene que ver con lo

que ha habido entre tú y yo —me dijo Marina.

—Pues, para no andarte por las ramas, estás dando un rodeo de la leche. ¿Te importaría hablar ya de una puñetera vez? —le dije, deseoso de que terminaran con sus pamplinas y me dejaran a solas con Lorena, pues tenía planes con ella durante todo el día.

—¿Recuerdas que te dije que había visto a Lorena antes? Bien, pues ya sé de qué la conozco y donde la había visto. Aunque, si alguien la ha visto bien has sido tú —me dijo.

—Hombre, si no la veo yo que soy su pareja, no sé quién la va a ver. Pero vamos, que eso no tiene ninguna relevancia. Me alegro de que te hayas acordado de qué la conocías, aunque no entiendo que tiene que ver todo eso conmigo —le respondí.

—Toma, el anuario de nuestro curso. Mira entre las fotos —me dijo, dándome el libro de nuestra graduación.

No me hizo ni pizca de gracia, puesto que eso me recordaba el momento del que más me avergonzaba en mi vida, uno en el que, por culpa de una apuesta y de las palabras de mi padre, perdí a una chica que me gustaba de verdad. No sé si con el tiempo, hubiéramos seguido juntos, pero tampoco se merecía que tuviera un final como el que tuvo.

Me dispuse a pasar páginas, sin encontrar nada que me resultara fuera de lugar, hasta que llegué a esa en la que estaban los diplomas de honor, y la verdad me sacudió como si me hubieran asestado un puñetazo en la boca del estómago.

Ahí estaba su nombre, y su foto, junto a sus dos amigos inseparables. Me fijé en sus nombres, y todo me cuadraba. Lorena Márquez, Tania Soler y Jorge Martínez. A este último no lo había visto desde entonces, pero a las dos chicas sí. La primera, en concreto, estaba ahora mismo en mi cama, y la sangre empezó a hervirme.

—Exacto, veo que te acabas de dar cuenta, al igual que yo lo hice anoche —me dijo Marina.

—No sé cómo has podido ser tan tonto de caer en sus garras otra vez, Mauro. Te pensaba mucho más inteligente, pero, al parecer, me he equivocado —me reprochó mi padre.

—Dejadme solo, por favor —les dije, levantándome para abrirles la puerta de mi casa para que salieran de ella.

—¿Te traemos la verdad y nos echas como si fuéramos perros? —me dijo Marina, que lo que quería era ver el numerito que se iba a formar cuando bajara Lorena.

—¡Largo de aquí, los dos! Por mucho que me digas, todo esto lo has hecho por despecho, porque no te elegí a ti. Ahora, fuera, que quiero estar solo —les grité.

Ambos salieron de mi casa protestando, pero me dio igual. Ahora mismo, lo único que pensaba era en lo gilipollas que había sido por no darme cuenta de quién era ella.

¿Cuál era el motivo por el que lo había hecho? ¿Pensaba vengarse de mí por lo que le hice con dieciséis años? Ya no sabía que pensar, tan solo miraba la foto del anuario y recordaba su imagen de ahora, y nada tenía que ver una con la otra.

Estaba claro que tenía algún motivo oculto, pero no pensaba descubrirlo. Ya se había reído bastante de mí, y no iba a permitir que lo hiciera ni un minuto más, por lo que, furioso como estaba, subí las escaleras de dos en dos, hasta llegar a mi cuarto, donde Lorena seguía en la cama.

—¡Lárgate de mi casa! —le dije, tirándole su ropa a la cara.

—Mauro… ¿qué ocurre? ¿Qué te ha pasado? —me preguntó, haciéndose la inocente.

—Ha pasado que se te acabó el circo, que ya te has reído bastante de mí. Sé que me porté mal en el pasado, pero te he dicho en multitud de ocasiones que me arrepentía de mi manera de actuar cuando era un adolescente, pero, aun así, has seguido riéndote de mí —le dije con rabia, con asco, con dolor.

—He intentado decirte muchas veces…

—Os lo habéis tenido que pasar bomba cuando llegabas a tu casa. Claro, por eso no querías que te acompañara nunca, para que no atara cabos. Espero que lo hayas disfrutado durante todo este tiempo, porque se acabó. Hablaré con mis abogados para que encuentren la manera de disolver el contrato de la agencia con la productora, porque no te quiero volver a ver en mi vida —le dije, sin poder ni mirarla a la cara.

—No estás siendo justo conmigo, Mauro. No me estás dejando que me explique, siquiera. Pero no te preocupes, ya me ha quedado claro el tipo de hombre que eres, y yo tampoco te quiero volver a ver —me dijo, saliendo de la habitación para coger su bolso, que dejó anoche en el salón.

No bajé hasta que escuché el portazo de la puerta principal. Cuando lo hice, volví a coger el anuario, y revisé todo lo que habíamos dicho cada uno de nosotros, haciendo hincapié en sus palabras y en las mías.

"En un futuro, me veo como mi padre, dirigiendo la productora y siendo el soltero de oro, disfrutando de todo lo que el poder y el dinero me brinde." Fueron las palabras que leí bajo mi foto. Cuan equivocado estaba. Si me volvieran a preguntar ahora, diría que me veía con una mujer estupenda a mi lado, con dos hijos y disfrutando del amor.

"En un futuro, me veo siendo una mujer fuerte, poderosa, a la que ningún hombre pueda humillar más. Y lo voy a conseguir, vengándome de todo aquél que me ha hecho daño." Escribía Lorena debajo de su foto, y lo había cumplido, ella sí que lo consiguió.

Capítulo 17



Lorena

Salí de esa casa con una mezcla de rabia y dolor. Al final, todos a mi alrededor tenían razón, y el secreto me había explotado en la cara. No sabía a donde ir, ni que hacer, por lo que me decidí a ir a casa de mi madre, que sería la única persona que no me juzgaría y me apoyaría sin decirme lo típico de "te lo dije", que tanto daño hacía a veces.

—Mamá… —le dije, en cuanto que me abrió la puerta.

—¿Lorena? ¿Qué te ha pasado? —me preguntó, pues llegué vestida de noche y con una cara que parecía que había tenido un accidente.

—Teníais razón… ha sido de lo más surrealista, te lo juro —le dije, deseosa de que me abrazara.

—Pasa y cámbiate de ropa, yo te preparo mientras una infusión relajante. Estás helada, date una ducha —me dijo, mientras me rodeaba con sus brazos.

Entré en la ducha, mi madre me había puesto encima del mueble del lavabo ropa suya para que me cambiara, así como unas deportivas y toallas limpias. Bajo el chorro de agua ya no pude aguantar más y rompí a llorar.

¿Por qué tenía tan mala suerte? No me consideraba una persona mala de corazón, pero sí es cierto que el afán de venganza me había podrido la sangre. Pero, aun así, no me lo merecía.

Ahora también tendría que lidiar con que no rompiera el contrato que tenía con la agencia y para ello, no me quedaba otra que apartarme. Cuando saliera, le diría a Tania que le enviara un correo diciéndole que ella se haría cargo del asunto, porque si lo anulaba, las pérdidas para la agencia nos podrían poner en peligro, y eso sí que no lo iba a permitir.

¿Por qué no lo pensé antes? Tendría que haberle dicho a Mauro quién era desde el primer momento en el que se sentó en mi despacho y que él hubiera elegido si seguir adelante o no.

No me había dejado explicar mis motivos, al igual que él tampoco me había dado los suyos, aunque sí que me lo dejó caer en infinidad de veces. Por ello, me veía obligada a escribirle un correo, porque tenía claro que, si le enviaba un mensaje, vería que me había bloqueado, y no quería sentir más dolor del que tenía.

Me vestí con la ropa que me había dejado mi madre, y al salir, le pedí que me dejara su portátil para escribir ese correo.

—Mamá, ¿me prestas tu portátil? —le pregunté.

—Claro, mi vida. Pero no vayas a hacer algo de lo que te puedas arrepentir luego, por favor —me contestó.

—No, voy a enviarle un correo a Mauro para explicarle mis motivos, que sea él quien decida si venir a hablar conmigo o no —le dije.

—Está bien, pero no quiero que sigas sufriendo. Llevas haciéndolo durante demasiados años, y ya es hora de pasar página —me respondió, dándome el portátil.

De: Lorenamárquezlamejorimagen@gmail.com
Para: Maurosanz_mediatv@gmail.com
Asunto: Explicaciones que debería de haber dado hace mucho.

No sé como empezar a escribir este correo, pero no tengo más remedio que hacerlo. Sé que, si te llamo, no me descolgarás la llamada, eso contando con que no me hayas bloqueado.

Todo empezó aquel día en el que te entregué mi virginidad. Para mí, eras mi príncipe azul, el chico por el que todas perdían la cabeza y que te hubieses fijado en mí, era un sueño.

Un sueño que se tornó en pesadilla en el mismo momento en el que bajé esas escaleras y os escuché hablar. No voy a decir que no me dolió, porque lo hizo, y mucho, pero también me llevó a ser la mujer que soy hoy en día, pues me prometí a mí misma, que ningún hombre me volvería a humillar de esa manera.

Cambié mi físico, pero también mi manera de ser. La sed de venganza fue mi motor, y me preparé para eso. Quizás te parezca que todo fue premeditado, y así era, hasta que te volví a tener delante.

Me enamoré como una imbécil, es una tontería negarlo. En realidad, creo que siempre lo estuve y volver a verte tan solo despertó aquello que llevaba diez años dormido.

Intenté decirte quien era muchas veces, pero no voy a negar que tu negativa a saber lo que te tenía que decir no me tranquilizaba, porque me daba un poco más de tiempo a tu lado.

He sido una gilipollas, pues, ahora que lo veo desde otra perspectiva, ni la venganza me llevaba a ninguna parte ni ocultarte quien era tampoco, a lo único que me ha llevado ha sido a perderte.

En tus manos dejo si quieres volver a ponerte en contacto conmigo. Por otro lado, y aunque no tenga nada que ver, me retiro del proyecto de la agencia, lo dejo en manos de Tania, no sería justo para ninguno de los chicos contratados que se vieran privados de la posibilidad de triunfar.

No me puedo despedir sin decirte que lo siento profundamente, y que te quiero con todo mi ser.

Lorena Márquez.

Le di a enviar, sin pensarlo dos veces, porque si lo pensaba, no lo haría y no me podía quedar con eso dentro. Ya, estaba en sus manos si me quería perdonar o no, pero mi parte ya estaba hecha.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó mi madre.

—No, pero sé que lo superaré. Si lo hice con dieciséis años, lo podré hacer de nuevo —le contesté.

—Sí, pero el problema es que, la vez anterior, erais dos niños, y ahora sois dos adultos que, encima, tienen contratos de trabajo en vigor. No dejes que la pena ni la rabia se apodere de ti, Lorena. En mi casa te puedes quedar todo el tiempo que quieras, pero creo que te vendría bien estar un tiempo a solas —dijo mi madre, y tenía razón.

—Lo sé, mamá, pero mi primer instinto fue venir a refugiarme entre tus brazos. Me quedaré contigo hasta después de comer, que volveré a mi casa. Tengo mucho trabajo pendiente y me vendrá bien pensar en otra cosa —le contesté.

Comimos juntas, y me puse el abrigo encima de la ropa que me había prestado mi madre, dejando allí el vestido que llevaba, me traía tan malos recuerdos que no quería volver a verlo colgado en mi armario, por eso le dije a mi madre que hiciera con él lo que quisiera, como si quería venderlo en una de esas páginas de internet, pues era bastante caro.

Llamé un taxi y me encaminé a mi casa. Me hubiera gustado encontrarme a Mauro en la puerta, puesto que ya sabía dónde vivía, pero no fue así, y eso, todavía, me causó más pesar.

—¿Qué pensabas, idiota? ¿Qué te iba a estar esperando? ¿Tú lo hubieras hecho? —me dijo Tania, en cuanto que la llamé nada más entrar en mi casa.

—Sinceramente, sí que lo esperaba, pero como siempre me equivoco con él, no es de extrañar que no estuviera. Por cierto, tienes que hacerte cargo del contrato con la productora, no soy capaz de dejar a todos esos chavales sin su oportunidad —le dije.

—Por eso no te preocupes, que lo llamo mañana en cuanto que entre en el despacho y si a mí tampoco me quiere cerca, le diré a Vanessa que se haga cargo ella —me respondió.

Esa opción no me gustaba, pues mi compañera era el tipo de mujer que le gustaba a Mauro, alta, esbelta y con un cuerpo de escándalo, además de ser una mujer segura y muy inteligente. Los celos me estaban comiendo, pero tendría que dejarlos a un lado, pues no me llevarían más que a tener más dolor.

Colgué la llamada con Tania veinte minutos después, en los que le expliqué todo lo que había hecho y como me sentía, haciendo que por su boca se escaparan sapos y culebras, pues me lo habían advertido en multitud de ocasiones.

Mi madre me había dado un táper con comida para la cena y, a pesar de que no tenía mucha hambre, me obligué a comer, pues lo único que me iba a faltar era caer enferma también, y entonces, me tiraba por la ventana.

Cené con la televisión puesta, no es que estuviera viendo nada, pero al menos, las voces me estaban haciendo compañía. Me dolía muchísimo la cabeza y los párpados se me cerraban, por lo que, tal y como terminé, me fui a la cama. Mañana sería otro día, en el que, esperaba, las cosas me fueran mucho mejor que hoy, que había sido, de lejos, el peor día de mi vida.

Me costó la misma vida descansar, pues me despertaba cada poco tiempo, sudando y con claros síntomas de haber tenido una pesadilla.

Capítulo 18



Esa mañana, tal y como llegué a la empresa, me fui directa al despacho de Tania, que se encontraba al teléfono con Mauro, pues su voz era inconfundible hasta a través del altavoz.

—No te ofendas, Tania, pero tanto tú, como Lorena, me parecéis dos personas rencorosas y falsas, y no quiero tener contacto con ninguna de las dos —le dijo él a la propuesta que le había hecho mi amiga de hacerse cargo de supervisar el contrato.

—Está bien, no es justo por mi parte, ni por la de Lorena si nos ponemos, pero bueno, si estás decidido a no tener contacto con ninguna de las dos, será nuestra compañera Vanessa la que se hará cargo de la supervisión.

—Me parece perfecto, ya que esos chicos no se merecen que les cancele el contrato. Agéndame una cita con esa compañera lo antes posible, pues tenemos muchas cosas que discutir —le dijo él, y no pude seguir escuchando pues sus palabras eran como puñales en mi corazón.

Le hice un gesto a Tania de que me iba a mi despacho, que ella entendió a la primera, y continuó hablando con él. Media hora después, vi pasar a Vanessa hacia el despacho de mi amiga, y supe que Mauro quiso conocerla antes de acudir a la oficina.

Según supe después, habían quedado esa misma tarde en la agencia, para limar los flecos que quedaban. Mi primera intención fue quedarme, pero luego pensé que no me iba a rebajar más, ni a ponerlos en una situación incómoda, por lo que decidí que terminaría el trabajo en mi casa.

Las cosas se rodearon de tal manera que no pude marcharme antes de que llegara Mauro, por lo que me encerré en mi despacho a seguir trabajando. Tenía una videollamada que Silvia, mi secretaria, me había programado para las cinco y media, y me centré en eso, en prepararla para que no me cogieran en un renuncio.

Justo cuando terminé la reunión, fui al despacho de Tania para decirle que me marchaba ya, por si ella también se iba, irme con ella en su coche, cuando los vi.

Mauro salía con Vanessa del despacho, riendo los dos como si se conocieran de toda la vida, y ella coqueteando claramente con él. Un dolor me atravesó el pecho, fue como si me hubieran cogido el corazón y me lo hubieran estrujado hasta hacerlo papilla.

Me escondí detrás de la columna, desde donde no podían verme, pero Tania no me dejó, me cogió del brazo y me sacó de mi escondite, dirigiéndose conmigo hasta el ascensor, donde ya estaban ellos.

—Buenas tardes —dijo Tania, dándome un codazo.

—Buenas tardes, Tania. Jefa, ¿todo bien? Te veo mala cara —me dijo Vanessa, que era ajena a todo lo que había sucedido.

—Si, Vane, no te preocupes, es tan solo que debo estar incubando algo —le contesté.

Mauro no nos dijo ni hola, dándole paso a Vanessa, poniéndole la mano en la parte baja de la espalda, gesto que me había hecho a mí en infinidad de veces, y tuve que retirar la mirada de ahí, pues estaba viendo como la acariciaba.

—Vanessa, ¿qué me dices entonces? —le preguntó él.

—Venga, acepto tu invitación, pero antes tengo que ir a mi casa a cambiarme de ropa, no me gusta ir a cenar con la ropa del trabajo —le respondió ella.

—No hay ningún problema, te acerco un momento y te cambias. Mientras, yo haré lo mismo y te recojo dentro de una hora. ¿Te parece bien? —le dijo él, con la clara intención de hacerme daño.

Tuve que agachar la cabeza y hacer un esfuerzo titánico para que no se me escaparan las lágrimas, pero lo conseguí. Eso sí, en cuanto llegamos al aparcamiento, salí del ascensor como las balas, directamente al coche de Tania, que lo había abierto cuando se abrieron las puertas.

—¿Qué le ocurre a Lorena? —escuché que preguntaba Vanessa.

—Lo mismo se ha mordido la lengua, y se está envenenando con su propio veneno —escuché que murmuraba Mauro.

—No seas más cabrón, que la culpa de todo no ha sido solo de ella, sino también tuya, y te podías haber ahorrado ese comentario de antes —le contestó Tania, viniendo directamente al coche.

Tal y como llegó, arrancó el coche, sacándome de allí. Ojalá y me hubiera podido marchar antes, me hubiera ahorrado ese mal trago y ese dolor, porque tenía claro que esa noche la pasaría con ella. No es que Vanessa fuera una casquivana ni mucho menos, pero tampoco era una monja, y estaba claro que esos dos se atraían, y mucho.

También sabía que, si yo le hubiera contado a mi compañera lo que pasaba, ni siquiera habría ido a cenar con él, pero no me parecía justo por mi parte, por mucho que me doliera, Mauro había dejado claro que no quería saber nada de mí, y tenía que asumirlo.

Esa noche le dije a Tania que quería estar sola, pero no lo conseguí, pues se quedó conmigo desde que llegamos a mi casa hasta el día siguiente a las siete, que se marchó a su casa para cambiarse de ropa antes de ir al trabajo.

Me levanté sin ganas, me di una ducha y me puse mi ropa de trabajo, cogí mi bolso y salí de mi casa. Esa mañana me apetecía ir dando un paseo, no me quería meter en un coche, por lo que salí media hora antes, así me daría tiempo de tomarme un café antes de subir.

En cuanto entré en la cafetería me arrepentí, pues ahí estaban los dos, de nuevo, riendo de manera cómplice, y cambié de planes. Me pedí un café y un bollo para llevar, ya que la noche anterior no probé bocado y salí de allí tal y como había entrado, sin que ellos se percataran de mi presencia.

Subí a mi despacho y me encerré en él, hasta que llamaron a mi puerta.

—Adelante —dije, pensando que sería Silvia, pero no, era Vanessa.

—Jefa, me gustaría hablar contigo de algunos aspectos del contrato con la productora de Mauro —me dijo, y tan solo de escuchar su nombre en la boca de mi compañera, con esa confianza, hizo que el corazón se me encogiera.

—Claro, siéntate. ¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté.

—Su amigo y socio, Borja, no está conforme con que yo sea la que lleve el contrato, y quiere hablar contigo, pero no he podido agendarle una cita porque no sé como lo llevas —me dijo, y me salió una sonrisa.

—Está bien, no te preocupes, ahora mismo lo llamo y hablo con él. ¿Eso es todo?

—No, pero lo siguiente que tengo que preguntarte es algo personal, y no sé cómo hacerlo.

—Sin miedo, pregunta lo que sea, otra cosa será que yo tenga la fuerza para contestarte —le dije.

—Entre Mauro y tú… ¿qué ha sucedido? Porque, hace unos días se os veía muy bien en la televisión, y ahora, ni siquiera sois capaces de miraros a la cara —me dijo, y supe que él no le había contado nada.

—Es una larga historia para la que no estoy preparada para contar. Tan solo te puedo decir que es un gran hombre y que, si queréis salir juntos, por mi parte no vas a tener ningún tipo de problema —respondí.

—¿Salir juntos? Ya quisiera yo. Anoche se pasó toda la cena hablándome de una mujer que conoció siendo un niño y de la que se enamoró, y ahora, por

lo visto, la ha vuelto a perder… —me estuvo contando todo lo que le dijo, y no pude evitar que las lágrimas cayeran por mis mejillas.

—¿No pasasteis la noche juntos? Perdona, no es asunto mío —le dije, arrepintiéndome al instante.

—No como tú piensas, porque me invitó a su casa, pero cogió tal cogorza que tuve que llevarlo a rastras hasta su habitación. No te puedes imaginar lo que me costó subirlo por esas escaleras. Por eso ha venido esta mañana a desayunar conmigo, para agradecerme lo que hice por él, por escucharlo mientras se desahogaba —me contó.

Llamadme idiota si queréis, pero una tranquilidad me invadió por dentro. No había nada que hacer con nuestra relación o como quiera llamar a lo que teníamos, pero tampoco había pasado nada con Vanessa. Lo que había hecho de invitarla a cenar fue para darme celos y lo había conseguido, porque casi me muero de pensar que estaba acostándose con ella, por mucho que yo le dijera que no pondría impedimento si eso sucedía.

Salió de mi despacho y busqué el teléfono de Borja, al que llamé inmediatamente y con el que quedé para comer ese mismo día. Como seguía sin coche, él se encargaría de recogerme en la oficina a las dos y media, y de hacer la reserva en el restaurante donde comeríamos.

Mientras que no llegaba la hora, me volví a centrar en el trabajo que tenía pendiente.

Capítulo 19



Mauro

Invité a Vanessa a cenar con la clara intención de acostarme con ella, pero no pude. El motivo no era su falta de atractivo, ni mucho menos, pues era del tipo de mujer que estaba acostumbrado a llevarme a la cama, pero además de su físico, también era muy inteligente, lo que todavía me ponía más.

La llevé a mi casa, pensando que, una vez que estuviéramos allí, alejaría a Lorena de mis pensamientos, pero nada más lejos de la realidad. Al final, lo que ocurrió fue lo más vergonzoso para mí, pues cogí una cogorza de aúpa, y me tuvo que meter ella en la cama, después de escucharme durante toda la noche contar mis penas.

Esa mañana, cuando me levanté, me di una ducha y me fui directamente a la oficina de la agencia, tenía que hablar con Vanessa y disculparme con ella, por eso, en cuanto que la vi llegar, no lo dudé, y la abordé en medio de la calle.

—Vanessa, ¿tienes un minuto? —le pregunté, bajándome del coche.

—Mauro, me has dado un susto de muerte. Sí, claro. ¿Ocurre algo con el contrato? —me preguntó.

—No, es una visita personal. Del contrato se encargará mi amigo y compañero, Borja, que se pondrá en contacto contigo más tarde.

—¿Te apetece tomar un café? Porque, yo no sé tú, pero yo estoy sin desayunar, me he quedado dormida y, al final, he llegado media hora antes —me sugirió.

—Claro, será perfecto. Vamos —le dije, dándole paso a la cafetería que había en la acera de enfrente.

Nos sentamos a tomar café y me disculpé con ella. Todo iba perfecto, pues nos estábamos riendo mucho recordando las peripecias que tuvo que sufrir para llevarme hasta mi cuarto. Os pongo en situación, soy un tipo alto, de un metro ochenta y ocho, bastante robusto, la verdad, e iba borracho como un piojo. Vanessa, con tacones, me llegaba por el hombro, podía pesar unos sesenta kilos, tirando largo, y mi habitación está en el piso superior.

Entre risas, levanté la mirada, y ahí estaba ella, el amor de mi vida, la persona que más daño me había hecho a mis veintisiete años, pidiendo un café para llevar. Estaba seguro de que nos había visto y por eso tenía tanta prisa por marcharse.

Me despedí de Vanessa, pues no quería que llegara tarde a su puesto de trabajo, y me dirigí hasta la productora, donde ya me estaba esperando Borja en mi despacho.

—Mauro, no me lo tomes a mal, pero no quiero trabajar con esa mujer, prefiero hacerlo directamente con Lorena, que es la que sabe realmente de qué va la cosa —me dijo mi amigo.

—Me da igual, haz lo que mejor te plazca. Lo único que no quiero es tener que verla y tratar con ella.

—No te entiendo, de verdad. Te ha pedido disculpas, cosa que tú todavía no has hecho por el tema de la apuesta, estás enamorado de ella desde que teníamos quince años, por mucho que me digas que no, y vas a dejar que, por culpa de tu orgullo, esa relación se vaya al carajo —me dijo, tan sincero como era siempre.

—Es cierto que no lo entiendes, no es cuestión de orgullo, es cuestión de que me ha hecho mucho daño…

—¿Tú no se lo hiciste a ella en el pasado? Venga ya, Mauro, no seas injusto. Por culpa de esa estúpida apuesta esa chica sufrió muchísimo…

—Una apuesta que no solo fue cosa mía, te lo recuerdo.

—Por eso yo he quedado con ella hoy para comer, y lo primero que pienso hacer es pedirle perdón e intentar empezar de cero con ella, que es lo que deberías de hacer tú. He quedado a las dos y medias en la agencia, e iremos a comer al restaurante de la playa, te lo digo por si quieres pasar por allí y hacer lo que debes.

—No puedo, Borja, no al menos en este momento.

—Tú mismo, yo no pienso insistir más en ello. Y, te digo otra cosa, si sigue siendo la misma chica que conocí en el instituto, y me surge la oportunidad de conocerla más, lo pienso hacer. Si tú no tienes los cojones para luchar por ella, lo haré yo —me dijo, saliendo de mi despacho y dejándome allí, sentado y con cara de tonto.

¿Sería capaz de ver a Borja y a Lorena en una relación? No, estaba claro de que no sería capaz, porque era solo pensarlo y me entraban hasta ganas de vomitar.

Os juro que estaba dispuesto a ir hasta aquel restaurante en el que habíamos quedado, pero un asunto importante de la empresa me lo impidió, pues tenía una comida con un cliente que no pude cambiar para otro día, ya que volvía a su ciudad al día siguiente. Él, ya había elegido el restaurante en el que nos citaríamos y, precisamente, estaba en la otra punta de la ciudad, por lo que no me daría tiempo a llegar siquiera para tomar un café.

Terminé esa reunión sobre las siete de la tarde, y me moría de ganas por saber cómo había ido la comida de Borja con Lorena, pero no lo iba a llamar. Si hiciera eso sería como demostrar que me importaba, y me la tenía que quitar de la cabeza como fuera.

Me fui a casa directamente y, tras darme una ducha y ponerme cómodo, iba dispuesto a sentarme en mi sofá, tranquilamente, cuando sonó el timbre de la puerta. Supuse que sería algún vecino que necesitaba algo, pero me equivoqué de todas, todas, porque al abrir la puerta, a quien me encontré fue a mi padre.

—Vengo para hablar contigo, seriamente y de hombre a hombre —me dijo, apartándome de la puerta para pasar al interior de mi casa.

—No tengo ganas de hablar con nadie. Acabo de llegar de una reunión y estoy muy cansado —le respondí, sin cerrar la puerta, pues tenía la esperanza de que se marchara y me dejara en paz.

—Pues si estás muy cansado, te sientas.

—Está bien, di lo que hayas venido a decir, y lárgate, haz el favor —le respondí, pues cada día lo soportaba menos.

—¿Cómo has podido ser tan gilipollas de continuar con el contrato con esa agencia? Pensé que tendrías los suficientes cojones como para terminar cualquier tipo de relación con esa mujer —me recriminó.

—Eso es un tema laboral, que nada tiene que ver con lo que ha pasado entre nosotros —le respondí.

—¡Húndela! ¡Qué vea de que casta estás hecho! —me gritó.

—Sal de mi casa, papá. Por suerte, no estoy hecho de la misma casta que tú. No pienso hacer nada en su contra. Lo nuestro se ha terminado, hasta ahí pienso llegar —le dije, levantándome para abrir la puerta.

—Es la segunda vez que me echas de tu casa, pero no te preocupes, que no volveré más. Además, si tú no estás dispuesto a terminar con su carrera, lo haré yo. Nadie se ríe del apellido Sanz —me dijo.

—Ni se te ocurra, papá, o el que vas a terminar hundido serás tú. No te metas ni en mi vida ni en la empresa. Por suerte, ya estás jubilado y todas las decisiones las tomo yo —lo amenacé.

Salió de mi casa dando un portazo y me llevé las manos a la cabeza. Tenía que hablar con Lorena sobre lo que pensaba hacer mi padre, porque dudaba mucho que fuera capaz de tomarse en serio mi amenaza y dejar a un lado lo que pretendía.

¿Cómo lo iba a hacer? ¿Me plantaba en su despacho mañana a primera hora? ¿Le enviaba un correo electrónico? ¿Le decía a Borja que la pusiera en antecedentes? No, esto último no podría ser, pues tenía que hacerlo yo, cara a cara, no podía escudarme detrás de nadie, como tampoco podía esperar más.

Me levanté del sillón, me puse un vaquero y una sudadera que, junto a mi chaquetón y mis deportivas, hicieron que estuviera listo para salir, y me encaminé a su casa. Sabía dónde vivía y, aunque me costara media vida y tuviera que hacer un esfuerzo enorme, iba a ir hasta allí para contarle todo.

El camino se me hizo eterno, pero al fin llegué. Aparqué donde solía hacerlo cuando iba a recogerla con la moto cuando estábamos en el instituto, y me planté delante de la puerta de su casa, sin atreverme a llamar.

Había luz en la planta baja, lo que significaba que estaría en el salón o en la cocina, y se escuchaba su risa, por lo que también deduje que estaría acompañada. No me lo pensé más y llamé a la puerta, pero la persona que me abrió no era la que yo pensaba encontrar, aun así, no me detuve.

—Vengo a hablar con Lorena, es urgente —le dije a Pablo, el chico con el que ya la había visto en un par de ocasiones.

Capítulo 20



Lorena

Borja me recogió para ir a comer al restaurante de la playa y la verdad, no recordaba a un Borja tan simpático y gracioso en mi vida. Qué cierto eso de que nunca terminamos de conocer a las personas. Justo cuando estábamos terminando, se me ocurrió una cosa.

—¿Qué te parece si llamo a Tania y a Jorge y nos tomamos una copa todos juntos en mi casa? —le dije.

—Me parece una idea cojonuda, porque a ellos también les tengo que pedir perdón. Fui un cabrón desagradable con todos vosotros, y me gustaría limar asperezas. Si te apetece, puedo llamar también a Chema para que se una a nosotros —me contestó.

—Sería genial que pudiéramos dejar atrás todo lo que nos ocurrió en la adolescencia. A mí, seguir con mi afán de venganza nada más que me ha traído problemas, así que, podría ser una gran idea.

Eso hicimos, él llamó a Chema y yo lo hice con todos los demás. El único que puso un poco de trabas fue Jorge, que decía que estaba con Pablo y no quería dejarlo plantado.

—Chico, pues es tan sencillo como que se venga contigo. No creo que se sienta incómodo, pues a nosotras nos conoce, y te puedo asegurar que el Borja que todos conocíamos no tiene nada que ver con el que es ahora —le dije a Jorge.

—Entonces, está bien, ahora mismo le digo que se venga. En una media hora estaremos en tu casa —me contestó.

Salimos del restaurante y nos fuimos a mi casa. Antes de llegar, le dije que parara en una pastelería que nos gustaba a todos, y compré un surtido de pasteles y una tarta para celebrar la reconciliación.

—¿Recordáis el día que Sor Matilde, la monja que daba física y química se cayó en la clase? —preguntó Borja.

—Ni me lo recuerdes, que estuve tres días expulsado por su culpa —contestó Chema.

—¿A quién se le ocurre reírse de esa manera? Si hasta estuviste llorando de la risa —le respondió Tania.

—Es algo que es superior a mis fuerzas, no puedo ver a nadie que se caiga, y esa caída fue apoteósica.

—Sobre todo cuando se le echó la cofia hacia atrás y se le vieron los pelos. Jamás me imaginé que los tuviera así —siguieron contando, entre risas.

—¿Y el bolsillo? Por Dios, si era el bolsillo de Doraemon. De ahí tan solo le faltó salir la dependienta de una papelería. Vamos, que viene un huracán y la salva el peso de los bolsillos —dijo Jorge.

—Yo recuerdo el día que Alejandro pegó en el techo el Slim y se le cayó a la de literatura en la cara. ¿No os acordáis? —pregunté yo.

—Joder, ese fue otro momento glorioso del instituto. Todos mirando al techo, viendo como se estaba despegando y, justo cuando lo hace ella, se despega del todo —explicó Borja.

Pablo estaba que se partía de la risa, las lágrimas le caían de las historietas que estábamos contando, que eran todas reales, no nos estábamos inventando nada, por otra parte.

—Chicos, estar con vosotros en el instituto tuvo que ser toda una odisea —nos dijo Pablo.

—Si no hubiera sido por lo capullos que eran ellos, la verdad es que lo hubiéramos pasado de lujo —respondió Tania.

—Yo estoy dispuesto a redimirme. Te dejo hasta que me ates a la cama y me azotes —le contestó Borja, que se veía que tenía cierta predilección por mi amiga.

—Ya quisieras, chaval. Te vas a conformar con que sea yo la que me encargue de la supervisión del contrato…

Justo estábamos hablando de todo eso, cuando llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, así que me extrañó. Fui a levantarme para abrir, pero Pablo me frenó.

—Voy yo, que estoy más cerca de la puerta —me dijo, levantándose él.

—Ni que tuviera una mansión, chico —le contestó Tania, haciéndonos reír a todos.

Unos minutos después, vi entrar a la persona que menos me esperaba, pero la que más ilusión me hizo, la verdad, porque eso significaba que algo le importaba, ya que quería hablar conmigo.

—Lorena, Mauro dice que quiere hablar contigo —me dijo Pablo, que entró antes que él al salón.

—¿Ocurre algo? —pregunté, al ver su cara de preocupación.

—Sí que ocurre, pero me gustaría hablar en privado, primero —me respondió.

Salí del salón y me fui con él a la cocina, donde estaríamos solos. Miró a todo su alrededor, con una sonrisa.

—Joder, está todo igual que cuando éramos niños —me dijo.

—Sí, tan solo he actualizado los electrodomésticos, porque el estilo de lo demás me encantaba —le respondí.

—Me encanta esta casa, siempre me ha gustado —me dijo.

—Bueno, no creo que hayas venido a hablar de mi casa, precisamente —le dije, en un tono que denotaba que quería tener buen rollo con él, aunque me doliera que no pudiéramos estar juntos.

—Pues no, precisamente no he venido por eso, he venido por mi padre. Está dispuesto a ir a por todas, y quiero que sepas que yo no tengo nada que ver con eso…

Me estuvo contando todo lo que su padre le había dicho, con lo que me había amenazado, y supe que se lo teníamos que contar a los demás, pues era la única manera de tener a todos a mi favor en caso de que eso sucediera. Después de hablarlo con los chicos, llamaría al dueño de la agencia, para ponerlo en antecedentes.

—Chicos, esto es lo que hay —les dije a todos, contándoles lo que me había dicho Mauro.

—Si tiene cojones, que lo haga, que entonces el que se va a encontrar con una demanda por acoso va a ser él. Seguro que no te ha contado que se ha llevado toda la semana enviándome mensajes, correos electrónicos y regalos para que me acueste con él, ¿verdad? —dijo Tania, dejándonos a todos perplejos.

—¿Eso es en serio? Me cago en todo lo cagable. Que sepas que, en cuanto salga de aquí, voy a ir a buscar a tu padre y vamos a tener más que palabras, te lo aseguro —dijo Borja, muy enfadado.

—No merece la pena. Hagamos que todo lo que planea se vuelva en su contra. Y eso, para empezar, tendremos que ponernos en contacto con el dueño de la agencia, así como con todos nuestros clientes —dijo Tania.

—Vamos a empezar una campaña para ayudar a Lorena, que no se merece que nadie la trate de esa manera por no ser como él quiere. Y lo tenemos que tener todo planeado al milímetro para empezar mañana mismo —dijo Chema.

Nos pusimos a trazar ese plan que empezó con la llamada al dueño de la agencia, y que la realicé en ese mismo momento.

—Buenos días, señor, soy Lorena Márquez, me gustaría poder hablar con usted personalmente. ¿Podríamos hacer una videollamada? —le dije, pues estaba viviendo en otra parte del país, y le sería muy complicado venir hasta aquí.

—Por supuesto, Lorena. No te preocupes que ahora mismo hago el cambio, no me cuelgues —me dijo, y automáticamente, vi su rostro en la pantalla de mi móvil.

Le expliqué todo lo que Alfonso había planeado para desprestigiarme, y no dudó en darme su apoyo inmediato. Diciéndome que tenía a todos los abogados de la empresa a mi disposición, por si quería demandarlo por difamación y calumnia. También me dijo que él mismo se iba a encargar de lanzar un comunicado a todos los clientes, en el que me mostraría su apoyo, antes incluso de que Alfonso actuara.

Estuvimos hasta las diez de la noche planeando nuestro contraataque, hora en la que decidimos que pediríamos pizzas para cenar. Me parecía mentira ver a Mauro allí, sentado en mi salón, y no me pude contener.

—Mauro, ¿has leído mi correo? —le pregunté.

—Sí que lo he hecho, pero ahora mismo no soy capaz de perdonarte, Lorena. No te digo que con el tiempo no lo haga, pero no en este momento. Me ha dolido mucho, y eso no lo puedo negar —me respondió.

—A mí también me dolió mucho lo que me hiciste, hasta el punto de tener que cambiar de centro…

—¿Y cuando me has perdonado, Lorena? ¿Después de diez años?

—No, ahora me doy cuenta de que te perdoné desde el primer momento, o no hubiera podido estar contigo de nuevo.

—No te equivoques, lo que te llevó a estar conmigo fue tu afán de venganza, no el amor. Siendo sincero, no creo que estés enamorada de mí, sino del chulo de instituto que fui. He cambiado mucho desde entonces, Lorena, y no me conoces ahora, no puedes estar enamorada de mí.

—Sí que lo estoy, pero bueno, no voy a obligar a nadie a que esté conmigo por pena o por algo que no sea amor. Tú sí que no estás enamorado de mí, eso lo tengo claro —le dije, saliendo del salón en ese mismo momento, pues las lágrimas estaban acudiendo a mis ojos y no quería que me viera.

Capítulo 21



Me dolieron esas palabras, pero estaba claro que, si él quería pasar página, no sería yo la que me interpusiera. Yo había puesto toda la carne en el asador, pero él había decidido que quería verduras, y no estaba dispuesta a arrastrarme más, eso estaba asegurado.

Tres semanas habían pasado desde que estuvimos todos juntos en mi casa. La campaña que intentó Alfonso contra mí, no le salió bien, pues, tanto mi jefe, como todos nuestros clientes se pusieron de mi parte. Al final, el único que salió perjudicado fue él, ya que todo el mundo empezó a tacharlo de vengativo y de oportunista, queriendo sacar tajada de todo lo que había sucedido.

Ese fin de semana era la boda de Marina con el padre de Mauro, y Tania iba como acompañante de Borja, al igual que Vanessa iba junto a Chema. Entre esos dos sí que había habido amor a primera vista, y morían el uno por el otro.

—Joder, Lorena, me da cosita ir y que te quedes aquí, sola, porque Jorge y Pablo se han ido a pasar un fin de semana romántico —me dijo Tania, terminando de arreglarse en mi casa, que sería donde la recogiera Borja.

—No te preocupes, Tania. Lo tengo más que asumido. En tres semanas no he recibido ni un mísero mensaje, era lógico que no quisiera asistir conmigo a esa boda. Aunque, por otro lado, también te digo que tampoco iría a felicitar a un hombre que ha intentado hundirme, mucho menos cuando tengo claro que todo es una farsa interesada entre esas dos personas —le contesté.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Pues nada en particular, me quedaré en casa, en mi sofá, con mi mantita y veré algo en la televisión. Creo que hoy estrenan un programa de esos de famosos cantando, de los que son muy entretenidos —le contesté.

—Está bien, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme —me dijo, antes de coger el bolso para salir, pues Borja ya la había avisado que estaba en la puerta.

—Claro que sí, para joderte la noche con tu chico.

—No es mi chico, es un amigo con derecho a roce, nada más —me respondió.

La vi salir, pues la boda era en una finca a las afueras de la ciudad, a la que tardarían en llegar, al menos, una hora y no querían llegar tarde. Me senté ante la chimenea y encendí la televisión, donde, como no, estaba toda la prensa atrincherada a las puertas de la finca en la que se celebraría la dichosa boda.

Me serví un café y cogí un pastelito que había ido a comprar esa misma mañana cuando salí por el pan. Sí, llamadme masoquista, pero ahí estaba, deseando de ver la llegada de Mauro y saber si asistiría solo a la boda, cosa que me alegraría muchísimo, la verdad.

Pero no tuve esa suerte. Mauro se bajó del coche en cuanto que el chófer le abrió la puerta, y junto a él lo hizo una mujer preciosa, morena y que iba vestida de una manera espectacular, tan elegante que llamaba la atención por sí misma.

—Señor Sanz, ¿nos presenta a su acompañante, por favor? —le dijo una de las periodistas.

—Por supuesto, es mi nueva chica, a la que veréis muy pronto en la televisión, su nombre es Lana Santiago, y es una actriz consagrada en México, su ciudad natal —le dijo, mirando directamente a cámara.

—¿Significa esto que lo suyo con Lorena Márquez está finalizado ya? —preguntó otro.

—Totalmente finiquitado. Ahora, si me disculpáis, vamos a entrar o llegaremos tarde a la boda de mi padre —dijo, cogiendo a esa mujer de la mano y entrando en el interior de la finca.

Os prometo que el mundo se me cayó a los pies, pues para nada me esperaba esas declaraciones. Estaba a punto de echarme a llorar, cuando sonó mi móvil, era mi madre.

—Empieza a arreglarte que esta noche nos vamos de cena y de copas, y no admito un no por respuesta. Iremos con mis compañeros del trabajo, por si te lo estabas preguntando —me dijo, y colgó la llamada, sin darme opción a réplica.

—Manda cojones, esto es una orden y lo demás, un cuento —dije, para mí y mirando el móvil, pues mi madre ya había colgado.

Me apetecía salir lo mismo que lo hacía que me atropellara un camión, pero entendí que mi madre también lo había visto en la televisión, y quería que yo también pasara página, como había hecho él.

Yo había sido incapaz de estar con nadie en este tiempo, y desde que rompió lo que teníamos, habían pasado ya casi dos meses. Si él lo había hecho ya, era porque no estaría tan enamorado de mí como decía, o no habría sido capaz. Me levanté del sofá, me di una ducha y empecé a arreglarme, antes de que viniera mi madre y me encontrara en pijama y sentada en el sofá, porque era capaz de sacarme así a la calle.

Me puse un vestido gris de punto, por encima de la rodilla, unas medias de esas tupidas, porque hacía un montón de frío, y unas botas altas de tacón cuadrado. Cogí mi abrigo y mi bolso y salí, pues mi madre estaba a punto de venir a buscarme.

—Así me gusta verte, empoderada, no echa polvo por un hombre que no merece la pena, porque si está haciendo eso, es porque no te querría lo suficiente —me dijo mi madre, en cuanto llegó con el taxi a recogerme.

—Gracias, mamá. Me encanta que vayas directa al grano —le dije, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me ponga a regodearme en tu dolor? —me contestó.

—No es eso tampoco, mamá, pero un poquito de comprensión no me vendría mal, la verdad —le contesté.

—Pues lo siento, pero por mi parte no vas a conseguir eso. Te he educado para que seas una mujer fuerte, a la que no le importe el qué dirán y que sea autosuficiente, no para que te pongas a llorar por un gilipollas que no te merece —me contestó, dando por zanjada la conversación.

Llegamos al restaurante donde había quedado con sus compañeros. A la mayoría de ellos los conocía, pero había dos o tres personas a las que no, y mi madre no dudó en presentármelas.

—Lorena, ellos son Alma, Santi y Mario, compañeros y residentes de mi hospital —me dijo, haciendo hincapié en el último nombre.

—Encantada, chicos, yo soy la hija de la madre que me parió —les respondí, haciendo que todos se rieran.

—La madre que te parió que te va a dar dos guantazos que te voy a espabilar de una vez — contestó ella, sin parar de reír.

Pasamos al interior del restaurante, donde ya nos tenían reservada una mesa. Casualmente, me tocó sentarme justo al lado de Mario, pero también observé que mi madre se sentaba muy juntita a uno de sus compañeros, Aitor, que era el jefe de pediatría.

—No te extrañes si ves algo más de complicidad entre tu madre y Aitor. En el hospital se cuenta que llevan juntos un par de meses, aunque no es oficial, pues no lo han contado a nadie —me dijo Mario, en el oído.

—¿Qué me estás contando? Lo calladito que se lo tenía la señorita Marta Márquez, que ni siquiera a mí me ha comentado nada —le contesté, sin apartar la vista de mi madre, que se reía por algo que le había dicho su chico.

—Ya te digo que es top secret —insistió.

—Pues me parece que voy a abrir el sobre del secreto ahora mismo. Ya verás —le dije, y Mario me miró expectante por lo que iba a decir.

—Me muero por ver la cara de tu madre —murmuró cerca de mi oreja.

—Mamá, ¿cuándo me vas a presentar a mi padrastro en condiciones? Porque, quitando las dos o tres veces que hemos coincidido en el hospital, no lo he visto más —le dije, y vi como mi madre se ponía roja como un tomate.

—Veo que te has dado cuenta, Lorena y, ya puestos, se acabó el tener que escondernos de todo y de todos. Tanto ella, como yo, somos dos personas libres, así que no tenemos que rendirle cuentas a nadie. Dicho esto, sí, tu madre y yo llevamos juntos algo más de tres meses, y tengo pensado pedirle que nos vayamos a vivir juntos —me dijo Aitor, mirando a mi madre.

—No sabes lo que me alegro por vosotros, de verdad. Mi madre se merece un hombre que la quiera y la respete, y sé que tú lo harás. Así que, tenéis mi bendición. Eso sí, si me vais a dar un hermanito, que sea prontito, que mi madre ya tiene una edad y no quiero que corras riesgos —le dije, y Aitor soltó una carcajada.

—No creo que eso sea posible, entre otras cosas, porque yo tengo la vasectomía hecha desde hace muchos años. Yo tengo un hijo de veinte años, que también tuve muy joven, como tu madre, aunque algo más mayor que ella. Después de la separación de su madre, y de lo que sufrió, decidí que no quería tener más hijos —me dijo, con algo de pena.

Capítulo 22



La cena transcurrió entre bromas y risas, y también de tiritos de mi madre para que le diera una oportunidad a Mario, que se veía realmente interesado en mí, aunque yo no tenía el corazón todavía para eso.

—Vamos a la discoteca de ahí enfrente, por favor, que tiene un ambiente muy bueno —dijo Alma, que me enteré de que era la pareja de Santi.

—Por mí, no hay problemas, ya que estoy en la calle, pienso disfrutar de la noche —le dije, y los demás estuvieron de acuerdo conmigo.

Entramos, y nada más llegar, me vi de frente, en una mesa de un reservado, a Mauro con esa mujer, en una actitud demasiado cómplice, aunque tampoco era de extrañar, ya que había dicho que era su nueva chica. No voy a decir que no me dolió, porque sería mentirme a mí misma, pero intenté disimular, por mi madre, que también lo había visto.

—Ya mismo quiero que cambies esa cara. Tienes que demostrarle que te importa lo mismo que tú a él, o sea, nada, y tengo una idea para eso, vamos a la pista —me dijo mi madre, que arrastró con ella a todo el mundo, no sin antes ir a hablar con el dj.

Cuando escuché la canción que había pedido y la dedicatoria que me hizo, no pude evitar soltar una carcajada. Mi madre era así, de decir las cosas directamente, y le importaba un huevo a quién le pudiera sentar mal, sobre todo cuando de defenderme a mí se trataba, porque se convertía en una leona.

"Esta canción se la quiere dedicar Marta a su hija Lorena, con estas palabras… Que ningún hombre te diga nunca lo que vales o lo que no, porque tú, naciste diva y te morirás siéndolo."

—Tu madre es única —me dijo Alma, sin parar de reír.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le respondí.

"Una diva es sencilla como un simple mortal
Una diva no pisa a nadie para brillar
Su voz se hace grande, ¿qué más da?
Si ella es libre cantando, como un pez en el mar.
Una diva es valiente, poderosa
Su vida es un jardín lleno de espinas y rosas
Resurge bailando
Con más fuerza que un huracán…"

La canté gritando y bailando, junto a mi madre y a sus amigas, haciendo que todo el mundo me mirara y riera con nosotras. Levanté la vista y lo vi, mirándome y con cara de malas pulgas, pues Mario estaba a mi lado y me tenía sujeta por la cintura, mientras bailábamos la canción. Le hice un gesto con la cabeza, a modo de saludo, pero no me correspondió, sino que se metió de nuevo para el reservado, junto a la mujer con la que estaba.

—Me parece que le ha dolido un poquito verte bailar conmigo —me dijo Mario.

—¿A quién? —pregunté, haciéndome la tonta.

—A ese hombre que estaba ahí, en la barra, y observándonos como si me quisiera arrancar la cabeza —me contestó.

—Ah, te refieres a Mauro. Es una larga historia, pero no tendría por qué mirar así, él ya ha rehecho su vida con otra mujer. Lo que no entiendo es que hace aquí, cuando hoy es la boda de su padre y estaba en la finca donde se celebraba, que lo he visto en la televisión.

—¿Es famoso? Digamos que no veo mucho la televisión. El poco tiempo libre que tengo lo dedico a descansar y a leer, no me gusta el cotilleo que últimamente ponen en los programas —me contestó.

—Es el CEO de una productora de televisión, pero nos conocemos desde niños. Digamos que tuvimos algo que no salió bien, y prefiero dejarlo ahí y disfrutar de la noche —le respondí.

Seguimos bailando y bebiendo, pero a Mauro no lo volví a ver. A eso de las tres de la madrugada decidí que me iba a casa, pues no me quería llevar luego todo el domingo durmiendo, ya que, entonces, me trastornaría el sueño y no daría pie con bola el lunes en la oficina.

Al salir de la discoteca, alguien me agarró del brazo, haciendo que me tuviera que volver.

—¿Quién es ese hombre? —me preguntó una voz que reconocería en cualquier circunstancia.

—Qué me mira y me desnuda… —le contesté, cantando la letra de esa telenovela tan famosa que tenía a todo el mundo pegado a la televisión después de comer.

—Déjate de tonterías, Lorena, que no estoy para eso —me dijo Mauro, que fue la persona que me agarró.

—¿Te atreves a preguntarme eso tú? No seas más hipócrita, por favor, ni que te importara con quién voy o dejo de ir, cuando has presentado a esa mujer como tu nueva chica ante la prensa —le contesté furiosa, pues con esa pregunta, lo que había bebido se me había bajado del tirón.

—Como mi nueva chica en la productora, puesto que he firmado para producir una serie de televisión que se rodará en breve y de la que ella será la protagonista —me dijo, llevándose las manos a la cabeza.

—Claro, claro, lo que tú digas. Por eso la has llevado a la boda de tu padre y te has mostrado de lo más cariñoso con ella —contesté.

—¿La estás viendo por aquí? ¿Verdad que no? Como que se ha ido con una chica que acaba de conocer. Lana es lesbiana, Lorena, les – bia – na —me dijo, silabeando esa palabra.

—No me cuentes más milongas, Mauro, haz el favor…

No me dio tiempo a decir nada más, pues me pegó a la pared y me besó, aprovechando que estábamos en un callejón oscuro y que no nos veía nadie, pues nos situamos detrás de un saliente que tenía la fachada.

El beso se nos fue de las manos, pues terminé con mis piernas enroscadas en su cintura y siendo penetrada por él, de una manera desesperada, que hizo que me estremeciera al primer contacto. Me hizo alcanzar un orgasmo épico, no sabía si era por la situación en la que nos encontrábamos, que cualquiera podía vernos, si era porque se trataba de él, o por qué, pero el caso es que no había sentido nada así en mi vida.

—Lorena, yo…

—Tú, no te acerques más a mí, no soy un juguete al que puedas coger cuando estés aburrido —le dije, llorando, y salí corriendo.

Mauro se quedó ahí, en el callejón, sin saber que hacer o que decir, mientras que yo paraba el primer taxi con el que me cruzaba y le daba la dirección de mi casa, sin poder parar de llorar.

—Señorita ¿le ha ocurrido algo? ¿Quiere que la lleve al hospital o a una comisaría? —me preguntó el conductor, cuando se fijó en como lloraba.

—No hace falta, gracias. En cuanto llegue a mi casa y me dé una ducha, todo pasará —le contesté, enjugándome las lágrimas que corrían por mi rostro.

—Si ha sido víctima de alguna agresión, del tipo que sea, será mejor que vaya a un hospital antes de ducharse. Si quiere avisar a sus padres, yo la espero en la puerta, le prometo que no le cobraré la carrera —insistió el hombre y me fijé en que llevaba las medias rotas.

—No ha sido nada de eso, se lo aseguro. Es un mal de amores que, más pronto que tarde, pasará —le aclaré, y vi como se relajaba un poco.

—Es usted joven y bonita, así que no dude en que encontrará a alguien que la valore de verdad, se lo aseguro —me dijo el hombre, dándome conversación para que olvidara lo que me hacía sentir mal.

Hizo lo que prometió, y no me cobró la carrera, pero le di un billete de veinte euros, por haber echo de psicólogo, le dije. Entré en mi casa y me fui directamente a la ducha, donde dejé salir todo mi dolor y mis lágrimas, que también eran de impotencia, porque no entendía a ese hombre. Me volví a sentir como la primera vez que estuve con él, utilizada y sucia, por eso no paré de frotar mi piel hasta hacer que se pusiera roja.

Me puse el pijama y me metí en la cama, quería coger el sueño rápidamente y olvidarme de todo lo que había pasado esa noche con Mauro, aunque eso era misión imposible.

Tardé muchas horas en conseguir pegar los ojos, y de descansar, ya ni hablamos, porque me despertaba cada poco tiempo y con los ojos anegados en lágrimas. A primera hora de la mañana, me levanté para ir a la cocina, donde me preparé un café bien cargado que me despejara del todo.

Capítulo 23



Mauro

Cuando la vi en esa pista, bailando con ese otro chico, la sangre empezó a hervirme, y no pude evitar entrar en mi reservado. Allí estaba Lana, hablando con una chica que había conocido y que le gustaba, eso se veía a leguas.

—Chico, parece que has visto un fantasma —me dijo.

—Peor, créeme —le contesté.

El día había empezado torcido, pues no me apetecía nada ir a la boda de mi padre. Eso era una farsa y ellos los actores principales, pues, ante todos se mostraban como una pareja enamorada.

Lo peor llegó después de la ceremonia, ya que mi padre, sin un atisbo de vergüenza, se acercó a Lana y a mí, para decirme que, si a la dama le apetecía, él estaría encantado de compartir la noche de bodas con ella y con su reciente esposa.

—Vamos, Mauro, hijo, no seas egoísta. A una mujer así no la puedes querer para ti solo —me dijo, y os juro que tuve que contenerme para no darle un trompazo.

—Eres el ser más despreciable y repugnante que he conocido, Alfonso —le dijo Borja, mirándolo con asco.

—Otro, ¿eso lo haces por haber intentado ligarme a tu chica? Pues, desde ya te digo que, tarde o temprano, acabará en mi cama, con mi mujer o sin ella —le dijo mi padre, que no se vio venir la reacción de Tania.

—Ni, aunque fueras el último hombre de la tierra y la repoblación dependiera de que yo me acostara contigo —le dijo, después de darle un guantazo y escupirle.

—Tan bajuna como cuando eras una adolescente. Lo único que ha cambiado es que ahora, estás buena, cuando antes eras un cardo borriquero.

Y ahí se montó, pues Borja le asestó un puñetazo, fuerte, con ganas, y tuvieron que separarlos los de seguridad, pues se enzarzaron a golpes. Para no terminar en comisaría, que ese sería el final como no pusiéramos remedio, decidimos irnos.

—Yo me voy a casa, o terminaré reventándole la cara a tu padre —me dijo Borja.

—Yo me voy con él —dijo Chema, que tampoco se encontraba a gusto.

—Nos vamos todos. Yo estaré en la discoteca de siempre, tomando algo con Lana, por si os apuntáis —les dije a los cuatro.

—Mejor, nos vamos a tu casa, Borja, que estoy loca por quitarme estos zapatos, que quedarían de lujo en la cabeza de su padre —dijo Tania, sin quitarle el ojo a mi padre, por si acaso venía, quitarse el zapato.

—Y yo por quitarte ese vestido —le respondió él.

Todos estallamos en carcajadas, hasta Tania, que le hacía gestos con las cejas a mi amigo.

—Vámonos pronto, no vaya a ser que venga su padre y se nos quiera apalancar —le dijo ella.

—Por encima de mi cadáver te roza ese, ni siquiera con un dedo al pasar —le contestó Borja.

Y ahora, estaba solo en la discoteca, puesto que Lana se había marchado con su amiguita al hotel, por lo que también decidí irme. Justo cuando estaba a punto de llamar a un taxi, vi como Lorena también salía, sola, y no me pude aguantar, la cogí por el brazo para que me explicara quien era ese hombre.

Tuvimos más que palabras, ya que, allí mismo, en ese callejón y contra la pared, la hice de nuevo mía. Todo empezó con un beso, que se nos fue de las manos, y terminamos como terminamos. Cuando la escuché decirme esas palabras y llorar, mientras salía corriendo, no supe que hacer ni que decir.

Cuando recuperé la capacidad de moverme, llamé a mi chófer para que viniera a recogerme, pues no soportaba estar ahí ni un minuto más.

—A casa, Simón —le dije, en cuanto me monté en el coche.

—Enseguida, señor —me contestó.

Tenía que salir de la ciudad, incluso del país, pero no podía. Borja ya estaba sobrecargado de trabajo, pues, aparte del suyo, llevaba también la supervisión del contrato con la agencia, y en Chema tampoco podía delegar más, o terminarían por largarse y dejarme con todo tirado.

—Simón, mañana no tienes que venir a recogerme, trabajaré desde casa —le dije.

—Como usted diga, señor. Si me necesita para algo, tan solo tiene que avisarme, sabe que estaré listo para salir de inmediato —me contestó.

No pensaba trabajar desde casa, ni mucho menos. Mi intención era llegar a mi casa, quitarme esa ropa y sentarme en el sofá del salón a beberme hasta el agua de los floreros, por lo que, al día siguiente, no iba a ser capaz ni de levantarme.

Tal y como tenía pensado, en cuanto entré por mi casa, me quité la ropa, me di una ducha, porque quería quitarme el olor a ella, que me estaba matando, me puse ropa cómoda y me fui al salón.

Saqué dos botellas de whisky, al principio me lo eché en el vaso, pero, después de tres o cuatro copas, empecé a bebérmelo de la botella. No os puedo

decir cuando perdí la conciencia, pero sí que tuve que ir a por otra botella más, pues todavía no estaba lo suficientemente borracho como para quitarme a Lorena, y lo que había pasado, de la cabeza.

Me despertó el timbre, que sonaba insistentemente, pero me negaba a abrir. No me apetecía ver ni hablar con nadie. Diez minutos después, parecía que, quién fuera que había venido, se había dado por vencido y se había marchado.

Nada más lejos de la realidad, pues lo que había hecho era ir a buscar al portero para que le abriera la puerta, ya que lo escuché darle las gracias.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —me dijo Borja, cuando entró.

—Baja la voz, por favor, que me duele mucho la cabeza —le dije, pues parecía que lo tenía cantando dentro de mí.

—No has contestado a mi pregunta. Llevo toda la puta mañana llamándote al móvil, y tú aquí, montándote la juerga padre —me contestó.

—No me estoy montando ninguna juerga, estoy intentando olvidar lo que pasó anoche con Lorena —le respondí.

—¿Qué se supone que pasó? Porque, hasta que yo te dejé, estabas con Lana e ibais a tomar una copa.

Le conté todo lo que le había dicho a Lorena, y lo que había sucedido entre nosotros, como los celos se apoderaron de mí, y lo que ella me había contestado. Fui a coger el móvil, que dejé en silencio y bocabajo en la mesa, cuando casi me muero. Fruto de la borrachera, le había enviado un mensaje a Lorena, un audio, para ser más exacto, y que no recordaba, por lo que le di a reproducir para escucharlo y enterarme.

Mauro: *Eres y siempre serás el amor de mi vida, desde que tenía quince años y me acerqué a ti la primera vez. Nunca podré olvidarte, y daría mi vida entera y todo lo que tengo por volver a ese instante en el que te hice tanto daño y cambiar todo lo sucedido.*

—Joder, amigo, que romántico, ¿no? —me dijo Borja, en tono de chufla, o al menos así lo interpreté yo.

—No tengo ganas de cachondeo, Borja, así que, ahórrate el sarcasmo —le contesté.

—No estoy de cachondeo, Mauro. ¿Por qué no tienes los cojones de decírselo a la cara?

—Me parece que no te has enterado de lo que me ha dicho…

—Y tú, ¿no le has dicho lo mismo? No seas cabezón, o estarás tirando tu vida por la borda. Date una ducha y ve a hablar con ella. Estáis sufriendo los dos, y de manera tonta, la verdad, porque ambos estáis enamorados el uno del otro.

—No es tan sencillo. Además, hay veces que el amor no es suficiente para que una relación funcione. Tiene que haber también confianza, y está claro que entre nosotros no la hay. Tenemos muchas heridas que sanar antes de que hablemos.

—¿Y si decide darle una oportunidad a ese otro hombre? Porque, según me acabas de contar, está claro que, entre ellos, hay complicidad y risas, y eso, amigo mío, es lo más peligroso. Si una mujer encuentra a alguien que la comprenda y la haga reír, ya puedes ser el mayor adonis del planeta, que no tienes nada que hacer.

—Si eso ocurre, entonces será que su amor no era tan fuerte como pensaba.

—Está claro que no quieres entrar en razón, tan solo espero que, cuando te decidas, no sea demasiado tarde y no tengas que arrepentirte —me dijo.

Me cogió del brazo y me llevó hasta la ducha, mientras él limpiaba todo el desastre que había en el salón. No tenía hambre, pero cuando salí de haberme duchado y cambiado de ropa, tenía preparado dos plato de sopa y unos filetes a la plancha, que había hecho para los dos. Tenía claro que no me dejaría solo en todo el día, que, en realidad, era lo que más me apetecía.

Capítulo 24



Lorena

Me había enviado un mensaje durante la madrugada, que escuché como veinte veces seguidas. Se veía que estaba completamente borracho, y eso me dolió más que nada, pues si me lo hubiera mandado en sus cinco sentidos, podría pensar que no era cierto, pero en el estado en el que me lo envió, estaba clarísimo que me decía la verdad.

Me levanté temprano, me di una ducha rápida, y me puse mi ropa de trabajo, pues tenía una reunión a primera hora a la que no quería faltar. No tenía ni pizca de ganas, pues, si por mí hubiera sido, me habría quedado en la cama, durmiendo o no, tapada hasta las cejas, hasta bien entrada la mañana, pero no me lo podía permitir.

—Buenos días, jefa —me dijo Vanessa, en cuanto me vio entrar.

—Buenos días, Vanessa. ¿Todo bien? —le respondí.

—Todo perfecto, tan solo me tienes que firmar esta propuesta que nos ha pedido el gerente de la empresa de cosméticos. Quiere hacer una nueva campaña y contar con nuestros chicos. Échale un vistazo si quieres, a ver si te parece bien —me dijo.

—Si lo has montado tú, me parece perfecto, confío en ti al cien por cien. Además, tengo una reunión en quince minutos y los clientes deben estar a punto de llegar. Entra en mi despacho, me quito el abrigo y te lo firmo —le dije, abriendo la puerta.

—Jefa, sé que ahora no tienes tiempo, pero te invito a comer y te pongo al día de lo que ocurrió ayer en la boda. Te vas a quedar con la boca abierta —me dijo, y asentí con la cabeza.

No es que me apeteciera nada el tema de escuchar cotilleos, con los míos ya tenía suficiente, pero si Vanessa me lo quería contar, es que fue algo gordo, porque no era ella de ir de chismosa, precisamente, más bien todo lo contrario, había que sacarle las cosas con sacacorchos.

Le firmé la documentación, a la que eché una ojeada por encima, estaba todo correcto, y me imprimí la que tenía que llevar a la reunión. Ni cinco minutos después, ya estaba Silvia llamando a mi puerta.

—Lorena, los clientes te esperan en la sala de reuniones —me dijo.

—¿Ha llegado ya Tania? Me extraña que no haya pasado por aquí —pregunté.

—Acaba de entrar por la puerta, y ya va camino de la reunión —me contestó, sonriente.

—Perfecto, entonces, terminó de organizar la documentación, y voy para allá. Ve poniéndoles un café, por favor —le dije, y ella asintió con la cabeza.

La reunión se extendió mucho más tiempo del que tenía previsto, ocupándonos toda la mañana, pues los clientes eran de esos que preguntaban hasta por qué estaba esa coma puesta ahí, y tardamos muchísimo en que les quedaran claras todas las cláusulas.

—Me muero de hambre, no me ha dado tiempo a tomar ni un café, y parece que tengo un alíen en el estómago —me dijo Tania, que no se había fijado en mi cara, hasta que levantó la cabeza —¿Y a ti qué te ha pasado?

—Una larga historia, que te contaré luego, cuando estemos a solas, que Vanessa nos ha invitado a comer para contarme no sé qué de la boda —le dije, pues no me apetecía airear mis vergüenzas delante de todo el mundo.

—Uy, la boda, no te puedes imaginar la que se lio, ahora te contamos en la comida. Coge el abrigo y el bolso, que nos vamos —me dijo.

Eso hicimos, fuimos cada una a nuestro despacho para coger nuestras cosas e ir a buscar a Vanessa, que ya nos estaba esperando desde hacía un buen rato.

—Ya pensaba que os habíais ido sin mí —nos dijo, cuando nos vio llegar.

—Jamás haríamos eso. Ha sido la reunión, que acaba de terminar —le contesté yo.

—Hija, uno de esos clientes pejigueras que quieren conocer hasta el nombre del chino que les pone el tinte a nuestras modelos. Que le vamos a hacer, de vez en cuando nos toca alguno así —le contestó haciendo una mueca con la cara que nos provocó una carcajada.

Bajamos al restaurante que había enfrente de las oficinas, y donde nos sentamos en una de las mesas que había disponibles. Mientras pedíamos la comida, Tania recibió una llamada al móvil, era Borja.

—Dime, amor. ¿Qué te ocurre? Porque no es normal que me llames a esta hora —le dijo ella, activando el altavoz, puesto que no se escuchaba nada.

—Tania, es Mauro. No consigo localizarlo al teléfono, y no ha venido hoy por las oficinas, ni siquiera nos ha avisado de que se encontrara mal —le dijo a su chica.

—Las chicas te están escuchando, no sé si ellas sabrán algo más —le contestó ella.

—Yo estuve con él anoche, pero la última noticia que tengo fue un mensaje de audio que me envió, a las tantas de la madrugada y borracho como un piojo —le dije, con mucho dolor.

—Gracias, Lorena. Tiene que estar en su casa, entonces, durmiendo la mona. Voy a ver si me abre y si no, le pediré al portero que lo haga —me respondió.

—Borja, en cuanto sepas algo, envíame un mensaje o llámame por teléfono, por favor —le pidió Tania.

—No te preocupes, que en cuanto lo ponga en órbita, te avisaré.

Se cortó la llamada, y tanto Tania como Vanessa, se me quedaron mirando, así que no tuve más opción que contarles lo que había pasado en el callejón.

—No me puedo creer que hicierais eso, teniendo en cuenta que la prensa podría haberos grabado —me dijo Tania, que no se lo terminaba de creer, pues mi forma de ser no era esa, sino más bien todo lo contrario.

—No me lo creo ni yo, cuanto y más, lo vas a hacer tú —respondí, avergonzada.

—Pues no os entiendo, ni que fuera la primera vez que yo hago algo así. Justo ayer mismo, en el coche, con Chema, nos dio un calentón, aparcamos en un lado de la carretera, y lo hicimos —nos dijo Vanessa, ambas abrimos los ojos como los dibujos animados.

—Chica, de verdad que no os entiendo. Con lo sencillo que es sentarse a hablar, dejar las cosas claras y volver a estar juntos —me dijo Tania, negando con la cabeza.

—Porque no es tan sencillo como piensas. Ambos llevamos arrastrando nuestra parte de culpa durante muchos años y, sinceramente, el que estemos enamorados, no creo que sea suficiente para estar juntos.

—Entonces… ¿qué lo es? Porque, a mi parecer, el amor es el motor que mueve el mundo — dijo Vanessa.

—Pero, a veces, ese motor se gripa o se queda sin batería, entonces, ya no sirve para nada —le respondí.

—Es innecesario que estéis sufriendo de esa manera. ¿Acaso piensas que la borrachera que se ha cogido esta noche es porque estaba aburrido? Pues no, Lorena, no ha sido por eso, lo ha hecho porque estaba dolido, porque sigue enamorado de ti y no puede olvidarte —me dijo Vanessa.

—Por cierto, no nos has dicho el contenido de ese mensaje que te ha enviado —me dijo Tania.

—No hace falta que os lo cuente, mejor os pongo el audio y juzgáis por vosotras mismas —les dije.

Saqué el móvil de mi bolso, y le di a reproducir el audio que me había enviado, dejando que sonara en alto para que las dos lo pudieran escuchar. Mis lágrimas cayeron casi sin darme cuenta, pues me dolía horrores escucharlo en ese estado.

Cuando terminó de reproducirse, Tania y Vanessa se miraron entre ellas, para luego, mirarme a mí de nuevo. Se habían quedado sin palabras y al igual que yo, las lágrimas les caían por el rostro.

—Pienso que deberíais sentaros a hablar los dos, cara a cara. Independientemente de que decidáis volver o no, os merecéis una conversación y cerrar este episodio tan duro de vuestra vida —me dijo Tania, cogiendo mis manos.

—Yo también opino lo mismo, no podéis vivir con ese ni contigo ni sin ti que lleváis. No es sano ni bueno para ninguno de los dos —habló Vanessa.

—Y no lo dudo, pero no ahora. Antes, tengo que tener fuerzas para que su presencia no me afecte. Ayer, con tan solo un roce de sus manos en mi brazo, con un solo beso, al que no me pude resistir, nos llevó a ese punto en el que perdimos la noción del tiempo y del espacio —le dije, con una mezcla de melancolía y dolor.

—¿Crees que vas a llegar a ese punto en algún momento? Por favor, la pasión que se nota cuando estáis juntos es innegable, por lo que, eso que me estás diciendo, no va a ocurrir en la vida —me dijo Tania, mientras Vanessa asentía con la cabeza.

Como media hora después, Borja avisó a Tania de que Mauro se encontraba bien, en su casa y con síntomas evidentes de haber cogido la borrachera de su vida.

Capítulo 25



Habían pasado ya dos meses desde que tuvimos aquel encuentro en el callejón, y no habíamos coincidido ni una sola vez. Mauro aparecía de vez en cuando en las revistas del corazón, con tal o cual modelo, de viaje o de crucero, pero nunca se le veía con la misma mujer.

Yo, por mi parte, tenía una bonita amistad con Mario, pero nada más allá de eso. Él entendía que, entre nosotros, mientras que mi corazón estuviera ocupado por Mauro, no podría haber nada, pero no por ello no renunciaba a que pudiéramos ser amigos, tal y como lo éramos.

Esa tarde habíamos quedado para ir a cenar y al cine, puesto que Tania y Vanessa seguían con sus parejas. En el caso de esta última, ya vivía junto a Chema. Lo suyo había sido un romance exprés, y se les veía más felices que nunca. Aunque de vez en cuando quedábamos las tres para ir de compras o a tomar algo, no me gustaba interferir entre ellos y sus planes.

—Hola, preciosa —me dijo Mario en cuanto salí de mi casa.

—Hola, guapo. ¿Has elegido ya la película que vamos a ver? Por mí no hay ningún problema, siempre que no sea de esas de pena, que para penas me miro en el espejo —le dije, y él soltó una risotada.

—Pues, la verdad es que no. Será mejor que vayamos y miremos la cartelera, una vez allí, ya decidimos entre los dos —me contestó.

Compraríamos las entradas antes de ir a cenar, que lo haríamos en una de las hamburgueserías que había en el centro comercial donde se encontraban

las salas de cine, y que a mí me encantaba.

—Te noto un tanto rara, ¿te ocurre algo? —me preguntó, algo preocupado.

—No, es tan solo que me encuentro un poco cansada y como con sueño, pero debe ser que estoy incubando algo —le contesté.

—¿Quieres que nos volvamos a tu casa y veamos allí alguna película de la plataforma? Por mí no hay problema, como si quieres descansar y dejarlo para otro día, te dejo en tu casa y me marcho —me preguntó.

—No, no, para nada. De verdad que estoy bien —le dije.

Entramos en el centro comercial y nada más llegar a la parte del cine y oler las palomitas, me entró un asquito horroroso, cuando a mí ese es el olor que más me gusta del mundo. No pude aguantar, y tuve que salir corriendo al baño, donde vomité hasta la primera papilla que me dio mi madre.

—Será mejor que nos vayamos, no te pienso tener aquí sin encontrarte bien, ya vendremos otro día —me dijo, cuando salí del aseo del centro comercial, a donde él me había seguido.

—Lo siento, de verdad, pero es que, ese olor me lo está provocando. ¡Qué asco, por favor! —exclamé, aguantándome la boca y el estómago.

—¿Te había pasado alguna vez? Porque, si no recuerdo mal, siempre que hemos venido al cine me has dicho que te encantaba este olor.

—Y lo hacía, pero hoy no sé qué me pasa que no lo soporto, te lo juro —le contesté.

Salimos del cine, y llamó a mi madre, por mucho que le dije que no lo hiciera, que ella debía estar con Aitor y no quería molestarla.

—A mí no me vas a dejar que me quede contigo, por lo que, si tampoco quieres que avise a tus amigas, la única opción que me queda es tu madre —me dijo, muy preocupado.

—Está bien, pero déjame hablar con ella —le dije, mientras él marcaba el número de mi madre a través del altavoz del coche.

—Mario, ¿te ocurre algo? —preguntó.

—Mamá. ¿Estás ocupada?

—Para ti nunca lo estoy, pero además es que, precisamente en este momento no lo estoy. Aitor está de guardia esta noche y estoy sola. ¿Qué te ocurre? —me preguntó, preocupada.

—Marta, soy Mario. Hemos ido al cine y, de repente, se ha puesto blanca y ha empezado a vomitar. La llevo de nuevo a su casa…

—No, tráela a la mía. Aquí tengo todo y podré hacerle un chequeo en un momento. Si no me convence, yo misma la llevaré al hospital —le dijo mi madre.

—Por favor, que manera de exagerar. Ni que me estuviera muriendo —dije, en voz alta.

—Dios no lo quiera, hija mía, no lo digas ni en broma. Pero es que, te puedes deshidratar, o ser una gastroenteritis, o mil cosas más. Yo soy la doctora y seré la que te dé un diagnóstico —me dijo, como si me estuviera diciendo algo evidente.

Mario me acompañó arriba, hasta la misma puerta de la casa de mi madre, que ya nos estaba esperando.

—Mario, hazme un favor, antes irte, ve a la farmacia y tráeme todo lo de esta lista —le pidió mi madre, dándole un papel.

—Ahora mismo te lo subo, tengo el coche bien aparcado —le contestó él, que salió de la casa, dejándonos a solas.

—¿Me puedes contar qué es lo que te ha sucedido, Lorena? —me preguntó mi madre, cogiendo el termómetro y el tensiómetro de su maletín.

—Llevo unos días algo más cansada de lo normal, como con más sueño. Es como sí, por mucho que durmiera nunca estuviera descansada del todo. Pero hoy, ha sido oler el aroma de las palomitas en el cine, y se me ha revuelto todo, te lo prometo —le dije a mi madre.

—No tienes fiebre y tu tensión está bien, algo baja, pero nada alarmante. ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste con la regla, Lorena? —me preguntó, y os prometo que pensé que el suelo se abría bajo mis pies.

—No puede ser eso, mamá. Sabes que tomo anticonceptivos desde que tenía dieciséis años —le dije, intentando justificarme a mí misma que los síntomas no se podían dar por ese motivo.

—Y tú también sabes que ningún método es infalible al cien por cien —me contestó.

—Pues, ciertamente, no lo sé, porque como el sangrado es tan pobre, pues lo mismo hace un par de meses que tres semanas, no te lo puedo asegurar —le dije, cruzando los dedos para que no se tratara de eso.

En ese momento llamaron a la puerta y era Mario, que venía de la farmacia. Mi madre, automáticamente cogió una cajita de la bolsa, y sacó una prueba de embarazo, que me tendió para que fuera al baño.

—Creo que no te tengo que decir como funciona esto, ¿verdad? —me dijo, mientras me la tendía.

—Ahora vuelvo —contesté.

—Me parece que es mejor que os deje a solas. Mañana te llamo para ver como sigues, Lorena —me dijo Mario, antes de salir de la casa.

En sus ojos pude ver la decepción y la tristeza, pues no había perdido la esperanza de que, algún día, pudiera enamorarme de él, y esto hacía que fuera un poquito más imposible, si es que cabía esa idea.

Hice pis en el palito, le puse el capuchón y salí del baño con él en la mano. Mi madre me miraba, no sabía decir si con alegría o melancolía, pero lo hacía de una manera que hizo que me refugiara en sus brazos.

—No tengo que preguntar quién es el padre, porque lo tengo clarísimo. Es una pena que no haya cuajado lo de Mario, porque es un buen chico, pero contra el corazón no se puede luchar —me dijo, cogiendo la prueba.

Efectivamente, había salido positivo, y las semanas de las que indicaba que estaba embarazada coincidía con la fecha del encuentro en el callejón. No había estado con nadie más que con él, desde el primer momento en que nos acostamos ya de adultos, pero, aun así, saber el instante exacto en el que habíamos concebido al bebé, ayudaba muchísimo.

—¿Se lo vas a decir? —me preguntó mi madre.

—Sinceramente, no lo sé. Por un lado, no me gustaría que mi hijo, el día de mañana me pudiera echar en cara que no tuvo a su padre por mi culpa. Pero por otro, no sé si tenerlo ahí, constantemente, me fuera a hacer bien —le dije a mi madre.

—Egoístamente, te diría que no lo hicieras, que le dieran por culo, por la manera en la que se ha comportado. Pero siendo madre como soy, no lo veo justo por su parte. Habla con él, dile lo que hay, pero dejándole claro que no esperas nada de su parte, que eres capaz de sacar a tu hijo adelante tú sola. Eso sí, antes, iremos al ginecólogo, a comprobar que todo vaya bien —me dijo mi madre, y asentí con la cabeza.

No sabría deciros como me sentía, porque mi corazón saltaba de alegría, ya que siempre había querido ser madre joven, y estar embarazada del amor de mi vida, aunque ya no estuviéramos juntos, era un sueño. Pero mi mente iba por libre y me decía que, para mí, sería muy duro sacar a mi hijo adelante yo sola. Aunque, si mi madre había podido con quince años yo también podría con mi edad y una estabilidad económica.

Capítulo 26



Me callé todo, no se lo conté a nadie, tan solo lo sabíamos mi madre y yo, y Mario que podría intuirlo. Llegué a mi oficina como cualquier otro día, salvo que no me tomé un café, sino una leche con cacao. A mis amigas les dije que no me encontraba bien del estómago y el café me iba a sentar mal.

—Es lo último que yo podía ver, a Lorena tomándose un cacao en vez de un café, para desayunar. Ya tiene que tener el estómago mal, porque hasta vomitando lo más grande por la resaca, ha renunciado a él —dijo Tania.

—Pues sí que lo tengo mal. Estoy esperando a que mi madre me avise, ella se va a encargar de conseguirme una cita en el médico hoy, con alguno de sus compañeros —le respondí.

—Entonces, ¿te marchas antes hoy? ¿No vas a comer con nosotras? —me preguntó Vanessa.

—No lo sé, todo depende de la hora en la que me encuentre un hueco mi madre. Ya os avisaré antes de irme —contesté.

Me dolía no contarles nada, sobre todo a Tania, pero antes tenía que saber que todo iba bien y el siguiente que tendría que saberlo sería Mauro, pues durante la noche así lo había decidido.

Sería muy ruin por mi parte callarme y no decirle nada, no quería privarlo de la posibilidad de ver crecer a su hijo, siempre que él quisiera, porque también tenía claro que no lo iba a obligar a nada. No sería de esas que acuden al juzgado buscando una pensión alimenticia.

Lo que quería era su cariño para nuestro hijo, pero si no quería darle eso, para lo demás no me hacía falta. Yo había crecido sin padre y, no voy a negar que, en determinados momentos no eché de menos esa figura, pero mi madre me había dado el amor de los dos, al igual que mis abuelos, y a mi hijo le ocurriría lo mismo.

—Dime, mamá —le respondí a la llamada de mi madre.

—Lorena, me dice Braulio que te puede hacer un hueco a mediodía, sobre la una y media. ¿Te viene bien? —me dijo, haciendo referencia a uno de los ginecólogos de su hospital.

—Me viene perfecto, mamá, no tengo ninguna reunión a esa hora —le contesté.

—Perfecto, entonces te espero a esa hora en mi consulta. Procura no llegar demasiado tarde —me dijo, antes de colgar la llamada.

Me quedé mirando el móvil, como si se tratara de una bomba de relojería, pero no me pude aguantar más tiempo, y le envié un mensaje a Mauro.

Lorena: *Me urge verte, tenemos que hablar.*

Así de escueto fue el mensaje, pero después de una hora, me di cuenta de que me había bloqueado, porque no le entraba el mensaje. Tendría que ir a buscarlo a su casa, y lo haría en cuanto saliera de la consulta del ginecólogo, no quería dejar pasar más tiempo, o me arrepentiría de hacerlo.

—Chicas, me voy, mi madre ya me ha buscado un hueco a la una y media, y no quiero llegar tarde —les dije, ya que ambas estaban en el despacho de Tania.

—Sé que me estás ocultando algo, pero no te vayas a pensar que me voy a quedar de brazos cruzados. Ya me lo contarás cuando lo creas oportuno —me dijo mi amiga, que me conocía de toda la vida, y era consciente de mis reacciones.

—Es algo que le tengo que contar antes a otra persona, pero no dudes que, en cuanto hable con él, te lo contaré, os lo contaré. Ahora, me marcho,

cualquier cosa me avisáis al móvil, porque no creo que vuelva ya hasta mañana —les contesté.

Vanessa, que era de lo más empática, se levantó a darme un abrazo, me miró y sin esperarlo, me habló.

—No estás sola. Decidas lo que decidas, estaremos aquí contigo, a tu lado, pase lo que pase —me dijo, y no pude evitar que se me saltaran las lágrimas.

—A ti te conozco de poco tiempo, pero Tania ha estado a mi lado durante toda la vida, por eso sé que siempre podré contar con vosotras —le respondí.

Me monté en mi coche nuevo, uno que me había regalado mi madre, porque el mío estaba ya para llevarlo a la chatarra. No era nada ostentoso, aunque mi madre podía permitírselo, pero sabía que eso no iba conmigo. Era un modelo automático, en color negro y de cinco plazas, de lo más cómodo y bonito, que se podía aparcar en cualquier lugar, porque no era de esos grandes.

Llegué al hospital, y allí estaba mi madre, esperándome en la puerta, en vez de en su despacho. Me miró sonriente, estaba más emocionada ella que yo.

—¿Tenías prisa? —le pregunté, en cuanto llegué a su lado y después de darle un beso.

—Pues sí que la tengo, porque estoy como loca de ver que mi garbancito crece bien y sano. Porque, desde ya te digo que va a ser un niño, hermoso y precioso —me respondió ella.

—Aquí la doctora Aramis Fuster, que se adelanta a todo lo que va a suceder —le dije, riendo.

Subimos a la consulta, donde ya nos estaba esperando Braulio, que era amigo de mi madre, desde que puso el pie el primer día en el hospital. Me miraba sonriente, y me dio un abrazo.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Lorena! —me dijo, mientras me abrazaba.

—No te preocupes, Braulio, que ahora te vas a hartar de verla. Como te he dicho antes, la prueba de embarazo de la farmacia ha dado positivo —le contestó mi madre, haciendo que todos riéramos.

—Anda, pasa, y veamos como va todo —nos dijo.

Me tumbaron en la camilla, y me prepararon para hacerme una ecografía. Mi madre se situó a mi lado, cogiendo mi mano, mientras que Braulio vertía el gel en mi vientre bajo.

Cuando empezó a pasar el ecógrafo por mi vientre y empezó a tomar medidas, me miró, con una sonrisa.

—Efectivamente, estás embarazada, pero no es un bebé lo que estás esperando —me dijo, sonriendo.

—Entonces, ¿qué voy a tener? ¿Una tostadora? —le pregunté, y Braulio soltó una carcajada.

—No, vas a tener dos, son mellizos. ¿Hay algún caso en la familia? —nos preguntó.

—Que yo sepa, no —contesté.

—Sí que lo hay. Su padre era mellizo con su hermana —dijo mi madre.

No sabía nada de mi padre, nunca me había interesado conocer ni su nombre. Cuando mi madre me contó que no había querido saber nada de mí, que en el momento en el que supo que estaba embarazada huyó, para mí había muerto, mi padre era mi abuelo.

—Pues entonces, ahí lo tenemos. Eso se suele saltar una generación, como así ha sido —me contó Braulio.

—Aparte de eso, ¿va todo bien? —preguntó mi madre.

—Todo perfecto. Tienen las medidas que tienen que tener. Ahora te voy a recetar un complejo vitamínico y algo para cuando tengas nauseas. ¿Sueles tenerlas por la mañana?

—Pues, la verdad es que no. Lo que sí que estoy es muy cansada, pero nauseas tan poco es que tenga muy a menudo. Tan solo he vomitado el día del cine, con el olor de las palomitas. Es recordarlo y me entra un asquito que no veas —respondí.

—Es normal, suele ocurrir más a menudo de lo que piensas —me contestó el médico.

Salimos de allí con las ecografías impresas en la mano, y unas recetas que fuimos a sacarlas de la farmacia.

—¿Qué te parece si nos vamos a comer al centro comercial? —me preguntó mi madre.

—Tenía pensado ir a buscar a Mauro para contárselo, pero también puedo hacerlo luego, cuando comamos —le respondí.

Fuimos en mi coche, ya que mi madre había acudido al hospital en el de Aitor, y nos encaminamos hacia el centro comercial, donde comeríamos las dos juntas.

Aparqué en el garaje del centro comercial, y subimos a uno de los restaurantes que más nos gustaban a las dos. Nos sentamos en una mesa, y mi madre empezó a preguntarme sobre cómo me sentía.

—Pues no lo sé, mamá. Tengo que reconocer que la noticia ha sido muy impactante. Si antes pensaba que sería duro sacar a un hijo adelante sola, no me quiero poner a pensar lo que tiene que ser sacar a dos —le dije.

—No te diré que es fácil, porque te estaría mintiendo. Pero también te puedo decir que es lo mejor que he hecho en mi vida, y todo esfuerzo merece la recompensa. No estarás sola, como yo tampoco lo estuve, me tendrás a mí, y tus amigas, que no te dejarán de lado. Por otro lado, también te digo que estamos hablando de más, porque todavía no has hablado con Mauro y no sabes como va a reaccionar — dijo mi madre, y era cierto.

Capítulo 27



Mi madre tenía razón, todavía no había hablado con Mauro, y por eso estaba aquí, en su casa. Había ido a buscarlo a la oficina, pero ya se había marchado, o eso me dijo la chica de recepción, al menos, que, por otro lado, no tenía por qué mentirme al respecto.

Saludé al chico que estaba en la portería, ya que no había querido llamar al timbre de la verja, y dejé el coche fuera del recinto. Cogí el ascensor que llevaba hasta el ático y respiré profundamente. Decir que estaba nerviosa, era quedarme demasiado corta, pues me temblaban hasta las pestañas.

Durante cinco minutos no fui capaz de hacer nada, ni de llamar a la puerta, siquiera. Pero, pasado ese tiempo y escuchando que había ruido dentro, me armé de valor y llamé al timbre de la puerta.

No me abrió él, sino que lo hizo una mujer, más o menos de nuestra edad, tan solo con una camiseta puesta, que reconocí al instante que era de Mauro, me miró de arriba abajo, como si fuera un mosquito que estaba interrumpiendo algo.

—Buenas tardes, vengo a hablar con Mauro —le dije, con el mejor tono que me salió, que no era, ni de lejos, el más adecuado.

—No sé quién eres, pero Mauro está ocupado y no puede atenderte ahora —me respondió, con mucha altivez.

—Soy Lorena Márquez, y me urge hablar con él. ¿Puedes preguntarle a qué hora me puede atender, por favor? —le dije, esperando que entrara a

preguntar.

—Pues lo siento, pero ya te he dicho que está ocupado y no pienso interrumpirlo. Si quieres, le digo que tú has estado aquí y que te llame o se ponga en contacto contigo —me respondió.

—Está bien, dile que espero su llamada, que es urgente y que debe de saberlo cuanto antes —le contesté, dándome media vuelta para volver a subirme en el ascensor.

No sé muy bien como me sentía, pues era como si, de repente, sobrara en la ecuación de su vida, y tomé una decisión importante. Si él no se ponía en contacto conmigo, no volvería a intentar nada, ya todo dependía de él, y de si quería saber eso que le tenía que decir.

Lo que sí tenía claro era que ya no se lo pensaba ocultar más a Tania ni a Vanessa. Mauro había tenido la oportunidad de salir y enterarse, o de decirme cuando me podría atender. Si no lo había hecho, ya no era problema mío.

Quedé con las chicas en mi casa, compré pasteles y una tarta que decía "Vais a ser titas", y que dejaría para el final.

—Estoy con Borja. ¿Te importa que también vaya? —me dijo Tania.

—Para nada, y Chema también está invitado. Acabo de llamar a Jorge, que viene con Pablo, y a mi madre, para que lo haga con Aitor —les contesté.

—¿No has invitado a Mario? —me preguntó Vanessa.

—No, a él se lo contaré más tarde. Ahora es un momento de familia, y vosotros sois la mía.

—Bueno, tú sabrás lo que te haces. En media hora estamos allí —me contestó Tania.

Preparé todo en el salón, aunque no paraba de mirar el móvil, tenía la esperanza de recibir la llamada o el mensaje de Mauro para quedar conmigo, pero conforme fueron pasando las horas, entendí que no iba a recibir nada.

Los primeros en llegar fueron mi madre y Aitor, que me dio un abrazo. Venía con una bolsa de una tienda de bebés, y supe que no se había podido resistir.

—¿Se puede saber qué lleváis ahí? —les pregunté.

—Un regalito para mi nieto y para mi nieta, porque serán niño y niña —me dijo Aitor, sonriente.

—Otro que ya ha mirado la bola de cristal —le respondí, negando con la cabeza.

—No lo voy a abrir ahora, más bien lo voy a esconder, porque los demás no saben nada y quiero que sea una sorpresa.

—Hija, sé que no es de mi incumbencia, pero… ¿has hablado con Mauro? ¿Qué te ha dicho? —me preguntó.

—No he podido hacerlo, mamá. Cuando fui a buscarlo a la oficina ya se había marchado y al llegar a su casa, me abrió una mujer que me dijo que estaba ocupado y que no lo iba a molestar. En el momento en el que terminara, le diría que me llamara, o que se pusiera en contacto conmigo de la manera que quisiera, pero, la hora que es, todavía no lo ha hecho, por lo que lo doy por perdido —le respondí.

—No seas así, Lorena. Lo mismo y esa mujer no le ha dicho nada aún. Yo lo intentaría una vez más — dijo mi madre.

—¿Sabes una cosa? Ahora mismo van a venir sus amigos, que se enteraran de todo. Si él quiere ponerse en contacto conmigo, que lo haga, porque no creo que sus amigos fueran capaces de ocultarlo —le respondí.

—Está bien, yo no me meto en nada, que es lo que te ha faltado decirme, hija mía.

—No es eso, mamá, es que ya estoy harta de ir detrás de él sin obtener nada por su parte. Si él quiere algo, que se mueva y venga a buscarme —le dije, dando por zanjada la conversación.

—Marta, la niña tiene razón. Siempre es ella la que va a pedirle disculpas, la que mueve ficha, ya va siendo hora de que sea él el que lo haga. Es una cuestión de dignidad, si mucho no me equivoco —le dijo Aitor a mi madre.

—Exacto, Aitor, yo no lo podría haber explicado mejor —le dije, justo cuando llamaron a la puerta.

Eran mis amigas con sus chicos, que venían juntos, y ya solo quedaba que vinieran Jorge y Pablo para que estuviéramos todos.

—Cuanto secretismo, amiga. Cualquiera diría que te ha tocado la primitiva y no quieres que se entere nadie —me dijo Tania.

—Algo parecido, pero por partida doble —le dijo mi madre, a la que hice un gesto para que no hablara más de la cuenta.

—Otra que mejor baila. Al final, tendremos que hacer un escape room para enterarnos de lo que nos quiere contar —dijo Vanessa.

—Joder, ya se me podía haber ocurrido algo así —dije, dando una patada en el suelo, como si estuviera enfadada.

Los hice pasar a todos al salón, después de saludarlos como era debido. Y, justo en ese momento, volvieron a llamar a la puerta, eran Jorge y Pablo.

—A mí no me tienes que decir nada, que estaba presente cuando han felicitado a tu madre —me dijo Pablo, muy bajito, para que no se enterara nadie.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, cerrar la boca ahora mismo —le contesté, haciendo como si tuviera una cremallera en la boca.

—Por mi parte, ni mú, ya lo sabes —me dijo, guiñándome un ojo.

Cuando ya estuvieron todos, me puse en el centro del salón, muy solemne, y les hice llegar la foto de la ecografía al grupo que teníamos todos juntos. Los chicos no sabían lo que era, excepto Pablo, claro está. Tania me miró sin entender qué les quería contar, y la única que reaccionó fue Vanessa, que me miró con los ojos llorosos y se levantó para darme un abrazo.

—¿En serio, Lorena? —me preguntó, y yo asentí con la cabeza —Pues no sabes lo que me alegro, de verdad, y lo que te dije, no estás sola.

—¿Alguien me puede explicar qué coño es esa imagen? —preguntó Borja, pues Tania no había sido capaz de reaccionar.

—Es la ecografía de mis bebés. Estoy embarazada, de mellizos, de los que todavía no sé el sexo, pero que vienen fuertes y sanos —le contesté, y Borja se levantó para darme un abrazo.

—Estoy completamente seguro de que Mauro se habrá vuelto loco de la alegría. Y no encuentro mejor motivo que este para que volváis a estar juntos, a intentarlo, al menos —me dijo, pero lo miré con una ceja arqueada.

—Mauro no sabe nada. He ido a buscarlo a la oficina y no estaba…

—Sí, salió con una de las modelos a hacer una gestión —me respondió él.

—No me engañes, Borja. Fui a buscarlo a su casa y me la encontré medio desnuda, con una camiseta que le he visto a Mauro mil veces, y me dijo que él estaba ocupado y que no lo iba a molestar —le dije, pues no quería que me tomaran por tonta.

—¿Te fuiste sin que lo supiera?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Me sentaba en el sofá a esperar a que ellos terminaran de echar un polvo? —le respondí, con toda la ironía del mundo.

—Mauro no se acostaría con una mujer así…

—Claro, como que no lleva todo este tiempo haciéndolo con clones de ella. Pero me da igual con quién se acueste, de verdad. Le dije que se pusiera en contacto conmigo y no lo ha hecho, así que ya sabemos su reacción.

Capítulo 28



Mauro

Salí de la oficina con Melania, pues su coche no funcionaba y le dije que yo la llevaba hasta el set donde tenía que rodar el anuncio que retransmitiría la productora el día de Fin de Año, justo antes de las campanadas. Me serví un café doble, pues no me había dado tiempo a tomar nada, y al poner un pie en el pasillo, se dio la vuelta de golpe, vertiendo el líquido en su vestido y en mi camisa.

—Joder, y ahora no tengo ropa de repuesto aquí —le dije, algo enfadado, la verdad.

—Lo siento, me acabo de dar cuenta de que me he dejado el bolso encima de tu mesa —me respondió.

—Lo llevas colgado en el brazo —le dije, señalando algo que era evidente.

—Por favor, que vergüenza. Por mi vestido no hay problema, en el set me cambiaré de ropa, pero tu camisa… Si quieres, podemos pasar por tu casa un momento para que te cambies —me dijo, y no vi maldad en sus palabras, lo que sí que vi fue un polvorón, y de los grandes. Vamos, que se había comido los de este año y los del año que viene, por si se le perdían.

—Sí, sería lo mejor, no puedo aparecer por allí con este machón como si fuera una medalla —le dije.

Nos montamos en el coche y puse rumbo a mi casa. Dejé el coche en mi plaza de aparcamiento, y subimos hasta mi ático.

—Si no te importa y vas bien de tiempo, me voy a dar una ducha rápida y así aprovecho y me pongo algo de ropa más cómoda —le dije.

—Claro, yo te espero aquí en el salón —me contestó.

Me metí en la ducha y escuché que llamaron a la puerta de mi casa, pero no le di importancia, sería algún vecino o el portero para buscar algo, porque no escuché a Melania llamarme.

Al salir al salón, me la encontré vestida tan solo con una camiseta mía, que estaba en la canasta que tenía para planchar, de donde la había cogido. Me sentó mal, y así se lo hice saber.

—¿Se puede saber qué haces vestida así? Que yo recuerde, no te he dicho que te pusieras cómoda —le dije, en un tono que evidenciaba mi enfado.

—Ay, Mauro, cariño. ¿Acaso piensas que no me he dado cuenta de lo que pretendías trayéndome a tu casa? No hace falta hacer un papel —me contestó, poniendo sus manos en mi pecho.

—Haz el favor de vestirte y de largarte de mi casa. Entre nosotros tan solo va a haber una relación laboral, y créeme que eso también me lo estoy pensando —le contesté.

Conseguí que se largara de mi casa, aunque me costó media vida que lo hiciera. Tan solo lo hizo cuando la amenacé con que rescindiría el contrato que tenía con nosotros por falta de profesionalidad. Por suerte, en mi casa tenía cámaras en todas partes, y no las había desactivado, porque algo me olía, y si se le ocurría acusarme de algo, tendría pruebas.

Iba a revisar las cámaras para ver quién había llegado a mi casa y que ella había largado, cuando sonó mi teléfono y era Borja. Pensé en no contestarle, ya lo llamaría después, pero luego me di cuenta de que podría estar pasando algo en la empresa y por eso contesté.

—Menos mal que contestas, chico, que llevo un buen rato —me dijo, nada más escuchar mi voz al otro lado de la línea.

—Estaba ocupado. ¿Qué te ocurre? —le contesté.

—Sí, al parecer llevas muy ocupado durante toda la tarde —me contestó, con mucha sorna.

—Ve al grano, Borja, que no me apetece estar perdiendo el tiempo.

—Lorena ha estado hoy en tu casa, y tu nueva amante la ha despedido rápido. Necesitaba hablar contigo, y es algo urgente —me contó, y la sangre me hirvió, puesto que ya lo habíamos hablado muchas veces.

—Pues lo siento, no sabía nada de que había venido, pero también te digo que no tengo nada que hablar con ella —le respondí.

—¿Estás seguro? Después no quiero que me reproches nada —insistió.

—Ya te he dicho mil veces que no, y no entiendo que no respetes mi decisión. El amor no es suficiente, te pongas como te pongas.

—Pues nada, sigue viviendo en la ignorancia, chico —me dijo, y cortó la llamada.

Como ya sabía quién era la persona que había venido a buscarme a casa, ya no tenía que seguir mirando las cámaras, y me senté en el sofá a ver una película que estaban emitiendo y que siempre me había gustado.

Mi cabeza no estaba centrada en la película, pero al menos me servía para evitar pensar en ella, en Lorena. Desde aquel día del callejón no habíamos vuelto a coincidir, y mi corazón lo agradecía, pues cuanto menos contacto teníamos, menos dolor sentía.

Cuando terminó la película, me fui a la cocina para prepararme algo de cenar, pero no se me iba de la cabeza lo que tendría que hablar Lorena conmigo. Por mucho que decía que no quería hablar con ella, la curiosidad me comía.

Esa noche decidí que iría a hablar con ella, pues no me iba a quedar con la duda. Lo mismo y estaba enferma o algo así y necesitaba de mi ayuda. Si era eso, y a pesar de todo lo que nos había sucedido, no pensaba dejarla tirada, estaría a su lado, pasase lo que pasase.

Me fui a la cama con ese pensamiento, en cuanto terminara mi jornada laboral, pues no podía faltar, ya que tenía una reunión a primera hora, iría a hablar con ella, no me pensaba quedar de brazos cruzados, no ahora que Borja me había llamado.

Me costó coger el sueño una barbaridad, pues miles de escenas se pasaron por mi cabeza durante toda la noche. Por eso, a la mañana siguiente, en cuanto vi que entraba la luz del sol por la ventana, me levanté, me preparé un café y me dispuse a marcharme a la oficina.

Cuando llegué, me encerré en mi despacho. Primero, con la videollamada que tenía programada, después, sumergido entre toda la documentación que tenía pendiente, intentando no pensar en Lorena y en el motivo por el que quería hablar conmigo.

A las doce de la mañana, ya no pude aguantarme más, y me fui hasta el edificio en el que se encontraba la agencia. Aparqué como pude, pues esa mañana la calle estaba de lo más concurrida, y encontrar aparcamiento fue como buscar una aguja en un pajar.

—Buenas tardes, Silvia, vengo para hablar con Lorena —le dije a su secretaria.

—Buenas tardes, señor Sanz. La señorita Márquez no está, ha salido hace un rato para una reunión fuera de las oficinas, y me parece que no volverá en todo el día, porque es fuera de la ciudad —me contestó Silvia.

—Joder. ¿Le podrías decir que he venido y que me gustaría hablar con ella? Te lo agradecería, de verdad.

—No se preocupe, en cuanto tenga la oportunidad de verla, se lo transmito.

—Por favor, y perdona que insista tanto, pero es importante, dígale que me llame cuando esté disponible y yo iré a hablar con ella, quedaremos donde ella

quiera. Dígaselo así.

—Lo anoto y se lo dejo sobre la tapa del portátil, por si vuelve antes que lo vea —me dijo, señalándome el papel donde lo había escrito, y se levantó para dejarlo en su despacho.

Salí de allí igual que entré, pero en la puerta, me topé con Tania y Vanessa, que venían de comer y encontré la oportunidad perfecta.

—Tania, Vanessa, ¿tenéis un minuto? —les pregunté.

—Para ti, me parece que no tenemos tiempo —me respondió Tania.

—Por favor, necesito saber qué es lo que Lorena tenía que hablar conmigo. Esa mujer que estaba en mi casa cuando ella fue…

—Mira, Mauro, no me cuentes tu vida. Lo que tengas que hablar con Lorena, lo haces con ella. Vamos, que no te lo ha contado ya Borja —me dijo Tania, visiblemente enfadada.

—¿Qué tiene que ver Borja con esto?

—Pues que estaba presente ayer cuando Lorena nos lo contó a todos, después de ir a buscarte y que tú no quisieras atenderla —me dijo Vanessa.

—No es que yo no quisiera atenderla, es que ni siquiera sabía que había venido a mi casa —le contesté, algo furioso porque no me entendían.

—¿Qué no sabías que había ido? Venga, Mauro, por favor, si hasta Borja te llamó anoche, delante de ella, y le contestaste que no querías hablar con ella, que no tenías nada de decir.

—Bueno, pues lo he pensado mejor y quiero hablar con ella, que me diga que es eso tan importante que me tenía que contar.

Capítulo 29



Lorena

Cuando llegué a mi oficina, Silvia me dijo que Mauro había ido a buscarme, y que le había dejado un recado, que ella dejó sobre mi portátil.

—Mira Silvia, ayer escuché lo que tenía que escuchar para abrirme los ojos, y si quiere hablar conmigo, que mueva el culo, porque yo no pienso hacerlo. Como dice el novio de mi madre, es cuestión de dignidad —le respondí.

Me sumergí en el trabajo, pues tenía algunas cositas pendientes, hasta que entraron Tania y Vanessa para irnos a comer las tres juntas, como hacíamos a diario.

—Venga, chula, que nos toca darle de comer a esos pequeñajos que llevas dentro — dijo Tania, en tono de burla.

—Ni que lo digas, porque tengo un hambre que me muero —le contesté.

—Ayer no te quise llamar para contártelo, pero cuando volvíamos del restaurante, nos encontramos a Mauro, que salía de las oficinas, y venía buscándote…

—Claro, se lo contaría Borja después de la llamada que le hizo, porque no entiendo que, de pronto, tenga esa necesidad de hablar conmigo y saber lo que le tenía que decir —le respondí, algo enfadada.

—No se lo ha contado, él no sabe absolutamente nada. Es más, piensas que estás enferma y que necesitas de su ayuda para algún tratamiento —me dijo, y solté una carcajada.

—Chica enfermedad la mía, que va a hacer que se me ponga el vientre como una pelota de yoga —le respondí, haciendo que todas rieran.

Estábamos de esa guisa, cuando me lo topé de frente, y os prometo que la risa se me cortó de golpe.

—Veo que no era tan importante eso que me tenías que contar, porque si no, me habrías llamado —me dijo, como enfadado porque estuviera riéndome.

—A lo mejor eres tú el que no lo has visto tan importante, porque te dejé un recado con tu nueva amiguita, y vienes a buscarme al día siguiente.

—No es mi amiguita, de hecho, ni siquiera tenía que estar en mi casa, pero, además, es que no me dijo nada. Si no llega a ser porque Borja me llamó, ni me entero.

—Borja te llamó y le dijiste que no tenías nada que hablar conmigo. ¿Eso tampoco lo recuerdas? Chico, al final vas a tener que ir al médico a que te revisen la cabeza. Si quieres, le puedo decir a mi madre que hable con alguno de sus compañeros y te hagan un hueco —le dije, con burla.

—Sí que lo recuerdo, pero he cambiado de opinión. Si es importante, quiero saberlo, aunque no creo que en medio de la calle sea el lugar para hablarlo —me dijo.

—Está bien, vamos a comer, si te quieres unir a nosotras, no tengo ningún problema —le contesté.

No contestó, sino que empezó a andar, encaminando sus pasos hasta donde le habíamos dicho. Al llegar, buscó una mesa libre en la que sentarnos. Tenía claro que se lo soltaría a bocajarro, no tenía sentido darle vueltas.

—Bueno, ya estamos sentados y cómodos. ¿Me lo vas a contar ya o vas a esperar a que terminemos de comer? —me preguntó, muy chulo.

—No, no te voy a hacer esperar más, no quiero que se te indigeste la comida. Allá voy, ¿estás preparado? —le dije, como si estuviera en un concurso. Había tomado el humor como un escudo, pues de su reacción dependía mi estado de ánimo.

—¿Puedes dejarte ya de tonterías? Ve al grano, por favor —me pidió.

—Estoy embarazada y traigo mellizos —le solté.

No dijo nada, me miró y se levantó, saliendo del restaurante tal y como había entrado, dejándonos a las tres allí completamente anonadadas. No es que esperábamos que saltara de alegría tampoco, pero, al menos, que me dijera algo.

—Chica, eso es una reacción y lo demás un cuento —me dijo Tania, que no podía cerrar la boca.

—Ni que lo digas —contestó Vanessa.

—Bueno, yo ya he cumplido mi parte, ya sabe que va a ser padre. Lo que haga a partir de ahora es cosa suya y de nadie más —respondí, mirando la carta, porque el hambre no se me había quitado.

No es que no me importara su reacción, es que, creo que la tenía tan asimilada que no me esperaba otra cosa que lo que hizo. Estábamos terminando el postre, cuando lo vimos entrar de nuevo en el restaurante, aunque seguía blanco como la pared.

—Lorena, me parece que tenemos mucho de lo que hablar. Te espero arriba, en tu despacho, termina de comer tranquila —me dijo, y volvió a desaparecer.

—Este hombre me está volviendo loca, os lo juro —les dije a mis amigas.

—Es como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer —me contestó Vanessa, que era muy dada a los refranes.

—En fin, será mejor que suba a mi despacho y termine de una vez con todo, porque como lo deje media hora más, o le da un infarto a él, o me dará a

mí —respondí.

Les dejé cincuenta euros para que pagaran los tres menús, y crucé la carretera dispuesta a subir a mi despacho, donde me lo encontré dando vueltas por toda la estancia, como si fuera un león enjaulado.

—Ya estoy aquí, y quiero que me escuches antes de decir ni una sola palabra. Para empezar, no quiero nada material para mis hijos…

—Nuestros hijos, que no se te olvide —me interrumpió.

—Está bien, no quiero nada material para nuestros hijos, tan solo te lo he dicho porque quiero que les des tu cariño, siempre y cuando estés dispuesto a ser un padre presente. No me gustaría que estuvieras un día sí y cuarenta no, pero si no estás de acuerdo con eso, no te preocupes que no te reclamaré nada, nunca en la vida —le dije.

—Ahora es mi turno, y espero que, tal y como yo me he quedado callado esperando a que tú termines, lo hagas ahora tú —me contestó.

—Por supuesto, adelante, yo te escucho —le respondí.

—Voy a estar en la vida de mis hijos, pase lo que pase con nosotros, porque ellos no han pedido venir al mundo, ha sido cosa nuestra. No solo estaré de manera presencial, sino también económica, porque no veo justo que teniendo el dinero que tengo, se vean privados de nada. Dicho esto, también me gustaría decirte algo más, y eso ya no tiene nada que ver con los niños…

—Mauro, si es referente a nosotros… ahora mismo no me encuentro con fuerzas ni en condiciones para hablar nada de eso. No me viene bien, ni a mí ni a los niños, prefiero dejar que la cosa fluya, a ver dónde nos lleva —le dije, porque no tenía el corazón para que me lo volviera a partir.

—Lorena, quiero que formemos una familia, que dejemos todo atrás y empecemos de cero —me dijo, y las lágrimas volvieron a mis ojos, las hormonas estaban haciendo de las suyas.

—No puedo, Mauro, no ahora en este momento, porque mi cabeza me diría siempre que estás conmigo por los niños, y eso sí que no lo podría soportar.

Cuando estés seguro de que es eso lo que quieres, y sabiendo que no te quitaré nunca el derecho que tienes sobre ellos, hablamos —le dije, sin parar de llorar.

—Está bien, si es eso lo que quieres, te demostraré que no ha sido por los niños, que siempre has sido y serás tú, mi diva —me dijo, saliendo de mi despacho.

Sentí un alivio enorme por mis hijos, porque contarían con su padre el día de mañana y porque, para mí, quisiera o no, también era importante contar con Mauro para la crianza y la educación de nuestros niños. Pero, por otro lado, también sería una tortura tener que verlo a diario y no poder besarlo como yo quería, porque mi conciencia no me dejaba confiar en él.

Tal y como salió Mauro de mi despacho, entraron las otras dos, que estaban al quite para enterarse de todo.

—Ya nos puedes estar contando lo que ha pasado aquí dentro. Que luego, cuando Borja me cuente lo que le ha dicho Mauro, yo pueda rebatirle con hechos, no con hipótesis —me dijo Tania.

—Está bien, pedazos de cotillas, entrad y sentaros, que os cuento —les dije.

Les conté todo lo que le había dicho yo, pero también todo lo que me había contado él, y llegaron a una conclusión muy clara y unánime, que era gilipollas por dejar escapara al amor de mi vida por culpa del orgullo y la desconfianza.

—Es que no me entendéis. Tengo que tener completamente claro que no es por los niños. Ya me ha despreciado dos veces, y eso, queráis o no, sigue dándome vueltas en la cabeza —les expliqué.

—Olvida eso ya, Lorena, o no lograrás ser feliz en la vida. Avanza de una puta vez, todos hemos madurado, y Mauro también —me dijo Tania.

—Tan solo quiero dejar que fluya y sentirme segura, es lo único que pido.

Capítulo 30



Mauro

Cuando me soltó que estaba embarazada de mellizos, así, sin anestesia ni nada, creí que me daba un infarto, os lo prometo. Lo único que acerté a hacer, fue levantarme e irme, porque no sabía que decirle, me había quedado sin palabras, de verdad.

Me senté en un banquito que había en un parque cerca de allí y estuve, por lo menos, durante una hora, pensando en todo lo que me había dicho, asimilando la noticia. Por supuesto que no dudaba de la paternidad de esos niños, y si no me equivocaba, podría decir el momento exacto en el que fueron concebidos.

Lo que nosotros vivimos como un error que nos hacía daño, había resultado ser el momento más emotivo e importante de nuestras vidas, el momento en el que fueron creados nuestros hijos. Cuando hube masticado todo a base de bien, me levanté de allí y fui a buscarla, teníamos que hablar, pero no quería que fuera delante de nadie, sino que lo teníamos que hacer a solas.

En su despacho, que fue donde la esperé, hablamos y aclaramos todos, y ahora me tocaba a mí dejarle claro que no estaba allí solo por los niños, aunque no voy a negar que fue un motivo importante para que quisiera volver con ella, y formar nuestra propia familia. Como decirlo, era como si el destino nos hubiera dado la excusa perfecta para hacerlo, por mucho que nosotros nos habíamos negado.

Lo primero que hice fue ir a una joyería, donde le compré una cadena con dos bebés, que le envié a la oficina, junto a una nota.

"Espero que esto te haga pensar en mí cada vez que lo veas. Te sigo queriendo como el primer día que estuvimos juntos".

Me fui de camino a casa, pues no me apetecía volver al trabajo. Llamé a Chema y a Borja, para que se reunieran conmigo allí, donde les contaría todo lo que había hablado con Lorena.

En cuanto llegué, me di una ducha calentita, y me cambié de ropa. Mientras venían mis amigos, me puse a buscar por internet cuidados que debía tener una embarazada de parto múltiple, por lo que pudiera ayudarla.

Encontré una serie de cremas para el cuidado de la piel que ponía que eran de lo más eficientes, y no dudé en hacer un pedido por internet de todo tipo de productos, que le llegaría a la oficina al día siguiente. No la puse para que le llegara a su casa porque no sabía si estaría o no, y en el trabajo estaba seguro de que lo iba a recibir.

También le compré una de esas almohadas que sirven para el descanso de la madre durante el periodo de gestación. Sabía que ahora, todavía no lo iba a necesitar, pero cuando estuviera un poco más avanzada, le vendría de lujo.

Me centré en ella, puesto que a los bebés todavía no les hacía falta nada, de ellos ya me ocuparía más adelante. Lo que sí vi y que me gustó muchísimo fue una hamaca doble con balanceo, que serviría para calmarlos los primeros meses, y que también encargué, aunque eso lo puse para que me lo entregaran en mi casa, ya se lo llevaría a la madre más adelante.

En ello estaba, cuando sonó el timbre de mi casa, y me levanté a abrir de inmediato, pues tendrían que ser Borja y Chema, pero me equivoqué, pues la persona que estaba detrás de la puerta era Melania.

—Hola, amor, he venido para terminar lo que empezamos el otro día —me dijo, quitándose el abrigo, y mostrándose tan solo con un conjunto de ropa interior.

—Si soy tu amor ni vamos a terminar nada, así que, haz el favor de vestirte. Entre otras cosas, porque tengo las cámaras activadas y te están viendo todos los del equipo de seguridad —le dije, arrojándole su abrigo.

—¿Sabes que puedo denunciarte por eso? Ya estoy viendo los titulares, CEO de una productora de televisión, denunciado por grabar a una mujer sin su consentimiento —me dijo, frotándose las manos.

—¿Sabes qué lo que estás diciendo es una tontería? Al entrar en mi casa tienes un cartelito precioso que dice que estás siendo grabada. Lo siento, pero cuando tú has ido, yo ya he venido de vuelta —le contesté, cogiéndola del codo y sacándola de mi casa, justo cuando llegaban Borja y Chema.

—¿Algún problema, amigo? —me preguntó Borja.

—Nada, ya he sacado a los bichos de mi casa. Por cierto, Melania, como tengo las imágenes que lo atestiguan, el contrato queda rescindido por falta de profesionalidad y acoso —le dije, y vi como se ponía negra de rabia.

—No me puedes hacer eso, te denunciaré por incumplimiento de contrato —me dijo, furiosa.

—Te gastarás el dinero en abogados para nada. Veo que no lees las cláusulas de los contratos que firmas, pero yo no dejo nada al azar. En la cláusula número veinticinco dice muy claramente que, en caso de algún tipo de acoso sufrido por cualquiera de los empleados de la productora, el contrato deja de tener efecto, y esto, aquí y en Pekín, es acoso —le respondí, cerrando la puerta de mi ático en su cara.

—Parece que esta muchacha no se entera, ¿no? —me dijo Chema, negando con la cabeza.

—Digamos que todo lo que tiene de guapa, lo tiene de cortita. Y mira que lo ha intentado veces, pero nada, que no se le mete en la cabeza que no me pienso acostar con ella —le contesté.

Nos sentamos los tres en el sofá del salón, y les conté que iba a ser padre, y de mellizos, pero ninguno de los dos pareció sorprendido.

—¿Lo sabíais? Lo sabíais y no me habéis contado nada, sois dos cabrones —les dije, entre el asombro y el enfado.

—No nos correspondía a nosotros, y tienes que entenderlo —me dijo Chema, que era como más sensato.

—Además, ella lo intentó. Fue a buscarte a la oficina en cuanto salió del ginecólogo y luego vino aquí, y digamos que no la pudiste atender —me dijo Borja, que todavía estaba un poco resentido por ese tema.

—¿La habéis visto? Pues eso mismo fue lo que pasó ese día. Me manchó la camisa en la oficina, y le dije de venir aquí a cambiarme. Estaba en la ducha cuando ella vino, y Melania no me contó nada, ya no sé cómo decírtelo —le contesté.

—Bueno, vamos a centrarnos en lo importante. ¿Qué piensas hacer para demostrarle que estás enamorado de ella? Porque, por lo que la conozco, no es de las que les valga con regalitos y viajes —me dijo Borja.

—Lo sé, y por eso os he llamado, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo —me confesé.

—Pues es muy sencillo. ¿Recuerdas como la conquistaste cuando erais dos niños? —me respondió Chema.

—¿Pensáis que la conquisté? Estáis muy equivocados, puesto que la que me conquistó fue ella a mí. Descubrí a una persona empática, divertida, que me hacía reír, y a la que hice el mayor daño que se le puede hacer a una persona —dije, apesadumbrado.

—Muéstrate tal y como eres, Mauro. Deja a un lado el resentimiento, la coraza que te pones cuando ella está cerca. Apóyala durante todo el embarazo, que vea que te preocupas por ella. Te aseguro que será la mejor manera de demostrarle que la quieres —me contestó Chema, y supe que tenía razón.

Miré la predicción meteorológica para el día siguiente, que era sábado, y vi que daban sol y una temperatura medianamente agradable, y supe lo que iba a hacer.

Preparé todo para ir a recogerla al día siguiente, sobre media mañana y la llevaría al campo, con un picnic, pues, según recordaba, le encantaba eso, comer sobre una manta de cuadritos. Tenía que conseguir todo eso que me contó un día, no quería que se me escapara ni un solo detalle, pues tenía que demostrarle que lo recordaba todo, que, para mí, ya era importante antes, al igual que lo era ahora.

Borja y Chema me ayudaron a encontrar todo, desde la manta de cuadritos hasta la cesta donde lo llevaría todo, la comida que me dijo que le gustaba y que prepararía esa noche y la bebida que ella podía tomar. Pues, aunque lo ideal sería llevar una botella de vino, como ella no podía, la sustituí por una de refresco sin gas, que yo también bebería.

Una vez que lo tuve todo organizado, no dudé en enviarle un mensaje, para que estuviera preparada cuando yo fuera a recogerla.

Mauro: *Hola, preciosa. Te envío este mensaje para decirte que, mañana, a las doce del mediodía, pasaré a recogerte. Quiero que sea una sorpresa, pero como tampoco quiero que vayas incómoda, te daré una pista. Vístete de manera cómoda, con deportivas y bien abrigada, no me gustaría que te enfermaras. Te sigo amando como el primer día.*

Capítulo 31



Lorena

Estaba en mi casa, sentada en el sofá viendo artículos de bebés, cuando mi teléfono sonó, era un mensaje de Mauro, y empecé a temblar de los nervios que me entraron. Por un momento, me sentí como una quinceañera a la que le escribe el chico que le gusta por primera vez.

Lo leí como diez veces, porque no me podía haber imaginado que me escribiría para eso. Había quedado con mi madre, pero no dudé en anular esa cita, por eso la llamé.

—Mamá, tengo que anular la cita de mañana, pero no te enfades conmigo —le dije, cuando me contestó a la llamada.

—Siempre que me digas que no es por algo del trabajo, no me enfadaré —me contestó.

—No, es que he recibido un mensaje de Mauro, me dice que viene a recogerme mañana para darme una sorpresa. Me sabe mal decirle que no ahora que empezamos a llevarnos bien —le argumenté.

—Me parece perfecto que vayas con él, Lorena. Lo único que te pido es que seas prudente, que sea el padre de tus hijos no significa que le abras de nuevo tu corazón —me dijo mi madre.

—En ese aspecto, lo tengo en cuarentena —le contesté.

Estuvimos un rato más hablando de todo y de nada en concreto, hasta que decidí cortar la llamada para responderle el mensaje a Mauro, al que todavía no había contestado.

Lorena: *Estaré lista, tan solo espero que no me vayas a llevar a hacer rafting ni nada parecido, te recuerdo que llevo a tus hijos en mi interior.*

Mauro: *Ja, ja, ja, no, por Dios, no soy tan insensato para poneros en peligro a ninguno de los tres. Te sigo queriendo, aunque tú a mí no me lo digas.*

Lorena: *Para mí, expresar mis sentimientos es muy complicado, y no lo diré hasta que no lo sienta al cien por cien, y con eso no quiero decir que no esté enamorada de ti, sino que no tengo la seguridad de decirlo sin poner en riesgo a mi corazón.*

Ya no me llegaron más mensajes y supuse que mis palabras le habían dolido, pero no iba a mentir, no ahora que me había propuesto que, entre nosotros, no hubiera ningún secreto.

Preparé la ropa para el día siguiente, unos leggins de pelitos, una sudadera y un chaquetón de plumas, mis zapatillas deportivas y una pequeña mochila en la que metí el teléfono, las llaves y un pequeño paquete de toallitas para la cara y las manos, así como una pequeña botella de agua.

Me acosté algo nerviosa, pues después de no haber recibido ningún mensaje más, no sabía si la propuesta seguía en pie o no, hasta que escuché mi teléfono vibrar, y no sé cómo, pero supe que era él.

Mauro: *Perdón por no contestarte antes, pero me quedé sin batería y no me di cuenta. Que pases buena noche, mi amor, mañana te recojo, un beso.*

Lorena: *Pensé que te habías enfadado por lo que te había dicho, y que ya no querías pasar el día conmigo.*

Mauro: *¿Enfadarme? Para nada. No pienso ponerte en ningún aprieto, así sabré que, cuando de tu boca salgan esas palabras, será porque me hayas perdonado del todo y podamos empezar de cero. Me muero porque pasemos el día juntos. Ahora sí, me voy a la cama, que descanses, preciosa.*

Lorena: *Yo también, por cierto, mil gracias por la cesta de los productos para el cuidado del embarazo, el gel de baño me encanta, y la crema hidratante deja mi piel más elástica, así no me quedaran estrías. Que descanses tú también, nos vemos mañana. Un beso.*

No sé por qué le puse esto último, pero me salió solo. No era de las personas que se reprimían, pues mi cabeza no tenía filtro y decía las cosas tal y como las sentía, tanto para bien como para mal.

Me acosté con una sonrisa en los labios, pensando en el lugar al que me llevaría y lo que haríamos durante el día. Estaba entusiasmada, y eso me daba miedo, pues hacía mucho tiempo que no me sentía así.

A las doce en punto estaba Mauro llamando a mi puerta, decir que estaba guapísimo sería mentir, porque estaba mucho más que eso. Venía con un pantalón de algodón gris claro, un chaquetón azul marino, y una deportivas del mismo color.

—¿Estás lista? —me preguntó.

—Sí, cojo el chaquetón y la mochila y ya mismo nos vamos —le contesté, sonriendo.

La situación era algo incómoda, porque ninguno de los dos sabíamos cómo íbamos a saludarnos, y por eso no nos dijimos nada. Me acerqué a él después de coger mis cosas, y le dejé un beso en la mejilla, tal y como me salió, lo que le provocó una sonrisa.

—Buenas tardes, ya podemos irnos —le dije.

—Buenas tardes —me contestó él, mientras me cogía por la cintura y me devolvía el beso que yo le había dado antes, pero él hizo algo más, se agachó a la altura de mi vientre y me dejó dos besos más ahí.

Nos montamos en el coche, y pusimos rumbo a donde quisiera que me fuera a llevar. Vi como dejábamos la ciudad atrás, y no me pude resistir a preguntar nuestro destino.

—¿Dónde me llevas? Mira que, si me llevas a algún lugar donde acabar conmigo y cortarme a pedacitos pequeños, te advierto que mi teléfono tiene localizador —le dije, en plan reina del drama.

—¿Crees que si tuviera esos pensamientos lo haría con mis propias manos? No, cariño, contrataría a un sicario y buscaría una buena coartada que me respaldara —me contestó, riendo.

—No, ahora en serio. ¿Dónde vamos? —volví a preguntar.

—A un sitio que te va a encantar, te lo aseguro, y del que ya estamos muy cerca —me respondió.

Dejó la carretera principal a un lado y se internó en una especie de bosque que había cerca, hasta llegar a una zona de aparcamiento. Situó ahí el coche y nos bajamos, no sin que antes cogiera una cesta del maletero y lo miré boquiabierta.

—No me lo puedo creer —le dije, viendo hacia donde nos dirigíamos.

—Pues créetelo, porque lo recuerdo todo al milímetro, o eso espero, que no se me haya olvidado nada —me contestó.

Llegamos a un claro desde el que se divisaba un riachuelo, y que nos mostraba una imagen de lo más bucólica. Mauro sacó de la cesta una manta de cuadritos, que abrió debajo de uno de los árboles, al igual que la comida y dos vasos.

Todo lo que había puesto se lo había contado yo siendo adolescentes, en uno de los días que quedamos para tomar algo. Me preguntó cuál sería mi cita ideal, y se lo dije.

—Para mí, la cita ideal no sería en un restaurante de lujo, ni con marisco ni nada parecido. Yo sería la más feliz del mundo con picnic, pero como los de las películas, con su mantita de cuadritos, su cesta, su tortilla de patatas, sus cositas para picar…

Recuerdo que él soltó una carcajada, y me prometió que algún día tendría esa cita especial conmigo, y aquí estábamos, diez años después y esperando a

nuestros hijos.

—Espero que no se me haya olvidado nada. Tan solo he cambiado la bebida, no estaría bonito que una embarazada bebiera vino, por eso he puesto un refresco sin gas, para los dos, pues yo me voy a solidarizar contigo —me respondió.

—Por supuesto que está todo, lo que no entiendo es como has podido acordarte de todo, la verdad, con la cantidad de años que hace que te lo conté —le dije.

—Porque, aunque no te lo creas, guardo en mi memoria todas y cada una de las cosas que me contaste en cada conversación que tuvimos —me contestó.

Tengo que decir que pasamos un día fantástico, hasta que empezó a refrescar, y decidimos volver.

—Vente a mi casa a pasar el fin de semana conmigo —me dijo.

—¿Por qué no te vienes tú a la mía? En tu casa han pasado demasiadas cosas que no quiero recordar, la verdad. Además, si mañana hace buen día, podemos avisar a todos y hacer una barbacoa en el jardín trasero —le dije, sin pensar.

—Pues me parece una idea fantástica. Es más, por si acaso me proponías algo así, llevo ropa limpia en una mochila, además de un regalito que te he comprado. Sé que ahora no te servirá todavía, pero con el tiempo, cuando el embarazo esté más avanzado, te será muy útil —me dijo.

Pusimos rumbo a mi casa, donde encontró aparcamiento en la misma puerta, justo delante de mi coche. Nos bajamos y entramos directamente al salón, pues llegamos ateridos de frío, encendimos la chimenea y nos sentamos delante de ella, hasta que entramos en calor.

Mauro no me dejó que cocinara nada, y mientras me daba una ducha y me ponía el pijama, pidió comida a domicilio, para, a continuación, meterse en la ducha él.

Capítulo 32



A todos los efectos, parecíamos una pareja como otra cualquiera, y entre risas y bromas, cenamos en la cocina, los dos solos. Después de eso, nos sentamos frente a la chimenea, de nuevo, con una mantita sobre las piernas.

—Te propongo algo —me dijo Mauro.

—A ver, cuéntame que es lo que me vas a proponer —le contesté.

—Vamos a abrir el sofá, y durmamos aquí los dos. Me muero por hacerlo oliendo tu pelo y abrazado a ti —me dijo, y no me pareció mala idea, pero no ahí, porque nos levantaríamos como dos robots, ya que el sofá era incómodo de cojones para dormir.

—Me parece una buena idea, pero no aquí, o nos levantaremos hechos polvo. Será mejor que lo hagamos en mi cama, que es gigante y estaremos de lo más cómodos —le respondí.

—¿Estás segura? No quiero que te sientas intimidada con mi presencia.

—Sabes que, si no me sintiera cómoda, no te lo habría ni sugerido. Así que, vamos, que no puedo ni con mi cuerpo. Tus hijos me están haciendo dormir más que si me hubiera picado la mosca esa del sueño —le respondí, levantándome y estirando mis músculos, que los tenía apelmazados.

Se levantó a la vez que yo, me cogió de la mano y subimos hasta mi habitación. Mientras yo entraba en el baño para hacer pis y lavarme los

dientes, Mauro destapó la cama, por lo que, cuando salí, fui directamente a su interior.

—Joder, que fría está la cama —dije, al meterme dentro.

—Tardo un minuto y ya mismo te doy calorcito —me respondió.

Solté una carcajada, no por lo que dijo, sino por la manera en la que lo hizo, levantando las dos cejas a la vez.

Eso mismo hizo, salió corriendo del baño y se metió en la cama. Ambos teníamos la costumbre de dormir tan solo con la ropa interior y una camiseta, en mi caso, y en el suyo, solo el bóxer.

Sentir el calor de su piel contra la mía fue la sensación más agradable de mi vida, y una de las cosas que más echaba de menos desde que no estábamos juntos.

A él le tuvo que parecer lo mismo, pues se pegó a mí en cuanto tuvo la oportunidad.

—Si tú quisieras y me dieras la oportunidad de demostrarte lo mucho que te quiero… —me dijo, besándome en la cabeza.

—Dame tiempo. No te voy a decir que yo no lo heche de menos, porque estaría mintiendo, pero necesito tener seguridad, ya no solo por mí, sino también por nuestros hijos —le respondí.

—Te juro por mi vida que, si me das la oportunidad de volver contigo, no te arrepentirás —me dijo.

Di un suspiro de lo más grande, pues una parte de mí me decía que se la diera, que mis hijos se merecían vivir con su padre, y yo también merecía vivir con el amor de mi vida. Pero, por otro lado, tenía miedo de que me defraudara de nuevo, porque otra vez no lo podría resistir.

—Dame tiempo, deja que todo fluya entre nosotros, déjame que sienta la seguridad que necesito —le dije.

—¿Me permites que me quede aquí a vivir contigo durante todo el embarazo? No me gustaría perderme nada, y sé que tú no te vas a trasladar a mi ático. Además, creo que una casa así será mejor para que los niños crezcan —me dijo, y de pronto, lo visualicé todo, a nosotros juntos, mientras mi vientre crecía, a nuestros hijos corriendo por el jardín, pero me di cuenta de que no sería justo para él, vivir aquí, por lo que le propuse algo.

—Por supuesto, pero tengo una idea mejor. ¿Por qué no buscamos una casa así, pero más grande? Una que no sea solo de uno de los dos, sino que sea de ambos, donde podamos ver crecer a nuestros hijos —le dije, y lo vi como le sorprendió mi propuesta.

—¿Eso significa que me vas a dar otra oportunidad? —me preguntó, con lágrimas en los ojos.

—De momento, vamos a ver como va la cosa. Eso sí, no me la juegues, porque te aseguro que no te saldrá gratis —le dije, y me abrazó, besándome por toda la cara.

Esa noche dormimos abrazados el uno al otro, no hubo nada más que eso, pero para mí, fue como si nos hubiéramos pasado toda la noche haciendo el amor, porque su cariño me lo demostró en cada gesto.

—¿Avisamos a estos y hacemos una barbacoa? En la nevera hay carne —le pregunté cuando nos despertamos.

—Sí, y así le damos la noticia de que volvemos a estar juntos. Estoy seguro de que se van a alegrar por nosotros. Además, tenemos que empezar a mirar las casas, antes de que nos coja el toro —me respondió.

—Por Dios, Mauro, que todavía faltan más de seis meses para que nazcan los bebés. Por cierto, ¿has pensado en algún nombre?

—No, porque quiero esperar a saber el sexo de los dos, entonces, nos sentaremos y decidiremos los que más nos gusten a ambos. ¿Lo ves bien? —me preguntó.

—Yo tengo alguno que me gusta, pero no sé cómo lo verás tú…

—A ver, dime, a ver si llegamos a un acuerdo —me dijo, riendo.

—Pues de niña me gusta mucho Martina, Cayetana y Nya. Y de niño, me gusta David, Héctor y Hugo —le dije.

—De niño, David y Héctor, y de niña Martina y Cayetana. Cuando sepamos si son dos niños o dos niñas, o uno y uno, ya nos decidimos entre estos —me dijo, sonriente.

Él llamó a los chicos, y yo lo iba a hacer con las chicas, pero como estaban con ellos, nos ahorramos la llamada. Quedamos en que vendrían a las doce y que ellos se encargarían de traer lo que nos faltaba a nosotros, además de una tarta de chocolate que se me había antojado.

—Por favor, no olvidaros de la tarta, que no quiero que mis niños salgan con una tarta en la frente —les dijo Mauro, en la llamada.

—No te preocupes, así tenga que hacerla yo misma, la llevo sí o sí —le contestó Tania, entre risas.

Nos levantamos y nos dispusimos a desayunar. Mauro se puso un pantalón de chándal y una sudadera, y yo unos leggins con otra sudadera, lo que no me puse fueron las deportivas, porque me había puesto unos calcetines de esos gordos que me encantaban para estar por casa, cómoda.

Devoré unas tostadas con mermelada de fresa que me había preparado Mauro, junto a una leche con cacao. El único olor que no soportaba era el que más me gustaba, el de las palomitas, por lo demás, me podía poner lo que quisiera. Bueno, eso y el olor del batido de fresa, que era otra cosa que no soportaba.

Después, nos salimos al jardín, donde nos pusimos con el portátil a buscar una casa que nos gustara a los dos y que estuviera a mi alcance, porque, por mucho que dijera que no me pensaba coger un céntimo, yo lo ingresaría en su cuenta.

—Aquí hay una que puede estar bien, al menos, el barrio es muy bueno, y tiene guarderías y colegios cerca —me dijo, mostrándome una que parecía una mansión.

—Y le ponemos a los niños un GPS para saber por dónde andan, ¿no? Busca algo más pequeñito, que no vamos a ganar para líquidos para el suelo —le dije, y soltó una carcajada.

—Venga, a ver, busca tú algo que te guste, yo me adapto a todo —me dijo, dándome el portátil para mi zona de la mesa.

Me puse a mirar en los portales que él tenía abierto, pero ahí tan solo había casas de ese nivel, por lo que me salí y entré en otros más normales, donde la vi.

—¡La encontré! —exclamé, girando el portátil para que la viera.

Era una casa preciosa, en una urbanización nueva, con seguridad privada, que era lo que había pedido él, por la seguridad de los niños. Tenía un precioso jardín con piscina, una zona de barbacoa y garaje para cinco coches. Constaba de cinco habitaciones, todas ellas con baño en suite, un salón, biblioteca, despacho y una cocina enorme completamente equipada.

—Esa me gusta, sobre todo por la zona en la que está. Voy a enviarle un correo a la inmobiliaria, por si podemos ir a verla mañana mismo —me dijo, cogiendo el portátil para enviarlo.

Justo terminaba de hacerlo, cuando llamaron al timbre, eran nuestros amigos, incluidos Jorge y Pablo, a los que se había encargado de avisar Tania, por supuesto porque nosotros se lo habíamos dicho.

Cuando nos vieron abrazados, todos sonrieron, pero me sorprendió la reacción de Pablo, que se fue directamente para Mauro, muy serio.

—Te voy a decir una cosita, como le vuelvas a hacer daño, no vas a tener un sitio donde esconderte, porque te encontraré y te daré de hostias hasta en el cielo de la boca —le dijo, y no pude evitar soltar una carcajada.

Capítulo 33



Mauro

Cuando Lorena me dijo que me iba a dar una nueva oportunidad, os prometo que no pude evitar que se me escaparan las lágrimas, pero eran de alegría, de saber que no me iba a perder nada, ni del embarazo ni de la vida de mis niños.

Les envié el correo a los de la inmobiliaria, que me contestaron al poco tiempo, quedando en que podíamos ir a ver la casa al día siguiente, a la hora de la comida, pues ni Lorena ni yo podíamos faltar al trabajo, ya que teníamos reuniones a primera hora que nos llevarían toda la mañana.

La casa que había elegido Lorena se veía preciosa, pero ahora teníamos que comprobar el estado en el que se encontraba, por lo que llamé a un amigo que tenía y que era arquitecto, para que realizara una inspección a fondo. Ya que no solo era como se encontraba de pintura o conservación, sino conocer el estado de los cimientos. Porque, ante todo, quería la seguridad de mi familia, me costara lo que me costara.

Nos habíamos decidido por una casa ya construida por el tema del tiempo, ya que ambos queríamos establecernos antes de que nacieran los niños, y decorarla a nuestro gusto, eso sin contar que no tuviéramos que hacer algún tipo de reforma.

Esa noche volvimos a dormir abrazados, no es que no tuviera ganas de tener sexo con ella, simplemente era que prefería tenerla así a no tenerla, y

quería darle su tiempo. Cuando ella estuviera segura de querer dar ese paso, ya me lo diría, lo tenía claro.

Lo que sí quería que entendiera, y así se lo hice saber, que no era por falta de ganas por mi parte, o de que pensara que no la veía atractiva, porque nada más lejos de la realidad que eso.

—Te recojo a la una y media para llegar con tiempo, y luego comemos juntos —le dije, dejándola en la puerta de su oficina para dirigirme después a la mía.

—Perfecto, te espero abajo —me contestó, antes de dejarme un beso en los labios.

Habíamos decidido ir tan solo en un coche, ya que así sería más fácil para los dos, ya que, si íbamos en el mío, no tendríamos que buscar aparcamiento, se encargaría Simón de ello.

Nada más entrar en mi oficina, me di de bruces con mi querido padre, que me estaba esperando, y por su cara, no sería una conversación fácil para mí, ya lo tenía claro.

—Buenos días, papá. ¿A qué debo el honor de tu visita? —le dije, en un tono de lo más irónico.

—Déjate de ironías, que conmigo no va eso. Vengo a hablar contigo de algo que ha llegado a mis oídos y espero que no sea cierto, porque…

—Vamos a mi despacho, que no me gusta dar el espectáculo delante de mis empleados —le dije, haciendo hincapié en el posesivo, para que se diera cuenta de que él ya no tenía nada en esta empresa.

—Será a nuestros empleados, que no se te olvide que yo, todavía, tengo acciones en la productora —me dijo, y me eché a reír.

—Un mísero diez por ciento, que, si quieres venderlas, estaré encantado de comprártelas —le respondí, abriendo la puerta de mi despacho.

—Ni loco, chaval. Pero vamos a lo que vamos, que no quiero perder el tiempo. ¿Es cierto que vas a ser padre con esa friki que lleva queriendo tu dinero desde que estabais en el instituto?

—Voy a ser padre, de mellizos con mi pareja, con la que voy a comprarme una casa nueva para poder criarlos —le dije, aguantándome las ganas de echarlo de un puñetazo de mi despacho.

—Lo que me imaginaba. No tienes dignidad, ni, mucho menos, eres el hombre que yo pensaba que eras. Pienso hablar con el consejo de accionistas para que revoquen su apoyo a tu…

—Para qué revoquen, ¿qué? No me hagas reír, por favor. En esta empresa tan solo hay tres socios, pero como tú te fuiste, no te has enterado de nada. Yo tengo el ochenta por ciento de las acciones, el diez por ciento las tienen Borja y Chema, por un regalo mío, y el otro diez por ciento es el que tienes tú —le dije, viendo como su rostro cambiaba de color, pasando al rojo furia intenso.

—¿Has comprado todas las acciones? —me preguntó, y yo le dije que sí, con una sonrisa que me llegaba de oreja a oreja.

—Pues sí, en cuanto tuve la más mínima oportunidad. ¿Pensabas que no me daría cuenta de lo que pretendías hacer? Pues lo siento, pero te adelanté.

Lo dejé a cuadros, porque adiviné su jugada. El resto de los accionistas eran amigos suyos que, en un momento en el que la productora cayó, no dudaron en ofrecerle ayuda a cambio de un porcentaje.

Cuando ocurrió lo de Lorena con él, supe que, si no hacía algo, me manejaría durante toda la vida. Por ello, los reuní a todos, les expliqué en que consistía la manipulación de mi padre, que no era otra cosa que el decirme que, o hacía lo que él quería, o directamente hablaba con los accionistas para quitarme de en medio. Entre todos ellos tenían más acciones que yo, por lo que podían hacerlo. No dudaron en vendérmelas a cambio de una buena suma de dinero, por lo que pasé a tener el noventa por ciento de las acciones, y de ahí, les regalé un diez por ciento a mis amigos, en señal de agradecimiento por los años que llevaban a mi lado, convirtiéndonos así en socios.

—Esto no va a quedar así, pienso denunciarte por hacer una opa hostil, por apoderarte de las acciones de otros de malas maneras —me amenazó, y no pude más que reír.

—Haz lo que quieras, la compra se hizo legalmente, por lo que no tienes nada que hacer. Pero, no es eso lo que te molesta, lo que te jode de todo este asunto es que ya no me podrás manejar amenazándome con quitarme la empresa.

—A mí lo que me jode es que esa buena para nada se va a quedar con todo lo que yo luché, con la recompensa de mi trabajo…

—No papá, no te equivoques. Si la productora está donde está no es por ti, sino por mi madre, que fue la cara oculta de la empresa, la que luchaba los contratos, mientras tú te ibas de fiesta en fiesta. En cuanto a Lorena, puede que no sea de alta cuna a la que tú te refieres, pero es una mujer de los pies a la cabeza, luchadora como ella sola y que no pienso dejar escapar. Es mi familia y, si no la vas a aceptar, ni a ella ni a mis hijos, te rogaría que no te acercaras más a nosotros. No nos haces falta —le dije, por primera vez en mi vida estaba hablando con mi padre de hombre a hombre, sin gritos, sin peleas, pero dejándole las cosas claras.

—Por supuesto que no los pienso aceptar, ni a ti tampoco. Desde este preciso momento, ya no te reconozco como mi hijo, pero tampoco te pienso vender ni regalar mi diez por ciento de la empresa. Ese, se lo daré a Marina, que ella sí que sabe el significado de la palabra lealtad —me respondió, muy digno, y no pude evitar soltar una carcajada.

—Conmigo ese discurso no te vale. Te recuerdo que yo sé toda la historia, y como te sigues acostando con la primera que se te pone a tiro, al igual que ella. No me extrañaría que, en breve, te anuncie que está embarazada. De ese modo, aunque te separes de ella, se garantiza una buena pensión mensual, ya que no querrás que ella vaya de plató en plató contando tus miserias —le dije, y su cara se puso blanca, si no había dado en el clavo, estaba claro que me quedé demasiado cerca.

Salió de mi despacho dando un buen portazo, que me dio igual, porque la paz que me dejó al salir, y no solo de mi oficina, sino de mi vida, eso no se pagaba con nada.

Me fui directo a la reunión, disculpándome con mis clientes por el retraso, ya que la visita de mi padre me había hecho llegar veinte minutos tarde. Por suerte, tanto Borja como Chema estaban al tanto de todo, y no dudaron en ponerse al frente de la reunión en tanto en cuanto yo no llegaba, alegando que estaba en una videollamada que se había alargado más de la cuenta.

—Dime que le has puesto los puntos sobre las íes a tu padre, por favor —me dijo Borja, que sabía toda la historia desde el principio.

—Y sobre las jotas, también se los he puesto. Se ha marchado con el rabo entre las piernas, te lo aseguro.

Capítulo 34



Lorena

Mauro me recogió en la oficina a la una y media en punto. Durante el trayecto me estuvo contando la visita que había recibido de su padre, y la manera en la que lo había zanjado todo.

—No me extraña que, en breve, salgan en alguna revista dando una entrevista para decir que están esperando un hijo, que a saber de quién será, porque de mi padre lo veo poco probable —me dijo, sonriente.

—Pues no creo que Marina se arriesgue a quedarse embarazada de otro hombre y que tu padre lo descubra, porque la puede dejar en la calle con una mano delante y otra detrás —le contesté.

—Aquí tienen mucho que callar los dos, Lorena. Ella se puede ir paseando de plató en plató para contar todas sus miserias, que ya te digo que no son pocas. Se necesitan el uno al otro para seguir aparentando lo que no es, para seguir jugando a la pareja feliz de cara a la galería.

—Visto de ese modo, tienes razón. Pero, lo mejor de todo, es que no nos va a molestar más, ni él ni ella. O, al menos, eso espero —le dije, y él asintió con la cabeza.

Llegamos a la propiedad, que de pequeña no tenía nada, pues era enorme. Allí nos estaban esperando la chica de la inmobiliaria junto a un amigo de Mauro que se encargaría de hacer la inspección técnica del edificio.

Después de más de una hora, en la que nosotros mirábamos las habitaciones y la distribución de la planta de abajo, el arquitecto fue revisando todos los muros, la instalación eléctrica y la fontanería.

—Mauro, salvo una capa de pintura y unos muebles nuevos, esta casa está en perfecto estado. Vamos, que, si quisierais, os podríais mudar ahora mismo —nos dijo el arquitecto.

—Muchísimas gracias, Roque. Pásame la factura a mi cuenta, por favor — le respondió él, dándole la mano.

—No te pienso pasar absolutamente nada, cuando me haga falta, me cuelas un anuncio de mi empresa en un programa de prime time, y asunto solucionado — le contestó su amigo, en tono de broma.

—Eso está hecho, me pasas el anuncio y yo mismo doy la orden de que se emita.

Nos quedamos solos en la casa, mirando si nos gustaría cambiar algo, pero, como había dicho Roque, salvo una mano de pintura, todo lo demás estaba perfecto. La cocina estaba recién reformada, y los electrodomésticos eran de primeras marcas y de última generación, por lo que no íbamos a tocar nada de ahí.

—Pienso que lo único que cambiaría serían los baños y el vestidor, que lo revestiría de madera, pues así no me gusta nada —me dijo Mauro.

—Yo también haría lo mismo, lo demás es una pena que lo quitemos.

—Entonces, ¿la compramos? ¿Te gusta como para que vivamos aquí?

—Me encanta, no puedo decir otra cosa. Pero bajemos y hablemos de números con la chica de la inmobiliaria.

—No tenemos nada que hablar de eso. Puesto que ya los números los sé, y si te gusta, le diré que vaya preparando las escrituras…

—Pero yo no sé si puedo pagar algo así.

—No vas a pagar nada, ya te lo dije. Como mucho, te dejo que pagues los muebles de las habitaciones de los niños, de lo demás, me encargo yo.

No hubo manera de que se bajara del burro, por lo que dejé de insistir. Eso sí, de las reformas me iba a encargar yo, así como de la compra del mobiliario nuevo, así me costara media vida conseguirlo.

Salimos de allí y nos fuimos a comer, para ello llamamos a mi madre y a Aitor, a los que les daríamos la noticia. No la de que estábamos juntos, que eso ya lo sabían, sino la de que nos habíamos comprado una casa nueva.

Mi madre me había puesto ya a mi nombre la casa en la que yo vivía, pero no dudaría en que se fuera a vivir allí con su chico, al que le encantaba la casa, y lo decía cada vez que venía.

—Mamá, nos hemos comprado una casa nueva, más grande que la que yo vivo, pero también con jardín, para que jueguen los niños —le dije, una vez que nos sentamos a comer.

—¿En serio? ¿En cuánto me vendes o me alquilas la tuya? —me preguntó Aitor, sin desperdiciar la oportunidad.

—Ni la vendo ni la alquilo, pero si queréis vivir allí cuando nosotros nos mudemos, es toda vuestra. Tan solo que tendréis que esperar unos meses, porque queremos hacer algunas reformas, aunque nada importante ni que pueda estar terminada antes de que nazcan los bebés —le respondí.

—¿Qué me dices amor? ¿Nos mudamos? —le preguntó a mi madre.

—Por mí, no hay problemas, pero sabes que nos coje mucho más lejos del trabajo, por eso se la dejé a Lorena cuando quiso independizarse.

—Pues los días que tengamos guardia, dormimos en la tuya y el resto en la de tu hija. Sabes que estoy enamorado de esa casa desde el primer momento en el que puse un pie en ella.

—La verdad es que es preciosa, siempre lo ha sido. Recuerdo la primera vez que la vi, que me pareció como de cuento, con ese jardín con las rosas amarillas junto a la verja de entrada —le dijo Mauro, recordando.

—Pero mi hija no tiene flores, esas rosas eran de cuando ella era una niña. ¿Cómo te puedes acordar de eso? Ni siquiera yo lo recordaba —le dijo mi madre, mirándolo con mucho cariño, pues se había dado cuenta de que Mauro siempre se fijó en mí, y en lo que me rodeaba.

—Pues las recuerdo a la perfección. Todo lo que ha rodeado a Lorena siempre me ha llamado la atención, empezando por ella misma.

Estuvimos un buen rato más comiendo y charlando, hasta que nos fuimos a mirar muebles, pues no queríamos que la habitación de los niños estuviera sin montar. Eso sería lo primero que amueblaríamos en cuanto terminara la obra, de la que la chica de la inmobiliaria se iba a encargar, poniéndonos en contacto con el contratista que trabajaba con ellos.

En un momento determinado, al volver la cara, me di cuenta de que teníamos a un par de paparazzi pendiente de nosotros, haciéndonos fotos y demás. Nadie sabía que estábamos ahí, una de dos, o había sido casualidad o nos habían seguido.

Mauro se acercó a ellos y les dijo que, si nos dejaban mirar las cosas, tranquilos, les daría una exclusiva sobre nuestra vuelta como pareja y el embarazo, y no dudaron en estrecharles la mano, quedando a la semana siguiente en su despacho, donde se llevaría a cabo.

De ahí salimos con casi todos los muebles elegidos, tan solo a la espera de que fueran a tomar medidas cuando termináramos la obra.

Dos semanas habían pasado desde aquel día, y hoy nos tocaba revisión en el ginecólogo. Por mucho que mi chico insistió en que debería ir a una clínica privada, no lo consentí. Braulio era uno de los mejores obstetras que conocía, por no decir el mejor, y sería él quien me llevaría el embarazo.

—Bueno, pero si hoy ha venido el orgulloso papá. Yo soy Braulio —le dijo, estrechándole la mano.

—Buenas tardes, soy Mauro, y estoy un poquito nervioso, por lo que no me lo tenga demasiado en cuenta, por favor —le dijo, sonriente.

—Es normal, no te preocupes. Lorena, ya sabes lo que tienes que hacer, vamos a ver si esos pequeñines nos dejan ver si son chicos o chicas —me dijo.

Me subí a la camilla donde me realizaba las ecografías. Ya estaba de quince semanas, y mi vientre lucía un tanto más abultado que en la revisión anterior. Vertió el gel en mi vientre y empezó a pasar el ecógrafo por él.

Cuando Mauro vio la imagen en la pantalla no podía parar de llorar, mientras me apretaba la mano. Parecía que nadie más había sido padre que él, y eso me hizo mucha gracia.

—Veo que el papá es de lágrima fácil —me dijo Braulio, bromeando.

—Me parece que el que tiene las hormonas alteradas es él, llora más que yo —le respondí, mientras mi chico me miraba asombrado.

—Claro, como tú ya los has visto más veces… —me dijo, causando que los dos riéramos a carcajadas.

—¿Queréis saber el sexo? —nos preguntó el médico.

—Estamos como locos, entre otras cosas para decidir los nombres —le respondí, porque el padre estaba como en Babia.

—Bien, pues hagamos redobles de tambores. El primer embrión es un chico, y el segundo una chica. Enhorabuena, papis, de una sola tacada vais a tener la parejita —nos dijo.

Ambos nos miramos y con ese simple gesto, supimos que los nombres serían Héctor y Cayetana, pues eran los que más nos gustaban a los dos.

Salimos de la consulta con una sonrisa de oreja a oreja, y supe que ya tenía la seguridad que necesitaba, por lo que, esa noche, me iba a entregar a él, ya que ambos lo estábamos deseando.

Capítulo 35



Estábamos a punto de terminar de cenar, y tenía muy claro lo que haría esa noche, y lo estaba deseando.

—¿Sabes lo que más me apetece del mundo en este momento? —le pregunté.

—Si no me lo dices, no tengo ni la más remota idea —me contestó él.

—Llenar la bañera con agua calentita, sales de baño y meterme contigo dentro —le contesté, y lo vi tragar saliva.

—Yo… a mí también me parece una idea fantástica, pero no sé si me podría resistir a no tocarte, la verdad. Ya tengo suficiente tortura teniéndote en la cama todas las noches y no poder hacerte el amor —me contestó, titubeante.

—¿Quién te ha dicho qué no podrás tocarme? Lo mismo y es eso lo que quiero, que no dejes de hacerlo —le respondí.

¿Qué os digo? Pues que no llegamos a comernos el postre, o bueno, sí que nos lo comimos, pero fue de otro tipo.

Mauro me cogió en brazos y me llevó hasta mi habitación. Allí, con todo el mimo del mundo, me fue desnudando, dejando un reguero de besos por todo el cuerpo. El ginecólogo me había dicho que no había ningún problema en tener sexo, que mi embarazo ni era de alto riesgo ni nada por el estilo, que tan solo teníamos que buscar una postura que nos resultara cómoda a los dos.

Al llegar a mi abultado vientre, los besos fueron de otra manera, no sé cómo explicarlo, como más dulces, hasta que se paró frente a él y se puso a hablarles a los niños.

—Chicos, subiros un poquito, porque mamá y yo vamos a jugar esta noche, no quiero que ninguno de los dos, cuando seáis mayores, me reprochéis que tenéis una marca en la frente —les dijo, y yo solté una carcajada.

—Ni que tuvieras un martillo hidráulico —le contesté.

—Espera que te lo demuestre, que parece ser que se te ha olvidado —me respondió.

Siguió su camino, y me proporcionó el mejor sexo oral que había tenido en mi vida, haciendo que tuviera un orgasmo de esos que son difíciles de ocultar, aunque, por otro lado, no tenía por qué hacerlo.

Lo giré y me situé yo en la parte de arriba, e hice lo que él había hecho en mi cuerpo minutos antes. Al llegar a su miembro, que me recibió erecto y duro como una piedra, no dudé en meterlo en mi boca, lamerlo y saborearlo, hasta que me dijo que ya no aguantaba más.

En ese instante, levanté mi cuerpo, lo llevé hasta la entrada de mi vagina, y me penetré con él, empezando un dulce vaivén con mis caderas, hacia delante y hacia atrás, moviéndome de manera lenta y tortuosa, disfrutando de una manera espectacular.

—No puedo aguantar más este ritmo, me estás matando, preciosa —me dijo, entre gemidos y jadeos.

Volvió a invertir las posiciones, pero esta vez, él se quedó de rodillas, delante de mí, mientras me penetraba de una manera profunda y cogiendo un ritmo que me volvió loca, y que hizo que ambos alcanzáramos el mayor de los placeres, uno que no dudamos en gritar ninguno de los dos.

—Ahora sí que puedo estar tranquilo, ahora puedo tener claro que me has perdonado —me dijo, dejando un beso en mis labios antes de levantarse para ir al baño, de donde vino con una toalla húmeda para limpiarme.

Esa noche dormí mejor que nunca, como sí, por fin, me hubiera quitado un peso de encima, como si, después de muchos años, me sintiera libre de cualquier sentimiento de culpa o despecho, y entendí que, una conciencia tranquila es la mejor de las almohadas.

Por la mañana, nos volvimos a entregar el uno al otro, antes de levantarnos y ducharnos para irnos al trabajo. Mi barriga cada día pesaba más, y decidí que me iba a pedir la baja, así podría supervisar todas las reformas de la nueva casa, y así se lo dije a Mauro.

—Creo que me voy a coger ya la baja, porque cada día estoy más pesada y me cuesta mucho todo —le dije, mientras desayunábamos.

—Si es lo que necesitas, adelante. Tienes todo mi apoyo —me respondió él.

Eso hice, en vez de irme para las oficinas, pasé por el hospital, donde el ginecólogo me dio todos los informes para que mi médico de cabecera me cursara la baja. Con él en la mano, ahora sí que me dirigí a la agencia, donde intentaría dejar todo organizado antes de marcharme.

—Hola chicas, ¿podéis venir a la sala de reuniones, por favor? —le dije a Tania y a Vanessa, que serían las dos personas que soportarían el grueso del trabajo.

—Aquí estamos. ¿Qué ocurre? —me preguntó Tania.

—No ocurre nada, es tan solo que ya me han dado la baja laboral, como comprenderéis, no puedo estar de un lado a otro con este bombo y, encima, sin poder conducir, porque me tendría que sentar en el asiento de atrás.

—Has hecho muy bien, tienes que cuidarte por tres —dijo Vanessa, completamente convencida de lo que había dicho.

—Por eso estoy aquí y ahora, para repartir el trabajo pendiente. Yo, de todas formas, tendré el móvil encendido y el portátil en mi casa, para cualquier cosa que necesitéis. Me podéis llamar a cualquier hora, y podéis venir a casa ante cualquier duda. ¿De acuerdo?

Durante un par de horas estuvimos organizando todo. No quedaba mucho pendiente, al menos por mi parte, que ya me lo veía venir e intenté solucionar y dejar cerrado todo lo que pude, pero sí que teníamos nuevos encargos y contratos por firmar, de los que se tendrían que encargar ellas. También les dejé a Silvia, que era muy eficiente en su trabajo, y que no dudaba que se encargaría de aligerarles la carga, haciéndoselo mucho más fácil, tal y como hacía conmigo.

Salí de mis oficinas y me puse rumbo a la casa nueva, donde ya habían empezado las reformas. Cuando lo vi, tuve claro que estaría lista mucho antes de lo que teníamos pensado. El vestidor ya estaba terminado, y de los baños, tan solo quedaba que instalaran los sanitarios, porque todo el tema de solería y azulejos estaba ya listo.

Una vez que estuve en mi casa y me puse cómoda, me senté a ver todo el mobiliario que habíamos escogido, y cambié alguna que otra cosa que, después de estar en la casa nueva, pensé que no encajaría bien.

—Ya he vuelto —me dijo Mauro, al que avisé de que me iba a casa.

—Hola, amor. Mira, he cambiado algunas cosas de lo que escogimos, creo que quedarán mejor estas otras —le dije.

—Lorena, quiero hablar contigo un momento —me dijo, y me eché a temblar, pues lo notaba como nervioso, como si lo que me tuviera que decir fuera serio.

—Me estás asustando —le dije, y me senté de nuevo, pues mis piernas flaqueaban.

—Yo también estoy asustado. Verás, hace mucho tiempo que quiero decirte esto, pero no me atrevía. Hemos formado, o estamos formando, una familia, nos hemos comprado una casa nueva, nuestros hijos vienen de camino… Sé que no es una manera romántica de decirte esto, que quizás debería de haberlo hecho de otra manera, pero no puedo esperar más…

—Ay, suéltalo de una vez, por lo que más quieras, o terminaré echando a los niños por la boca —le dije, nerviosa perdida.

—¿Te quieres casar conmigo? —me soltó, arrodillándose y sacando una cajita del bolsillo.

—¡Sí! —exclamé, levantándome del sofá para besarlo.

Nos fundimos en un beso y en un abrazo, que me parecieron lo mejor. Quizás, como él había dicho, podría haberlo hecho de otra manera, con velas, en una cena íntima y romántica, pero entonces no seríamos nosotros. Porque a Mauro y a mí nos gustaba eso, improvisar, hacer lo que sentíamos en cada momento, sin pensar en nada ni en nadie, y eso era lo más increíble, porque las cosas que no se piensan, las que se hacen desde el corazón, son las que mejores salen.

Ni que decir tiene que llamamos a todo el mundo para contárselo. Los primeros fueron mi madre y Aitor, que daban saltos de alegría, al igual que Pablo, que estaba con ellos en el hospital en ese momento, y que no dudó en felicitar a mi chico por hacer las cosas bien, independientemente de la hora, porque mi madre empezó a decir que, si se lo pidieran a ella, tenía que ser en un día especial y de una manera especial. Vamos, todo lo contrario de como lo había hecho Mauro.

Las chicas también se alegraron muchísimo, y empezaron a especular con posibles fechas, cosa que ni nosotros habíamos pensado. Lo único que quería era que fuera una vez que hubieran nacido los niños y me hubiera recuperado un poco, no quería parecer la tarta en vez de la novia.

Capítulo 36



Había llegado la primavera, y ya estábamos instalados en la casa nueva, por lo que habíamos decidido hacer una barbacoa en el jardín, ya que el tiempo invitaba a ello.

Estábamos rodeados de todos los nuestros, pues hasta Silvia y Mario estuvieron invitados, y tengo que decir que la sintonía que se creó entre ellos fue maravillosa.

—He sacado ya todos los canapés, tan solo queda por sacar las bebidas —le dije a mi chico.

—Anda, haz el favor de sentarte ya que mira como tienes las piernas —me contestó él, pues era cierto, tenía las piernas como dos columnas jónicas, vamos que no se sabía dónde terminaba la pantorrilla y donde empezaba el tobillo.

—Sí, ya voy, llevo esto y ya me siento.

Me sentía un poco rara, pero no quise decir nada para no romper el ambiente, ya que nos encontrábamos todos allí de lo más a gusto, además de que, todavía, me faltaban tres semanas para cumplir.

En un determinado momento, me fui a levantar y sentí como me chorreaba algo por las piernas. Me morí de la vergüenza, porque pensé que me había hecho pis sin darme cuenta, hasta que mi madre lo vio.

—Me parece que las chuletas nos la vamos a tener que llevar en un táper y comérnoslas en la sala de espera del hospital —dijo, muy simpática ella.

—¿Por qué? ¿Te ha sonado el busca o algo? —le preguntó su novio.

—No, aquí a la única que le ha sonado la alarma ha sido a mi hija, y no precisamente la del móvil —le contestó, señalándome a mí.

—¡La leche! Mauro, ve sacando el coche si no quieres tener que poner un par de cubiertos más —le contestó Tania, que también se había dado cuenta.

La cara de mi chico era un poema, pues no sabía que hacer ni a dónde acudir. Por suerte, Mario tuvo un poco más de templanza que los demás, y arrancó el coche, haciendo que mi chico y yo subiéramos con premura para llevarnos al hospital.

No os voy a decir que fue un parto rápido ni fácil, porque no puede estar más lejos de la realidad. Fue largo, muy largo, y tremendamente difícil, pues, aunque Cayetana nació sin problemas y en poco tiempo, no tardó más de tres horas en estar en el mundo. Cuando le llegó el turno a Héctor, no había bajado lo suficiente, aparte de que, yo empujaba para sacarlo y él ponía las manos y se volvía a meter para dentro. Mas de cinco horas estuvimos así, hasta que Braulio, y el equipo médico, decidieron que lo sacarían con lo que vulgarmente se conoce como chupona, y de un empujón ya estaba fuera.

Me tuvieron que coger más puntos que si me hubiera hecho una brecha en la cabeza, y me subieron a la habitación muy dolorida, pero tremendamente feliz. Ahora sí que me sentía completa, ya podía decir que lo tenía todo.

—Mi amor, son preciosos. Aunque Héctor ha dado un poquito de guerra, para que nos vamos a engañar —me dijo sonriente y con el niño en brazos.

—Ese va a dar la misma guerra que su puñetero padre, y si no, al tiempo —le contestó Tania, que no paraba de reír.

—Ni que lo digas, amiga —respondí.

Vi como Vanessa miraba a mis hijos de una manera especial, como si fuera a decirnos algo y el parto la hubiera interrumpido, así que la insté a que lo

soltara.

—Vanessa…

—Nosotros os íbamos a decir algo en la barbacoa, pero el parto no nos ha dado tiempo. Sé que hoy es el día de ellos, en el que todos tenemos que estar pendientes, pero es que, no me lo puedo callar más —nos dijo.

—Chica, pues no te quedes a medias y no te calles, suéltalo —le dijo Tania, en plan cotilla.

—Chema y yo también vamos a ser padres, estoy embarazada de once semanas —nos dijo, y os juro que me salieron las lágrimas solas.

—¡Enhorabuena, amigo! Ahora vas a entender lo que significa la palabra amor. Estos dos renacuajos llevan en el mundo si acaso unas horas, y ya siento que daría mi vida por ellos —le dijo Mauro a Chema.

—Yo siento que me muero sin él, y todavía no ha nacido —le contestó su amigo.

Estuvieron en la habitación un buen rato, hasta que llegó el momento de descansar, y nos dejaron solo. Ese momento en el que estuvimos los dos con los niños, fue mágico, y algo que nunca olvidaré.

—Míralos, tan pequeñitos, tan indefensos, pero a la vez tan fuertes… —le dije a Mauro.

—Son dos pequeños guerreros que traerán a nuestras vidas mucha alegría y satisfacciones, lo tengo claro.

—Yo también, pero no puedo evitar sentir miedo, por como seré como madre, por si seré capaz de darles todo lo que necesitan…

—Por supuesto que sí, mi amor. Al menos lo intentaremos, y no ya en el plano material, sino en el sentimental, pues contarán con el amor de todos los que los rodean —me contestó.

Las semanas que siguieron fueron un auténtico caos, hasta que cogimos el ritmo, pues cuando uno lloraba, lo hacía también el otro, si uno tenía hambre, el otro no dudaba en pedir comida también, y así, todo.

Ya habían pasado tres meses desde que nacieron los niños, y era el día de su bautizo. Decidimos que los padrinos fueran nuestros cuatro amigos, Tania y Borja lo serían de Cayetana, y Vanessa y Chema de Héctor.

Decidimos que lo haríamos en la intimidad, nuestros amigos más íntimos y mi madre junto a su novio. Después nos iríamos a comer todos juntos a un restaurante de la playa, donde Mauro había encargado una mariscada y reservado mesa.

Por fin nos habíamos organizado, porque los primeros días nos llegaban las ojeras a la barbilla, pero con el tiempo, los niños habían cogido el ritmo del sueño y ya nos dejaban descansar más.

—No puedo con mi cuerpo —me dijo Vanessa, que ya estaba casi de siete meses y tenía un barrigón impresionante.

—¿Estás segura de que tan solo es una? Mira que tienes casi más barriga que yo de dos en ese mismo tiempo —le pregunté.

—Una, pero es enorme. Creo que me ha dejado embarazada un gigante, porque no tiene otra explicación.

Vanessa traía una niña, que se llamaría Alis, y que tenía toda la pinta de ser mucho más grande de lo normal. Según le había dicho el médico, Braulio, porque lo eligió también como su ginecólogo, a partir de las treinta semanas podría nacer en cualquier momento, y para eso tan solo le quedaban dos.

Nosotros decidimos que nos casaríamos el verano siguiente, pero también sería algo íntimo, no al extremo del bautizo, pero no más de cincuenta personas.

—Soy el hombre más feliz del mundo —dijo, cogiendo a Héctor para ponerlo en el carrito.

—Y yo la mujer más plena del planeta, eso sí, no me pienso volver a quedar embarazada otra vez —le respondí, dándole un beso en los labios y haciendo que él se riera a carcajadas.

De la ceremonia nos fuimos al restaurante, pero tuvimos la desgracia de encontrarnos allí a su padre, con su amada mujercita, que nos miró con un desprecio que no quise ni pude pasar por alto, al igual que Mauro, que no lo dudó y se fue hasta él.

—Si eres capaz, mira de esa manera a mis hijos de nuevo, que no va a quedar de ti ni la chaqueta —le dijo, cogiéndolo por la pechera.

—Déjalo, Mauro, no merece la pena. La gente despreciable solo puede mirar con desprecio —le dije, haciendo que lo soltara y viniera conmigo.

—Eso lo dices tú, qué hasta que no has conseguido que mi hijo se fije en ti no has parado —me dijo como con asco, pero no le contesté, preferí ignorarlo. Ese ser no me iba a arruinar ese momento de mi vida tan bonito.

En la sobremesa, Tania y Vanessa, así como mi madre, me empezaron a preguntar si ya había visto algún vestido de novia que me gustara, pero yo lo tenía muy claro, y mi amiga de la infancia, al igual que Jorge, tan solo estaban esperando la confirmación de lo que pensaban.

—Será un diseño mío, de cuando soñaba con que me casaría con Mauro. Como mi sueño se ha hecho realidad, lo haré con ese vestido, del que tan solo tienen conocimiento Tania y Jorge —les dije.

—Os puedo asegurar que es un diseño precioso, y con el que dejará completamente sorprendido a Mauro, pues nadie se lo espera así —dijo Jorge.

—Me la estoy imaginando entrando en la iglesia y llegando al altar con él, y se me ponen los vellos de punta, os lo juro —dijo Tania, que tenía las lágrimas saltadas de la emoción.

Epílogo



Quince años después…

Estábamos en el porche trasero de nuestra casa, viendo como nuestros hijos mayores jugaban con los más pequeños, porque sí, por mucho que dije que no lo haría, me volví a quedar embarazada otra vez, y no una, sino dos veces.

Pero será mejor que empiece por el principio. Nuestra boda fue espectacular, y tal y como esperábamos, el vestido causó sensación entre todos los asistentes. Se trataba de un diseño de lo más bohemio, con el cuerpo y la falda de encaje, de corte sirena, y con un escote en V, tanto en la parte delantera como en la trasera, que tan solo estaba cubierto por dos tirantes finísimos que lo unían con la parte baja de la espalda.

Nos fuimos de viaje de novios a dar la vuelta al mundo, y estuvimos durante todo un mes, con nuestros hijos, por supuesto, porque no pensábamos apartarnos de ellos tanto tiempo.

Teníamos cuatro hijos, los dos mayores ya tenían casi dieciséis años. Mientras que Cayetana era muy parecida a mí con su edad, pero no en el físico, porque mi hija tenía un cuerpo de escándalo y se parecía muchísimo a su padre, sino en la manera de ser. Era inseparable de María, una chica que conoció en primero de primaria y de la que se hizo amiga enseguida.

Para ella, lo primero eran sus estudios y, a pesar de que los chicos hacían cola para salir con ella, todavía no habíamos conocido a ninguno que le llamara la atención.

Todo lo contrario que su hermano, al que veíamos todas las semanas con una chica distinta. No es que él descuidara sus estudios, pero no era tan aplicado como Cayetana.

El siguiente en nacer fue Pablo, que tenía ya diez años, y que era un clon de su padre en pequeñito. Era un trasto de cuidado y todas las trastadas que no habían hecho los mayores las había hecho él.

Para cerrar nuestra familia de sangre, estaba Paola, la princesita de papá y de su hermano mayor, que tenía cinco años y que llegó sin avisar y sin buscarla, aunque no por eso era menos querida que los demás.

Del padre de Mauro no volvimos a saber nada, no al menos directamente, lo último que supimos fue a través de la prensa, y era que estaba en la cárcel. Su esposa lo había denunciado por malos tratos, consiguiendo un divorcio exprés, en el que se quedó con casi todos los bienes de Alfredo, y nos alegramos, porque, para él, el dinero y el estatus lo eran todo desde siempre.

Mi madre se casó con Aitor dos meses después que nosotros, y seguían felices y enamorados. El hijo de Aitor se había ido a vivir a la casa que tenía mi madre en el centro, ya que ellos se quedaron con la que yo vivía antes de mudarme. Fue mi regalo de bodas, ya que la puse a nombre de los dos.

Vanessa y Chema no se casaron, pero tenían dos hijos y seguían enamorados como el primer día. La mayor, se llamaba Marta, como mi madre, pues decía que había encontrado en ella la madre que nunca tuvo, y el pequeño, Mauro, tenía la edad de mi hijo Pablo y era tan trasto como él.

Tania y Borja sí que se casaron, pero se separaron poco tiempo después. Borja quería ser padre y Tania decía que a ella no le gustaban los niños nada más que por un rato. Tania seguía soltera y, en estos momentos, no tenía pareja, mientras que Borja había encontrado a una mujer encantadora, y eran padres de una niña, Daniela, que tenía dos añitos y que hacía las delicias de todos. A pesar de eso, entre ellos se llevaban bien, pues no terminaron de malos términos, entendieron que querían cosas diferentes en la vida.

Pablo y Jorge sí que se casaron y continuaban juntos. Habían empezado un proceso de adopción en el extranjero hacía algún tiempo, pero todavía no tenían noticias. Mientras, decían que tenían a nuestros hijos para entretenerse.

Nosotros seguíamos tan enamorados como el primer día, no os voy a decir que entre nosotros no hubiera enfados o discusiones, porque sería mentira, además de ser muy aburrido. Lo mejor en esos casos eran las reconciliaciones, porque en la intimidad seguíamos siendo tan fogosos como siempre. Un solo roce era suficiente para que saltaran chispas entre nosotros.

Recuerdo un día, en el jardín, en el que nos estábamos besando y llegaron Héctor y Cayetana, encontrándonos de esa guisa. Tendrían unos doce o trece años y mirándonos muy fijamente, ella le dijo a su hermano.

—Héctor, vámonos que estos dos van a encargar un bebé.

Su padre y yo estallamos en una risa que no éramos capaz de callar por mucho que lo intentamos. Y ahora estábamos aquí, viendo a los cuatro jugar juntos, y me parecía estar viviendo en un sueño.

—¿En qué piensas, mi amor? —me preguntó mi marido.

—En que pasaría una y mil veces por todo lo que he pasado si me aseguran que el resultado final será este —le respondí.

—No sabes cuanto me he arrepentido durante toda mi vida de no haber tenido los suficientes cojones para plantarle cara a mi padre aquella vez, para no sucumbir a esa puta apuesta que tanto daño te causó —me dijo, tomando mi mano y mirándome a los ojos.

—Pero, piensa una cosa, si no hubieras hecho esa apuesta, no te habrías acercado a mí, no me hubieras conocido y no estaríamos juntos hoy en día. Dice el refrán que todo pasa por algo, y en nuestro caso, no puede tener más sentido —le contesté.

—Tienes razón, porque, además, esa apuesta fue lo que te impulsó a llegar a ser la mujer en la que te convertiste, en una luchadora que no se dejó pisotear por nadie más, en una madre emprendedora, que es capaz de compaginar el cuidar de sus cuatro hijos con una carrera exitosa.

—Chaval, esa apuesta consiguió que me convirtiera en una diva.

—Una diva para el CEO, que no se te olvide nunca —me dijo, y reímos a carcajadas ante la atenta mirada de nuestros hijos, que no entendían nada.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora